

**PASIÓN POR JESUCRISTO, CLAVE DE RENOVACIÓN EN LA FORMACIÓN
PRESBITERAL INICIAL PARTICULARMENTE EN EL CURSO INTRODUCTORIO A
LA LUZ DE APARECIDA**

FRANCISCO JAVIER MORENO PÉREZ

**UNIVERSIDAD PONTIFICIA BOLIVARIANA (UPB)
CONSEJO EPISCOPAL LATINOAMERICANO (CELAM)
INSTITUTO TEOLOGICO-PASTORAL PARA AMERICA LATINA (ITEPAL)
BOGOTÁ, D.C.
2013**

**PASIÓN POR JESUCRISTO, CLAVE DE RENOVACIÓN EN LA FORMACIÓN
PRESBITERAL INICIAL PARTICULARMENTE EN EL CURSO INTRODUCTORIO A
LA LUZ DE APARECIDA**

FRANCISCO JAVIER MORENO PÉREZ

**Trabajo de grado para optar por el título de
Licenciado en Teología con énfasis en Formación Sacerdotal**

Director

Mons. GUILLERMO MELGUIZO YEPES

Licenciado en Teología

**UNIVERSIDAD PONTIFICIA BOLIVARIANA (UPB)
CONSEJO EPISCOPAL LATINOAMERICANO (CELAM)
INSTITUTO TEOLOGICO-PASTORAL PARA AMERICA LATINA (ITEPAL)
BOGOTÁ, D.C.**

2013

Nota de Aceptación

Presidente del Jurado

Jurado

Jurado

Bogotá, Colombia, abril 18 de 2013.

AGRADECIMIENTOS

Doy gracias primeramente a Dios, que me ha dado todo cuanto soy y tengo, agradecer a mi Obispo Javier Navarro Rodríguez a mi Obispo auxiliar Jaime Calderón Calderón, quienes me han apoyado en mi formación inicial y permanente, gracias porque me han dado el voto de confianza para llevar acabo esta experiencia que ha marcado mi vida positivamente. Son dos años de vida aquí, en ésta hermosa nación que es Colombia, “donde el bien germina ya”, a través de esta experiencia de vida, ha ido “in crescendo” pasión por Jesucristo, y esto me insta a vivir como discípulo misionero de Él y donde quiera que desempeñe el ministerio presbiteral colaboraré para que las personas tengan vida en Él.

Gracias a mi familia porque me dan testimonio de fe, mi mamá Bertha y papá Javier, mis hermanos: Licha, Yessy y Tony, porque trabajan y viven con pasión la vida, gracias por su sencillez y riqueza de vida. Agradezco a las personas de las comunidades donde he estado a lo largo de mi formación inicial, agradecer a las personas de la comunidad de Yurécuaro, Michoacán donde estuve año y tres meses como vicario cooperador, a la institución tan querida que es el Seminario, a los seminaristas, que durante cuatro años acompañé como asesor. Gracias a mis hermanos Presbíteros y fieles de la diócesis de Zamora Michoacán México.

Gracias a Monseñor Melguizo director de esta investigación, por compartir con una actitud amable y amigable, su sabiduría; le agradezco, porque me he sentido acompañado durante el proceso de elaboración del trabajo. Doy gracias al Instituto Teológico de Pastoral para América Latina (ITEPAL), gracias a personas tan queridas que de una y muchas formas nos colaboran; a través de su disponibilidad y cercanía, amistad y confianza lo que da rostro a institución tan querida que es el Itepal, todo esto nos dispone a vivir juiciosos y trabajar con entusiasmo, es decir, con Pasión.

Doy gracias a las Hermanas Mercedarias del Santísimo Sacramento porque a través de esta providencial experiencia, nos hemos conocido he aprendido de ustedes, gracias por ser mi familia. Gracias a las Hermanas Consoladoras de la Virgen Dolorosa por caminar juntos en la fe. Agradecer al señor cura Alejandro Henao y al diacono Guillermo, por su confianza al darme la oportunidad de colaborar en la parroquia de Nuestra Señora del Campo, la presencia en la parroquia los fines de semana me permitió estar atento y activo en la pastoral, y experimentar sentido de pertenencia a una comunidad, donde las personas con su calor humano y cercanía son formadores permanentes.

Gracias a las personas de las diferentes casas e instituciones con las que he convivido y, que han colaborado en mi formación a través de su servicio dinámico, y nos brindan su amistad y cariño por lo que somos y representamos como personas y estudiantes. Gracias a las personas de la cocina en la casa Acogida que día a día y de manera paciente y con gusto me alimentaron: Bety, Diva, Carmen, María. Y en el ITEPAL a personas significativas: Nancy, Lucho, Julio, Anita, Claudia, Arturo, Rosita, con los que hemos compartido momentos significativos.

SIGLAS Y ABREVIATURAS

ChD: Decreto “Christus Domini” sobre el oficio pastoral de los Obispos (1964).

DA: V Conferencia general del episcopado Latinoamericano y del Caribe en Aparecida, “Discípulos y misioneros de Jesucristo para que nuestros pueblos en Él tengan Vida” (2007).

DCE: Benedicto XVI, carta encíclica “Deus Caritas Est” (2006).

DMVP: Congregación para el Clero, “Directorio para el ministerio y la vida de los Presbíteros” (1994).

DP: III Conferencia general del episcopado Latinoamericano en Puebla, “La evangelización en el presente y en el futuro de América Latina” (1979).

DV: Concilio Vaticano II, Constitución “Dei Verbum” sobre la divina Revelación (1964).

EA: Juan Pablo II, exhortación apostólica post sinodal “Ecclesia in América” (2001).

GS: Concilio Vaticano II, Constitución “Gaudium et Spes” sobre la Iglesia en el mundo actual (1965).

LG: Concilio Vaticano II, Constitución “Lumen Gentium” sobre la Iglesia (1965).

M: II Conferencia General del Episcopado Latinoamericano en Medellín, “Presencia de la Iglesia en la actual transformación de la Iglesia en América Latina a la luz del Concilio Vaticano II” (1968).

NBFS: Normas Básicas y Ordenamiento Básico de los Estudios para la Formación sacerdotal en México (1996)

OT: Concilio Vaticano II, Decreto “Optatam Totius” sobre la formación sacerdotal (1965).

PDV: Juan Pablo II, exhortación apostólica post sinodal “Pastores Dabo Vobis” (1992).

PO: Concilio Vaticano II, Decreto “Presbyterorum Ordinis” sobre el ministerio y vida de los presbíteros (1965).

SD: IV Conferencia General del episcopado Latinoamericano en Santo Domingo “Nueva Evangelización, promoción humana, cultura cristiana. Jesucristo ayer, hoy y siempre” (1992).

SDV: Pablo VI Summi Dei Verbum 4 de noviembre de 1963. A los cuatrocientos años de la constitución de los Seminarios por el Concilio de Trento

VD: Benedicto XVI, exhortación apostólica post sinodal “Verbum Domini” (2010).

CONTENIDO

	Págs.
INTRODUCCIÓN	9
CAPÍTULO I	
QUÉ APASIONA O DE QUIÉN SE APASIONAN LOS JÓVENES HOY	11
1. Introducción	11
2. La pasión por algo o por alguien	12
3. Modernidad-postmodernidad, reacción holística. Hacia una perspectiva de antropología cristiana	19
4. ¿Qué apasiona al seminarista, y al presbítero de 5, 15, 30 y 50 años de Ordenado. ¿Han cambiado sus pasiones? ¿Qué le apasiona ahora?	38
5. La parábola del Buen Samaritano Lucas 10, 25-37 como Iluminación de la formación Presbiteral	40
Conclusión y pautas pedagógicas	46
CAPÍTULO II	
ANTECEDENTES DE LA FORMACIÓN PRESBITERAL INICIAL	48
1. Introducción	48
2. Inicio y desarrollo del Seminario, Trento, Pontífices y Magisterio	50
2.1 Figuras y grandes realizadores de la idea de Seminario	52
2.2 El Magisterio de los pontífices del siglo XVI-XX	54
3. Pastoral vocacional	58
3.1 Formación inicial	59
3.2 Seminario menor y otras formas de acompañamiento vocacional	60
4. Curso introductorio	63
4.1 Estudiantes de preparatoria en su casa	64
4.2 Jóvenes que han terminado una carrera y entran al seminario	67
4.3 Curso Introductorio tiempo y espacio de nivelación e integración para jóvenes procedentes de diferentes realidades	71

5. Objetivos del curso introductorio	74
6. El Magisterio y el curso introductorio	81
6.1 El curso introductorio en Optatam Totius no.14	81
6.2 El curso introductorio y la Congregación para la Educación Católica	83
Conclusión y pautas pedagógicas	84

CAPÍTULO III

PROPUESTA DE ITINERARIO FORMATIVO EN EL CURSO

INTRODUCTORIO, EXPERIENCIA EN CLAVE DE CATECUMENADO 86

1. Introducción	86
2. Formación inicial ha de ser progresiva	87
2.1 Curso introductorio: formación gradual, integral, permanente y actualizada a través de las dimensiones de la formación	89
2.2 Reduccionismos de la formación	93
3. Curso introductorio en clave de catecumenado	95
3.1 Encuentro apasionado con Jesucristo	98
3.2 Lugares de encuentro con Jesucristo	99
4. Elementos de trabajo y frutos del curso introductorio en clave catecumenal	101
5. Personas e instituciones comprometidas en la formación de los presbíteros	106
Conclusión y pautas pedagógicas.	112

CONCLUSION 116

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS 118

ANEXOS 124

RESUMEN

La formación presbiteral inicial, particularmente el curso introductorio, es el espacio y tiempo privilegiado que permite iniciar una cultura de cuidado del hermano y autocuidado de la persona vocacionada, donde se discierne la vocación y dispone a la formación permanente.

En esta perspectiva la investigación se desarrolla a través de una estructura de tres capítulos: El primer capítulo se enfoca en “de qué o de quién” se apasionan los jóvenes hoy. Se parte de un análisis bíblico cuyo fin es rescatar un sentido positivo y propositivo de la palabra pasión. Luego una mirada a la realidad del joven inmerso en la cultura postmoderna y finalmente presentando una perspectiva antropológica cristiana del vocacionado.

El capítulo segundo presenta la historia de la formación presbiteral inicial, los textos conciliares, el magisterio pontificio y los documentos del magisterio eclesial que le han dado fuerza y fundamento particularmente a la institución del Seminario y especialmente al curso introductorio. Este punto se refuerza con la parábola del Buen Samaritano Lucas 10, 25-37, como iluminación de la formación presbiteral particularmente el curso introductorio, a través de los elementos de pasión como signo vocacional que posteriormente es signo de la vocación. La parábola nos ilumina en el sentido, de que el formando apasionado por Jesucristo experimenta compasión por su prójimo y, se dispone a vivir como discípulo misionero y anunciar con dinamismo el Evangelio con su vida.

El tercer capítulo es una propuesta de itinerario formativo en el curso introductorio, esta se da como “*conditio sine qua non*” en el proceso vocacional. Contemplada en clave catecumenal se marca un proceso dinámico señalado por etapas en donde “antes que ser un lugar, es un ambiente espiritual, un itinerario de vida, una atmósfera que favorezca y asegure el proceso formativo” (PDV 42).

Palabras claves: Pasión, compasión, encuentro personal con Jesucristo, curso introductorio, discípulos misioneros, renovación, clave catecumenal, formación presbiteral inicial

INTRODUCCIÓN

Investigar sobre la formación presbiteral inicial, particularmente en el curso introductorio, no es nada original, por supuesto nada fácil. Pero aún así, queremos presentar nuestro tema no con actitud triunfalista, pero sí esperanzadora. Proponiendo la Pasión por Jesucristo como clave de renovación en la formación presbiteral inicial, particularmente en el curso introductorio a la luz de Aparecida, es decir, formar discípulos misioneros que después de haber concretado su encuentro personal con el Señor, son capaces de vivir con un nuevo dinamismo para salir y anunciar el Evangelio.

Nos interesó la palabra Pasión en nuestro trabajo de investigación, porque nuestro argumento es, que si logramos propiciar, suscitar, en la formación inicial particularmente en el curso introductorio ese amor propio, pasión por Jesucristo, y más aún se educa en mantenerlo en la formación permanente, es una clave de renovación en nuestra Iglesia, presbiterio y en nuestra vida. Dicha pasión ha de ser el talante y forma de ser de los que se disponen con docilidad a iniciar la formación presbiteral. Los formadores en el curso introductorio han de buscar, adquirir y potenciar en el formando el encuentro personal con Jesucristo. Imitando la íntima comunidad apostólica formada en torno a Jesucristo, con la motivación, de que llegar a la pasión es obra de una eficaz formación.

El itinerario formativo del seguidor de Jesús hunde sus raíces en la naturaleza dinámica de la persona y en la invitación personal de Jesucristo, que llama a los suyos por su nombre, y éstos lo siguen porque conocen su voz. El Señor despertaba las aspiraciones profundas de sus discípulos y los atraía a sí, llenos de asombro. El seguimiento es el fruto de una fascinación que responde al deseo de realización humana, al sedeo de vida plena. El discípulo es alguien apasionado por Cristo, a quien reconoce como el maestro que lo conduce y acompaña (DA 277).

La persona de Jesús conduce a una nueva forma de discipulado, una forma apasionante donde el formando encuentra a Jesús en su misterio; más es necesario un contexto donde poder formarlo, es pues el curso introductorio un espacio y tiempo privilegiado donde se propicia una experiencia comunitaria a la luz de la palabra de Dios. Para lograrlo, es necesaria una pedagogía

de la vida espiritual. La espiritualidad ha de encarnarse, hacerse viva, real y entusiasta por encontrar a Jesús y a los hermanos en la comunidad del curso introductorio y es necesario que el progreso sea medible y preciso, que el formador se interese, sea cordial, espiritual y paciente. El curso introductorio es el tiempo en donde hay que aprender a vivir en comunidad, donde la pasión es un signo vocacional que posteriormente se proyecta como signo de la vocación que se concretiza en la compasión por los hermanos y hermanas. El curso introductorio es un espacio para reforzar la vida comunitaria, tiempo para abrirse enteramente a la fraternidad comunitaria; cuando la vida fraterna permea en conciencia de la persona, suscita el deseo de realizar signos y poner el presupuesto de una pedagogía de la fe (Pagani, 2011).

La investigación es una propuesta de itinerario formativo en el curso introductorio, experiencia en clave de catecumenado, porque inspira en sus objetivos y en su dinamismo, se trata de un auténtico camino de conversión, maduración en la fe, de crecimiento humano y espiritual, de una progresiva inserción en Jesucristo y en la comunidad. No se pretende simplemente transmitir conocimientos, sino, sobre todo, llevar al formando a unir su vida a Cristo y experimentar compasión por el prójimo. En el curso introductorio en clave catecumenal pide pasar de los rumbos a los itinerarios, pide estar más atentos a los procesos que a los programas.

El Presbítero, a imagen del Buen Pastor, está llamado a ser hombre de misericordia y compasión (Buen Samaritano), cercano a su pueblo y servidor de todos, particularmente de los que sufren grandes necesidades. La caridad pastoral fuente de la espiritualidad sacerdotal, anima y unifica su vida y ministerio. Consciente de sus limitaciones, valora la pastoral orgánica y se inserta con gusto en su presbiterio (DA 198). Queremos a través de este proyecto investigativo y con una actitud de fe, gracia y esperanza en él, afirmar categóricamente, que la persona que se abre a la gracia de Dios en la formación inicial y lo busca de una manera constante y hace con amor lo que le compete, es factible que logrará dedicar su existencia a Jesucristo Camino, Verdad y Vida, con coherencia y alegría. Con la pasión por Jesucristo, la formación inicial particularmente el curso introductorio, es un tiempo y espacio para formar la inteligencia, para reconocer y amar la verdad; formar el corazón: la educación afectiva y de la sexualidad; es el curso introductorio un tiempo y espacio de nivelación e integración para jóvenes procedentes de diferentes realidades.

CAPÍTULO I

QUÉ APASIONA O DE QUÉ SE APASIONAN LOS JÓVENES HOY

1. Introducción

Frecuentemente en los ambientes de formación se afirma respecto del tiempo actual si vivimos un cambio de época o una época de cambio. Lo que constatamos ciertamente es la influencia de un fenómeno que se ha denominado modernidad y postmodernidad que afecta todos los ejes personales y sociales de las personas. Ante estas situaciones se dan cambios de valores y cambios de perspectiva que influyen determinantemente en aquellos jóvenes que tienen una inquietud vocacional. Queremos partir desde esta realidad para poner en contexto ¿Qué o de quién se apasionan los jóvenes hoy?

Nos damos cuenta, que nuestros jóvenes son herederos de una cultura propia de su tiempo, con sus luces y sombras, cualidades e inconsistencias. A través del análisis de la realidad de los jóvenes nos percatamos que éstos, con el bagaje cultural, con sus experiencias muy propias y tan distintas a las nuestras, ellos, son los que inician procesos de formación, donde para algunos la vida de seminario es contracultural, pero otros encajan bien y se disponen a iniciar un proceso de formación con sus características muy propias de joven postmoderno.

La pasión por Jesucristo es en gran medida un signo vocacional y da un salto cualitativo a ser un signo de vocación. El análisis bíblico desde la parábola del Buen Samaritano, es iluminador para nuestro tema y aunque normalmente se interpreta de ella la misericordia, en nuestro tema nos ilumina porque, de la pasión por Jesucristo nos conduce a la compasión por el prójimo. Por ello, en la formación presbiteral inicial se “comienza a crecer en madurez en la vida de comunidad, que no es solo una cuestión de tiempo, ni exclusivamente psicológica, ni siquiera nos incumbe únicamente de forma individual a cada uno de nosotros, se trata de un reto colectivo que está planteado en la comunidad y juntos con compasión debemos ir respondiendo. Es tarea en la cual nos tenemos que ayudar como familia que somos”. (Cf. Álvarez de los Mozos, P. 2007).

2. La pasión por algo o por alguien

Irrumpe en el ser humano un anhelo por ser y hacer las cosas, con la capacidad de apasionarse de algo o de alguien. Hablando en concreto de los jóvenes, ese ser humano “que está, en la plenitud de sus capacidades”, que tiene el “tesoro máspreciado”, la juventud. ¿De qué o de quién se apasionan los jóvenes hoy en día? El punto de partida, es saber que, efectivamente, sí tienen la capacidad de apasionarse de algo o de alguien; puede ser de cosas superfluas, sin trascendencia, incluso algo, que nos parezca desaprovechar el tiempo y la vida, o también la firme y convencida decisión, de buscar trascender y dejar huella en la historia. Los profetas describen la pasión de Dios por su pueblo, la relación de Dios con Israel es ilustrada con la metáfora del noviazgo y del matrimonio. (DCE no. 9, pp. 15-16).

Cardona (2012) en su tesis doctoral: “formar el deseo y desde el deseo, reto de la formación sacerdotal contemporánea” afirma que la pasión es el grado máximo del deseo. Su investigación hace un aporte a la formación presbiteral en el tema de la afectividad, lo cual es pertinente resaltar y aplicable en nuestro tema: pasión por Jesucristo clave de renovación en la formación presbiteral inicial particularmente en el curso introductorio a al luz de Aparecida, porque el curso introductorio es el tiempo y espacio idóneo para iniciar y desarrollar la pasión por Jesucristo, queremos llegar a experimentar no sólo emoción, sentimiento, sino hasta el punto supremo del deseo que es la pasión y, afirma el autor, es necesario distinguir desde el enfoque de la afectividad tres particularidades: **Emociones** que son movimientos de ánimo, son la respuesta inmediata al estímulo afectivo, movimientos que se oponen al control de la razón, perturbando y hasta desconcertando la operación racional. **Sentimientos** son más duraderos, se crean gradualmente y su crecimiento involucra el consentimiento y la dirección de la razón. **Pasión** en sentido moderno del término, es cuando un estado afectivo orienta todo el comportamiento durante un periodo prolongado: es como si toda la energía afectiva se concentra en una única meta. El valor de la pasión depende en realidad de su objeto y de la posibilidad de integrarlo en el proyecto personal. Pasión es el grado máximo del deseo, es un arrojio, valentía de tal magnitud que lleva a entregar la vida por Dios, por Jesucristo y por su Reino. (Cf. Cardona, 2012, pp. 201-203).

Los jóvenes hoy día tienen y viven múltiples pasiones. Algunos, por ejemplo, se apasionan por los tatuajes, las perforaciones y los aman; no conformes con eso, lo experimentan en su propio cuerpo y se convierten en paredes humanas, tapizados de tatuajes, ellos lo ven normal y hasta “presumen” con orgullo. Las razones: Porque de eso les hablaron, en ese ambiente se movieron y como lo aman llevan su vida al extremo. Hay jóvenes en la diócesis de Zamora (Michoacán, México) que dos días a la semana por la madrugada, son apasionados por jugar encerrones, trabajan demasiado para modificar su carro, se disponen en la noche a competir en carreras, arriesgan que los lleven presos, todo por experimentar adrenalina, porque desde pequeños buscaban la velocidad, sus padres les hablaban, y consintieron dicha pasión.

La pasión conduce a la radicalidad, no necesariamente a la maldad o lo negativo. El vocablo pasión, no tiene nada que ver con lo sexual, sino con la capacidad de tener una convicción en algo o en alguien. Pero lo interesante es ver de qué o de quién se apasiona la persona, el joven. Es el reto que tiene la formación presbiteral inicial al presentar al joven postmoderno el encuentro con Jesucristo y ser un apasionado por Él. El no. 10 de la carta encíclica *Deus Caritas Est*, Dios es Amor, del obispo emérito de Roma Benedicto XVI, nos señala el amor apasionado de Dios por su pueblo, por el ser humano y como ese amor perdona y como Dios ama con toda la pasión de un verdadero amor. (Cf. DCE 10).

Bajo esta realidad es pertinente indagar sobre el significado etimológico de la palabra pasión, rescatar su etimología para comprenderla de forma positiva y propositiva. Vamos ahora a hacer un estudio y análisis bíblico de la palabra pasión, porque ella es la novedad y énfasis de nuestra investigación. Parece ser que el problema consiste en la traducción. Al pasar del griego al latín y del latín al castellano es donde se ha distorsionado su definición y significado.

Pasión, Παθος εος (ους) το = παθεμα ατος το. Todo lo que uno experimenta o siente; prueba; experiencia; suceso, coyuntura, castigo, sufrimiento, desgracia, infortunio, triste suerte, desastre; enfermedad, muerte; estado de alma, disposición moral (piedad, placer, amor, tristeza, odio, cólera, aflicción, pena); cambio, fenómeno, afecto, PASIÓN, παθεμα también la pasión por Nuestro Señor Jesucristo. (Pabón, 2009, p.444).

Se confunde pasión παθελμα con επιτιμια que puede significar tendencia fuerte del apetito. que arrastra al hombre, como en Rm. 13, 14; Ef. 4, 22, 1Tes 4,5; Sant 1, 14; Jn 1, 16. 18. Pero el sentido más importante de pasión se vincula en el Nuevo Testamento con los padecimientos de Cristo, que aparecen formulados de manera clásica en Hch 26, 23 donde cristianos y judíos discuten sobre el Cristo , para determinar si es que tenía que ser πατετος (de πατειν, es decir, alguien que sufre). Así comienza el libro de los Hechos: Jesús se apareció a sus discípulos durante cuarenta días, después de haber padecido (μετα το πατειν), es decir, después de su crucifixión y muerte (Pikaza, 2007, p.752).

El tema vuelve en el primer sermón de Pedro, que culmina con la afirmación de que, conforme a los profetas, el Cristo tenía que padecer y así ha padecido (Hch. 3, 18. 17, 3; Lc 24, 26. 46). Desde la misma perspectiva ha escrito Marcos su evangelio, cuya segunda parte (Mc 8,31-16,8) podría titularse Evangelio de la pasión de Cristo. Dos puntos a mencionar: (1) El Hijo del hombre tiene que padecer (Mc 8, 13) Pedro se ha sentido con autoridad para mostrar a Jesús lo que ha ser (hacer), trazando su camino y nombrándole Cristo, en línea de triunfo mesiánico: “Y empezó a enseñarles que el Hijo del hombre debía padecer mucho, que sería rechazado por los sumos sacerdotes, y escribas; que lo matarían y a los tres días resucitaría; viene después cuando Jesús a Pedro le dice que se aparte porque no piensa las cosas de Dios sino como los hombres, lo pone en su lugar.

La pasión del Mesías. Jesús no ha venido a derrotar con armas a sus enemigos, sino a ponerse en las manos de esos “enemigos” a quienes ha ofrecido su misma vida. Así parece como un perdedor, pero no un perdedor por necesidad sino por opción: sufre porque ha rechazado la propuesta de Pedro, que le pedía luchar y triunfar como Mesías la “buena” justicia del mundo. Renuncia a luchar porque es portador de un amor no violento. Sólo así puede realizar su obra mesiánica, que él mismo abre a los demás: ¡Quien quiera venir en pos de mí, niéguese a sí mismo...! (Mc 8, 34). De esa forma les ofrece su camino de transformación salvadora; desde esta perspectiva se entienden algunas de las palabras más significativas de Jesús: las bienaventuranzas y se entiende sobre todo su muerte. La buena nueva de Jesús, que es evangelio de gozo, resulta inseparable del sufrimiento mesiánico. (Pikaza, 2007, p.753).

Algunos textos identifican a la pasión negativamente, de carácter sexual, que atenta contra la dignidad de la persona y ofende a Dios. En el Nuevo Testamento *παθημα* se encuentra 16 veces: Rm 7, 5 Flp 3, 10 Gl 5, 24 Rm 8,18 2Cor 1, 5. 6,7 Cl 1, 24 2Tm 3, 11 Hb 2, 9. 2, 10. 10,32 1Pe 5, 1. 5, 9 1Pe 1, 11. 4, 13 Presento un ejercicio de algunas de ellas, confrontando las tres traducciones griego, latín y castellano, con la intención de poner de manifiesto el sesgo que se da en las traducciones a la palabra *παθημα* pasión.

Investigando en latín la palabra *passio, onis*, encontramos que significa: pasión, martirio, perturbación, afecto del ánimo, enfermedad, afección del alma, perturbación en la naturaleza. Veamos algunas citas relacionadas con el término. (Macchi, L. 1941).

Flp 3,10: A fin de conocerle a él y sentir en mí el poder de su resurrección y la comunicación de sus padecimientos configurándose conforme a su muerte.

Του γινωαι αυτον και την δυναμιν της αναστασεως αυτου και κοινωνιαν των παθηματων αυτου συμμορφιζομενος τω θανατω αυτου

Ad cognoscendum illud et virtutem resurrectionis eius et communionem passionum illis, conformans me morti eius.

Al consultar varias traducciones en la Biblia, para ver como sí tiene mucho que ver la forma como se ha traducido y sobre todo la connotación negativa y de carácter sexual que se le va dando a la palabra pasión. La Nueva Biblia de nuestro pueblo. 2007, dice: A fin de conocerle a él y sentir en mí el poder de su resurrección y la comunicación de sus padecimientos configurándose conforme a su muerte.

En la nueva Biblia española la traducción dice: Conocer el poder de su resurrección y de la solidaridad con sus sufrimientos. En la Biblia, el libro del pueblo de Dios San Pablo, 2008 dice: conocer el poder de su resurrección y participar de sus sufrimientos. En la Biblia, lectio divina, 2006 dice: lo que quiero es conocer a Cristo, sentir en mí el poder de su resurrección y la solidaridad en sus sufrimientos. En este caso, el término pasión designa sufrimiento.

Rm 7, 5: Porque cuando estábamos en la carne, las pasiones de los pecados, atizadas por la ley, obraban en nuestros miembros para llevar fruto en pro de la muerte.

οτε γαρ ημεν εν τη σαρκι τα παθηματα των αμαρτιων τα δια του νομου ενεργειτο

Cum enim essemus in carne, pasiones peccatorum, quae per legem sunt operabantur in membris nostris ut fructificarent morti.

La Biblia de nuestro pueblo: Porque cuando estábamos en la carne, las pasiones de los pecados, atizadas por la ley, obraban en nuestros miembros para llevar fruto en pro de la muerte. Biblia, El libro del pueblo de Dios. (2008) traduce como malas pasiones, es evidente, que la palabra pasión tiene un énfasis negativo.

Nueva Biblia española traduce: cuando estabais sujetos a los bajos instintos, las pasiones pecaminosas que atiza a la ley. La Biblia de estudio traduce: para despertar en nuestro cuerpo los malos deseos. Biblia de Jerusalén traduce como pasiones pecaminosas. Biblia, lectio divina traduce: porque cuando vivíamos como pecadores, la ley sirvió para despertar en nuestro cuerpo los malos deseos y lo único que cosechamos fue la muerte. Aquí es claro, que el vocablo pasión se refiere al sentido negativo de la palabra.

Gl 5, 24: porque los que son de Cristo Jesús han crucificado el instinto con sus pasiones.

οι δε του Χριστου Ιησου την σαρκα των ποιουτων ουκ εστιν νομος

Qui autem sunt Christi Iesu carnem crucifixerunt cum vitiis et concupiscentiis.

La Biblia española traduce: No hay ley que valga, los que son del Mesías han crucificado sus bajos instintos con sus pasiones y deseos. Biblia de estudio traduce: Y los que son de Cristo Jesús ya han crucificado la naturaleza del hombre pecador junto con sus pasiones y malos deseos. Biblia de San Pablo traduce: Porque los que pertenecen a Cristo Jesús han crucificado la carne con sus pasiones y sus malos deseos. Biblia de nuestro pueblo: Porque los que son de Cristo Jesús han crucificado el instinto con sus pasiones y deseos. Otra vez el término tiene una carga negativa. Pasión tiene en este caso tiene un connotación negativa y refiere al sexual, como malo. De esta comparación y análisis se puede concluir entonces que:

- Hay cambios sustanciales en la traducción del griego al latín, así como del latín al castellano.
- La palabra pasión *παθεμα* en griego, es más amplia en su significado y se acentúan aspectos diversos, la mayoría positivos; aquí es donde se nos puede hacer la pregunta de por qué se reduce su traducción y exclusivamente negativa o de alusión sexual, siendo que no es así.
- Al traducir del griego al latín y del latín al castellano, aparecen otras palabras que cambian rotundamente su significado o también se le ponen calificativos que acentúan su significado negativo o sexual, por ejemplo, pasiones pecaminosas, malas pasiones, bajas pasiones.

El hilo conductor de la investigación es reflexionar, investigar y aportar sobre el mundo de hoy de los jóvenes, qué y de quién se apasionan, cómo presentar de modo creíble y verdaderamente apasionante el encuentro con Jesucristo a jóvenes hijos del tiempo postmoderno, donde queremos revalorar lo positivo ante los retos; qué itinerarios de formación se ofrecen a los jóvenes que se disponen a iniciar su proceso de formación en el Seminario, jóvenes que están sembrados en el campo como lo dice el evangelio, han sido sembrados donde conviven el trigo y la cizaña Mt 13, 24 ss. Se están preparando para apasionarse por algo o de alguien.

Qué sucediera si en los hogares y seminarios, casas de formación, se educa, cultiva, enseña, habla y promueve en los jóvenes la pasión por Jesús; qué sucedería si se le habla de Jesús resucitado, incluso la invitación atractiva y desafiante de entregar su vida por Él. Es una realidad y necesidad que nos interpela a formadores en los seminarios, padres de familia, educadores. El reto es enorme, valorar lo propio de nuestra cultura y nuestro tiempo, abriendo ojos y oídos a la realidad para poder vivir la pasión por Jesucristo.

Pretendemos hacer un recorrido apasionante en algunos momentos históricos, para darnos cuenta, que los jóvenes son “herederos de una forma de pensar y de vivir”, por lo ocurrido en la modernidad, postmodernidad y, el efecto de una reacción holística, y buscar e ir hacia una perspectiva de antropología Cristiana. Se presenta un análisis serio y profundo de la realidad

actual de los jóvenes de la diócesis de Zamora (Michoacán, México), de las características del tiempo postmoderno en el que viven, sus luces y sombras; lo complejo de nuestra realidad pero también lo hermoso y positivo de nuestro tiempo, para saber cuáles fenómenos los marcan y el reto de cómo acompañarlos y ayudarlos cuando inician procesos de formación, en la clave renovadora de *Aparecida*, y el encuentro personal con Jesucristo y potenciar la pasión por él, durante la formación inicial para experimentar compasión por los hermanos y hermanas.

Se constata, que los jóvenes, sí se apasionan o se pueden apasionar o están apasionados por algo o de alguien; por ende, se puede hacer la propuesta a los jóvenes de apasionarse por Jesús por medio de un encuentro personal con él. Apasionarse de Jesús significa, de su persona, su proyecto, sus pasiones que sean mis pasiones, mi primer y máxima pasión sea Jesús. Es creíble y posible este ideal tanto así que ya conocemos la vida y obra de personas que han hecho la experiencia y se han apasionado por Jesucristo. Por mencionar el caso de algunas personas, que con su testimonio de vivir apasionados por Jesús han calado hondo en los jóvenes, Juan Pablo II, Teresa de Calcuta, El padre Alberto Hurtado, los obispos Oscar Romero y “Tata” Vasco, El padre Miguel Agustín Pro, por mencionar algunos. *Aparecida* nos lo refuerza:

En la actualidad de América Latina y el Caribe, la vida consagrada está llamada a ser una vida discipular, apasionada por Jesús-camino al Padre misericordioso, por lo mismo, de carácter profundamente místico y comunitario. Está llamada a ser una vida misionera, apasionada por el anuncio de Jesús-verdad del Padre, por lo mismo radicalmente profética, capaz de mostrar a la luz de Cristo las sombras del mundo actual y los senderos de vida nueva, para lo que se requiere un profetismo que aspire hasta la entrega de la vida, en continuidad con la tradición de la santidad y martirio de tantas y tantos consagrados a lo largo de la historia del Continente. Y al servicio del mundo, apasionada por Jesús-vida del Padre, que se hace presente en los más pequeños y en los últimos a quienes sirve desde el propio carisma y espiritualidad (DA 220).

3. Modernidad-postmodernidad-reacción holística, hacia una perspectiva de antropología Cristiana

La presente investigación como ya lo afirmamos, tiene el cometido de reflexionar, buscar, y aportar en el tema de la formación presbiteral inicial particularmente en el Curso Introductorio, pasión por Jesucristo vivo, a través de un encuentro personal con Él, donde dicho apasionamiento vaya acrecentándose. Como punto de partida, presento un estudio de la Modernidad-posmodernidad, una reacción holística, para posteriormente acudir a una correcta antropología, que permita acompañar procesos de formación tanto inicial como permanente.

Como apunta García Zamora, R (2008) en su trabajo de grado titulado: “La formación intelectual de los futuros presbíteros, elementos para responder a las exigencias de un mundo postmoderno y globalizado”, al referirse a la modernidad afirma que el siglo XX que se cerró, es un capítulo más de un gran período de cultura occidental, es una fase que llamamos modernidad. Desde una perspectiva cultural, la modernidad es una compleja estructura de valores, conocimientos, contextos culturales y fenómenos sociales. La modernidad se puede organizar en etapas históricas de gestación y desarrollo en su interior. Lo que pretendemos es situar al modernismo como al postmodernismo en una dimensión histórica, revisar nuestra concepción tradicional y proponer un enfoque. Pero nos ocupa por ahora la modernidad. El Concilio Ecuménico Vaticano II en la Constitución *Gaudium et Spes* # 4 afirmaba ya hace 50 años: “La humanidad se encuentra hoy en un período de su historia en el que profundos y rápidos cambios se extienden progresivamente en todo el universo”.

Partir de un análisis desde nuestra realidad de los jóvenes de Latinoamérica, es importante, para después hacer un recorrido por el magisterio de la Iglesia y recordar, saber con precisión lo que es propio, respecto a las personas en procesos e instancias de formación presbiteral inicial. Los aportes serán desde la categoría “pasión por Jesucristo”, clave de renovación de la formación presbiteral en la madurez que nos ofrece Aparecida.

a) Modernidad Para Larrain (1996) la modernidad es un fenómeno complejo y multidimensional, tanto desde el punto de vista de su contenido como desde el punto de vista de

su surgimiento y evolución históricos. Desde el punto de vista de su contenido,, la modernidad requiere ser abordada desde varios ángulos. Así el discurso filosófico ilustrado del siglo XVIII entiende a la modernidad sobre la base de las ideas matrices de libertad, tolerancia, ciencia, progreso y razón, y en oposición a la religión y a la metafísica. Los discursos sociológicos de Marx. Durkheim y Weber destacan otros ángulos más específicos.

Para Marx lo que está en la base de la modernidad es el surgimiento del capitalismo y de la burguesía revolucionaria. Para Durkheim el impulso fundamental de la modernidad es más bien el industrialismo acompañado de las nuevas fuerzas científicas. Para Weber la modernidad aparece en estrecha asociación con los procesos de racionalización y desencantamiento del mundo, con la racionalización que penetra las organizaciones humanas y edifica las burocracias.

La modernidad es también una forma de autoconciencia de una época que se considera nueva y superior, en relación a un pasado oscuro e inmóvil. Ha sido descrita por Giddens como un modo específico de vida y de organización social, que surge en Europa en el siglo XVI, que se expande subsecuentemente por todo el mundo y que se caracteriza por su acelerado ritmo de cambio, por su carácter globalizante, por su reflexividad y por su nueva institucionalidad: surgen las naciones-Estado y las formas democráticas de gobierno, se crea un mercado capitalista mundial, nacen las grandes organizaciones y sistemas burocráticos de administración, se crean una educación universalista y una cultura secular y de masas crecientemente contralada por los medios de comunicación.

La modernidad es también una experiencia vital. Se asocia con una experiencia de movilidad y cambio social, con un sentido de lo dinámico y contingente. La modernidad expresa una conciencia aguda de lo efímero y transitorio, de lo contingente y fragmentario. La edad moderna no rompe bruscamente con el pasado, sino que se caracteriza por un proceso interno permanente de rupturas y fragmentaciones. Desde el punto de vista de su surgimiento histórico, la modernidad es también un proceso complejo que sigue diversas rutas. Frecuentemente se cree que la modernidad es un fenómeno esencialmente europeo occidental, y se olvida su tendencia globalizante que la hace expandirse por todo el mundo, viéndose obligada a conectarse con realidades diferentes y adquiriendo así configuraciones y trayectorias distintas.

Hacia una definición de la modernidad, según Treviño Moreno, director del centro de estudios Humanísticos del ITESM, campus Monterrey México afirma que la modernidad es una cultura compleja, con su tiempo de vida intelectual entretejiendo, primero, a las sociedades europeas entre ellas mismas; y después, interconectando a éstas con aquéllas otras que recibieron su legado civilizatorio al transformarse en recipientes imperiales, como en América. (2000, 9).

La modernidad emerge claramente a finales del siglo XVIII en dos acontecimientos de mayor importancia: La revolución industrial y la revolución democrática, ambos cambios suscitaron una nueva cultura. Por su parte, la revolución industrial generó una gran riqueza y dio origen a dos nuevas clases sociales, inició el desarrollo de la ciencia y la tecnología con una esperanza de un progreso ilimitado. La revolución democrática negó rotundamente la tradicional estructura jerárquica, fomentó los ideales de libertad e igualdad y puso las bases para el surgimiento del Estado moderno. Estos dos magnos vectores se desprendieron del gran fenómeno cultural de los siglos XVII y XVIII, la ilustración, la cual rechazaba toda clase de valores e instituciones tradicionales e intercedía por la razón como el único proceso capaz de proporcionar a los seres humanos su propia libertad. El liberalismo, fue la filosofía que imperaba en las sociedades modernas, era la expresión del éxito del capitalismo en el campo industrial y de la democracia en el campo de la política.

Weber es uno de los más grandes exégetas de la modernidad: ésta viene caracterizada por un proceso de racionalización que se transparenta en la burocratización de la vida social, tomará vida en las instituciones y en los modos de organizar la producción y la administración pública. Es impresionante cómo desde la teología a la economía capitalista, desde el derecho a la arquitectura y a la música, o al Estado y a la ciudad, el moderno espíritu occidental está marcado por un formalismo sistematizador, de una tendencia al cálculo y a la verificación empírica. (Weber, 1983, p.19).

El tema de la religión en la modernidad perderá su centralidad y ésta dejará de ser la productora principal de sentido y relaciones sociales, por una secularización reinante. El puesto de la religión lo ocuparán de ahora en adelante, la economía y el juego del intercambio de mercancías en el ámbito del mercado. La sociedad moderna está caracterizada por la razón

instrumental (Horkheimer, Adorno); por la fuerza estructuradora de los sistemas (Habermas, Luhmann); por el conocimiento (Bell); por las instituciones fundamentales (Berger); por la producción científico-técnica y de la burocracia (Weber).

Mardones, en el libro “Postmodernidad y Cristianismo”, nos brinda una descripción de la modernidad y algunas características sobresalientes: (Cf. 1998, pp. 31-32).

- Un proceso de racionalización en la que se configura un tipo de ser humano orientado al dominio del mundo, con un estilo de pensamiento formal, una mentalidad funcional, motivaciones morales autónomas, un modo de organizar la sociedad alrededor de la institución económica y la burocracia estatal.
- Un centro productor de relaciones sociales: la economía, que desplaza a la religión cada vez más a la esfera privada.
- Una cosmovisión descentrada, desacralizada y pluralista.
- Una razón que muestra varias dimensiones o esferas (ciencia, moral, arte) que tiene su propia autonomía.
- Una de las dimensiones es la razón, científico-técnica logra preeminencia social.
- Una estructura social configurada por dos instituciones o sistemas predominantes: la técnico-económica y la burocrática-administrativa.
- Un tipo de persona celosa de su autonomía individual, pero con ambivalentes manifestaciones de hiper-individualismo narcisista.

Por eso se entiende, que la postmodernidad se presenta, como veremos luego, el intento de cancelar la concepción de la razón, la historia, la sociedad, el ser humano y el arte que dieron vida a la modernidad. La postmodernidad es la modernidad que al desarrollar sus propios mitos, ha llegado a descubrir su propio autoengaño. Crece paulatinamente esa experiencia compartida en la pujante sociedad moderna, las personas se alienan, se enajenan (Marx), se frustran (Freud), y hay una pérdida de paz y tranquilidad de las personas consigo mismas, en la sociedad y en el mundo. La postmodernidad surge a partir del momento en que se empieza a tener en cuenta de que ya no es válido el proyecto moderno. Pero antes, veamos qué se entiende por modernismo.

Es conocido también el vocablo Modernismo, que se entiende en dos sentidos: uno amplio y otro estricto. En sentido amplio, “modernismo” designa toda tendencia a acoger y aun a exaltar lo moderno, sea éste lo que corresponde al período histórico llamado “moderno”, o bien todo más lo nuevo y reciente de cualquier época. En sentido estricto, “modernismo” es una tendencia que se ha manifestado dentro de varias religiones: Judaísmo, protestantismo, catolicismo y que ha consistido en un afán de transformar de maneras muy radicales ciertas estructuras tradicionales, no solo de pensamiento e interpretación, sino también inclusive dogmáticas. Se ha usado el término “modernismo” para referirse a las tendencias renovadoras en el pensamiento latinoamericano durante el siglo XVIII y parte del siglo XIX. (Ferrater, 2002, p. 2434).

Gallino llama Modernización a un cambio social en gran escala, que afecta a las principales estructuras económicas, políticas, administrativas, familiares, religiosas de una sociedad, que parece avanzar en dirección a un progresivo acercamiento a un modelo de sociedad basado en el conjunto de las características adquiridas gradualmente por las sociedades occidentales después de la Revolución industrial y la Revolución francesa (1780-1830). El problema de identificar las características esenciales de la modernidad, es decir, de las nuevas sociedades salidas de las dos revoluciones que se iniciaron en la última parte del siglo XVIII.

Las características que predominan en la modernidad son: una visión dinámica, histórica y evolutiva, una visión fragmentada y atomizada; antropocentrismo racionalista y androcéntrico; desacralización de la naturaleza y del poder constituido; -secularización; -privatización de la religión; crisis de la autoridad; -mundo de la naturaleza: enfrentado o dominado mediante la aplicación de la racionalidad instrumental (ciencia experimental y tecnológica); -visión del progreso ilimitado; -subjetividad: perspectiva racionalista donde prima más la razón sobre el sentimiento; subjetividad: autonomía, independencia y libertad del sujeto; -individualismo; -ética del cambio; -dualismo antropológico (“*res cogitans*” y “*res extensa*”: Descartes); -visión mecanicista; -desvalorización de la dimensión afectiva y simbólica; -futuro inmanente para todos, etc... (Cf. García, A. 2007, pp. 101-102).

Conclusión sobre la modernidad: ésta tiene sus luces y sombras, personas y acontecimientos que nos brindan desarrollo y alegría, por lo tanto, no se puede generalizar que

todo sea negativo, pero se puede deducir con objetividad, que son bastantes los aspectos de la modernidad, que obstaculizan al joven para apasionarse de Jesucristo, “herencias negativas”, “distractores y ofertas”, que le dificultan al joven el encuentro con Jesús Resucitado, porque los intereses de la modernidad son otros. Ejemplo de esos intereses; fomentar en la persona, una mentalidad de autosuficiencia, egoísta y tener un proyecto centrado en la ambición; esto tiene como consecuencia ser distante a las demás personas y anular toda posibilidad de trascender, no busca ni da importancia a Dios.

b) Postmodernidad “La respuesta postmoderna a lo moderno consiste en reconocer que, puesto que el pasado no puede destruirse - su destrucción equivale al silencio – lo que hay que hacer es volver a visitarlo”. Eco Umberto. (Córdova, 2000, p.135). El vocablo postmodernidad no es tan reciente como se puede pensar, ya lo había empleado Baudelaire; el fenómeno cultural que hoy designamos con ese nombre es muy reciente. Hay alguien que hace coincidir con algún acontecimiento significativo el comienzo simbólico de esta nueva época. (Jencks, 1977, 9-10); el post indica un anhelo de despedirse de la modernidad. Es más que un tiempo o referencia cronológica o temática; postmodernidad expresa un desdoblamiento. Como subraya Mardones, “la postmodernidad más que un tiempo es un talante”, y supone que ha perdido la confianza en la razón, un rasgo típico de la modernidad. (Baudelaire, 1964).

Es un agotamiento de la razón, por su incapacidad de abrir caminos de progreso humano, así como por su debilidad teórica para encontrar nuevos caminos de progreso y por su debilidad teórica para observar lo que se avecina. La postmodernidad es la modernidad que desarrolló sus propios mitos, ha llegado a descubrir su propio autoengaño. Este el aporte más valioso de la postmodernidad: El señalar los contenidos y los límites de la modernidad en la mejor tradición kantiana. La postmodernidad desde esta perspectiva, no es un proceso histórico, ni se trata de una propiedad bien definida, está definida por quienes tienen problemas o dudas con la modernidad.

Es posible desde principios del siglo XX que se encuentren semillas dispersas en la postmodernidad, en la literatura, la cual da testimonio de un creciente vacío espiritual y de una ausencia de sentido del mundo moderno, ya el romanticismo de la primera mitad de siglo XIX presentaba un malestar, a éste se le puede considerar como la primera reacción anti moderna. La

postmodernidad surge a partir del momento en que empieza a tener conciencia de que ya no es válido el proyecto moderno; la postmodernidad está hecha desde el punto de vista del desencanto. El autor (González-Carvajal, 1992, p.157), nos recuerda cómo la modernidad fue el tiempo de las grandes utopías sociales.

- El proyecto de la Ilustración: anunciaba la próxima victoria sobre la ignorancia a través de la razón y la ciencia.
- El proyecto del capitalismo: confiaba alcanzar la felicidad gracias a la racionalización y la eficientización de las estructuras y el incremento de la productividad.
- Marx prometía la emancipación del proletariado mediante la lucha de clases.

Pero de un momento a otro, para toda una generación, el mundo se vino abajo. Nos ilustra González-Carvajal con unas imágenes de la postmodernidad, para comprenderla mejor. La primera imagen, es el fin de la idea del progreso en evidente contraste con la modernidad. Los postmodernos son coherentes y sabido que la idea de progreso les resultó un espejismo no se consideran a sí mismos llamados a superar la modernidad.

Las personas postmodernas hablan de postmodernidad sencillamente porque su tiempo ha aparecido después de la modernidad. Los postmodernos rebasan lo anterior y se despojan de la historia tirándola al bote de la basura, la historia la han inventado los historiadores y existe sólo en los libros de texto, dicen ellos, que el mundo está constituido por una multitud de átomos-individuos que estamos juntos por casualidad. No tenemos ningún proyecto, sencillamente nos cruzamos unos a otros, por lo tanto la ilusión de la historia ha desaparecido.

Otra imagen postmoderna, pone de manifiesto que es el tiempo del hedonismo y del culto al cuerpo, porque la manera de dejar atrás la alienación es irse a casa y disfrutar de la vida sin preocuparse de hacer un viaje en la historia hacia una supuesta tierra prometida, la cual ni existe. Es pues la postmodernidad, tiempo del yo y del intimismo y es que tras la pérdida de confianza en los proyectos de transformación de la sociedad, ahora es centrar todo el ímpetu en la realización personal, apareciendo una obsesión en el cuidado de la salud.

Otra característica que describe a la postmodernidad, es que su símbolo es Narciso, el enamorado de sí mismo y está privado de ojos para el mundo exterior. La postmodernidad señala la muerte de la ética, el fracaso de la razón. Un momento idóneo, para recalcar que la modernidad se caracterizó por la racionalización de la existencia, pues ahora en la postmodernidad el orgulloso homo sapiens ha sido desplazado por el *homo sentimental*, es una época donde se aprecia más el sentimiento que la razón, incluso se ridiculiza y se muestra con cinismo diciendo: el comentario, “Pienso luego existo”, se sustituye por “siento luego existo”.

Lo que antes fue catalogado como la tiranía de la razón ahora es el estallido de la sensibilidad y de la subjetividad, sigue el acostumbrarse a vivir en la desfundamentación del pensamiento, lo que se llama el pensamiento débil, el cual cuestiona de manera radical a las convicciones firmes del pasado. En lugar de un yo integrado, se hace presente la pluralidad de personajes. La modernidad era sinónimo de tensión había emoción, sentimientos pero no pasión.

Las personas insertas en la postmodernidad no se aferran a nada, para ellos, no hay certezas absolutas, pierden la capacidad de asombro y sus opiniones pueden cambiar de manera fácil y repentinamente, en cuanto a las relaciones personales, se carece de cualquier tipo de compromiso profundo y serio, el objetivo es no depender afectivamente, no sentirse vulnerable. En el tema de la sociedad, lejos está de alcanzar un consenso, dando rienda suelta a todo y es de todos conocido que todo se vale. Mardones (1998), en su libro postmodernidad y cristianismo, anteriormente citado, afirma que la persona postmoderna intenta destronar a Dios y derribar también los humanismos que pretenden reemplazarlo, y lo que pretendieron nunca se cumplió.

En cuanto a lo religioso, la postmodernidad trae consigo un retorno a lo religioso, pero incluyendo la moda de lo esotérico: Ciencias ocultas, cábala, astrología, quiromancia, videncia, cartas astrales, alquimia, espiritismo, amuletos y toda clase de superstición. Por todo esto, nos damos cuenta que, la postmodernidad representa la venganza de lo reprimido, cuando la modernidad privaba de expresiones a Dios, ahora surgen salvajemente “expresiones religiosas”, carismáticas, mesiánicas y fanáticas. Es cierto que con la postmodernidad regresa Dios pero también está el menú de chamanes, brujos, el vidente del Amazonas. Ahora se va hablar de una religiosidad light, de la nueva era, etc...

Giovanni Vattimo es uno de los representantes de la postmodernidad, él tiene la osadía de presentar el pensamiento postmoderno en tres rasgos. El primer rasgo, es que es un pensamiento de fruición, es decir, contrario al funcionalismo reinante de la modernidad. Lo que pretende el pensamiento postmoderno es tener valor en sí mismo, y jamás pretender transformar la realidad sino vivirla en sí misma. Es un pensamiento que rechaza de manera categórica la instrumentalización de la razón (Horkheimer) y afirma lo vivido en cada momento sin pretender preparar otra cosa. (Vattimo, 1986, 155 ss).

El segundo rasgo del pensamiento postmoderno, según Vattimo, es ser un pensamiento de la contaminación, porque reúne la filosofía de la mañana de Nietzsche con la crítica al pensamiento metafísico de Heidegger. Es un ambiente que carece de principios, criterios fijos, determinados, fundados de una vez por todas, es un pensamiento que busca fracturar los métodos consagrados y ofrece la búsqueda del disenso y la inestabilidad como lo auténtico humano y creativo. El tercer rasgo según Vattimo, es que el pensamiento posmoderno, es del mundo de la técnica moderna, pensamiento que corresponde a una situación de relativa seguridad que había alcanzado la existencia individual y social en virtud de la estructuración social y del desarrollo técnico. Para Mardones hay una expresión que sintetiza el proyecto postmoderno es el de “estetización general de la vida”. Frente al proyecto moderno que ha estado dominado por la idea de la emancipación de la humanidad y la promesa de la libertad, habría que caminar hacia la superación, así, se podría escapar del mito/trampa del progreso. (Mardones, 1988, p.63 ss).

Podemos concluir que en la postmodernidad hay avances técnicos y científicos, hay desarrollo pero también grandes carencias. No es dueña de la verdad, porque la postmodernidad no es sinónimo de perfección. Algo importante de la postmodernidad, es que da cabida a la trascendencia, busca y da importancia a Dios. De ahí que puede influir para bien en nuestros jóvenes, sobre todo si se aprovechan los valores de la subjetividad y de la libertad. Pero también puede llegar negativamente, si se dejan influenciar por la dictadura del relativismo o si se buscan los caminos de lo efímero, de lo transitorio y de la cultura de lo desechable.

La modernidad y postmodernidad dejan temas pendientes, hay grandes vacíos e interrogantes existenciales por responder, incluso, hay interés por tener certezas, garantes que le den al ser humano felicidad y le permitan trascender, valorarse por ser persona, y persona íntegra. Vale la pena insistir, en lo negativo y en lo positivo de este fenómeno para nuestros jóvenes, porque lo que han recibido, eso es lo que van a dar. La importancia de las instituciones como: la familia, iglesia, universidad y seminario, para emprender procesos de formación que ayuden a nuestros jóvenes en su educación y si es necesario, desaprender lo que culturalmente han heredado, y les dificulta responder con generosidad en su vida, vocación específica y concreta.

Hoy en día, existe el riesgo de llenar los seminarios con jóvenes postmodernos como hijos de su tiempo, con sus luces e inconsistencias, son buenas personas, con buenas intenciones, pero con serias dificultades para pasar de la emoción al sentimiento y de éste a la pasión. Por lo tanto se debe prestar especial cuidado en que los jóvenes concreten el encuentro con la persona de Jesucristo en la formación presbiteral inicial particularmente en el curso introductorio y, así poder vivir apasionados por Él, y como discípulos misioneros experimentan compasión por los hermanos y hermanas, y están dispuestos a seguir con generosidad y alegría su proceso de formación. (Cardona, N. 2012 p. 203).

En la reacción holística está presente, la intención del ser humano por madurar, como si la modernidad y postmodernidad correspondiera a la etapa de la adolescencia, hermosa y difícil es cierto, pero que hay que asimilarla.

c) Reacción Holística En contraposición a las acentuaciones propias de la modernidad, encontramos también la perspectiva científica y cultural que ve toda la realidad de manera integrada y holística. Esta visión encuentra sus raíces en la nueva física, que se ha desarrollado durante el siglo XX, desde la aparición de la teoría de la relatividad y de los estudios sobre los fenómenos atómicos y subatómicos, que dicho sea de paso, no es el momento de presentarlos. Presentamos las características más importantes de la visión del ser humano propio de la perspectiva holística, las cuales repercuten en el ser humano que supera el individualismo:

- El ser humano pasa a ser considerado de manera integrada, siendo superados los dualismos entre mente y cuerpo, así como entre sujeto y objeto.
- En el ser humano, son revalorizados los aspectos intuitivos, la colaboración, actitud receptiva y acogedora, la perspectiva sintética, la conciencia ecológica. Con esta revalorización, se procura corregir la distorsión que ha significado la acentuación unilateral, en el mundo moderno, el pensamiento analítico, del conocimiento meramente racional, de los valores y aspectos meramente humanos competitivos, agresivos, auto-afirmativos, exploradores de las riquezas naturales, Irrumpe, así, una imagen del ser humano integrado, que articula en equilibrio dinámico, lo racional y lo intuitivo, la auto-afirmación y la cooperación, el yin y el yang, lo masculino y lo femenino. En esta visión del ser humano lo que se enfatiza es la contemplación y no más la oposición o la lucha. Se da el cambio de una lógica de la inclusión a la que imperaba, la lógica de la exclusión.
- Una vez que el universo es visto como un todo unitario, como una vibración energética y como un organismo vivo donde las diferencias tienden a desaparecer, no resulta clara la distinción entre los humanos y los animales más complejos.
- En la fusión con el todo cósmico viviente, se nota una acentuada tendencia para renunciar al núcleo autónomo, único e insustituible de la persona humana. Se ve con desconfianza el concepto cristiano de persona, como si estuviera orientado para la separación y para la división en vez de acentuar la comunión y la superación de las diferencias. El mundo de lo natural tiende a predominar sobre la realidad personal. (García, 1996, 275-307). Podemos concluir que: La reacción holística, es un intento por superar el individualismo, donde la persona se reconoce íntegra, dejando ya los dualismos; es una persona en relación con los demás y el mundo, con una actitud acogedora y conciencia ecológica. Todo esto es estupendo, pero debe estar sustentado en una convicción antropológica correcta.

d) Hacia una perspectiva de antropología Cristiana El concepto cristiano de hombre comprende la persona en su unicidad, pero demuestra también que está articulada con la relación a otros y pertinentemente al Otro. Este es el reto para la antropología cristiana, unicidad pero también la relacionalidad, como Dios que es único y es ejemplo de relación. Después de hacer un

recorrido por la modernidad, postmodernidad y ubicar en el contexto, de la reacción holística, nos damos cuenta que hay un problema fundamental que desafía a la antropología cristiana. Es una situación complicada porque está entrañada profundamente en la conciencia cristiana, y que dificulta sustancialmente la vivencia de la propuesta salvífica del Dios de la revelación bíblica. Pasar de una estéril desarticulación a una articulación fecunda. (García, 2007, pp. 17-27).

El desafío fundamental: nuestra visión del ser humano ¿es dicotómica o integrada? Y es conocido que nuestra visión es dicotómica o dualista y lo constatamos cuando se resalta una dimensión del ser humano, la persona es llevada a desvalorizar otra dimensión con la cual se encuentra en tensión, un ejemplo, para marcar la importancia del alma, la persona desprecia el cuerpo, para valorizar la razón desatiende a la vida afectiva etc. O viceversa, para resaltar el valor del cuerpo, menosprecia el alma, para valorizar la afectividad desatiende la razón etc...

Esta forma de comprender el ser humano es muy antigua, en el mundo occidental, encuentra su raíz en la filosofía de Platón y en la filosofía estoica. Para el platonismo y el neoplatonismo, toda la realidad está dividida en dos mundos, el mundo de las ideas (es el real) y el mundo de las cosas, son dos mundo presentados como opuestos. Por el alma el ser humano pertenece al mundo divino, eterno etc. El de las ideas, por el cuerpo, pertenece al mundo temporal, imperfecto, el cuerpo termina siendo despreciado. (García, A. 2011, pp. 95-114).

Para el estoicismo la división fundamental está establecida entre la razón (logos), por un lado y la afectividad (pasión), por otro. Y lo que hace que el ser humano sea tal es la razón y, por ende, en nombre de la razón, sentimientos, emociones, pasiones, serán desvalorizados. En el inicio del mundo moderno, el pensamiento de Descartes consolida más este dualismo tradicional. Este filósofo divide el ser humano entre pensamiento (*res cogitans*) y el cuerpo (*res extensa*). Este último no pasa de ser una máquina y por lo tanto así debe ser tratado. Por lo tanto, lo que define al ser humano es el pensamiento. La relación entre alma y cuerpo es solamente extrínseca, por ende, la valorización del pensamiento, de la conciencia humana, del sujeto, se hace en detrimento de la realidad corporal.

García Rubio nos ofrece algunas consecuencias graves de esta visión dualista del ser humano, en el mundo occidental y, principalmente, dentro de la Iglesia:

1. Una tendencia para despreciar el cuerpo, visto como enemigo de la vida espiritual.
2. Con la reforma de Lutero tomó más fuerza, la tendencia a reprimir el mundo de las emociones y sentimientos (vida afectiva).
3. La tendencia para desvalorizar la sexualidad, reducida al aspecto estrictamente genital biológico, no es considerada la sexualidad como una dimensión básica de la existencia humana, (pensamiento estoico).
4. Una marcada tendencia para separar lo masculino y lo femenino como realidades humanas opuestas (patriarcalismo, machismo).

La visión dualista afecta en las todas las dimensiones o aspectos que constituyen la riqueza de la persona íntegra. Se puede distinguir claramente la visión dualista en el cristianismo y evidenciar tres modos básicos de infiltración de esa visión en la vida y en la reflexión de las personas de la Iglesia: tres modos que de manera conceptual y más aún visual, nos da luz para ir en busca de la integralidad de la persona. (García, A. 2007, pp. 28-32).

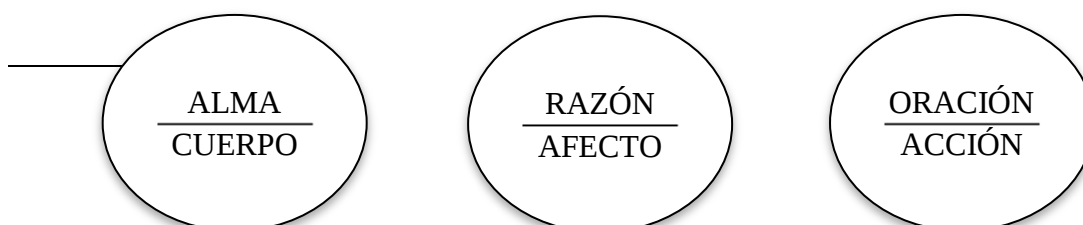
a) El modo clásico, el más conocido: (En mayúscula la dimensión con más relevancia).

ALMA, RAZON, TEORIA, ORACIÓN--SOBRENATURAL, CIELO, VIDA RELIGIOSA	
cuerpo, afecto, práctica, acción social –humano,	tierra, vida profana, etc.

b) Reversión dialéctica:

CUERPO, AFECTO, PRAXIS, ACCIÓN, HUMANO, TIERRA, MDO. VIDA PROFANA	
alma, razón, teoría, oración, sobrenatural, cielo,	iglesia, vida religiosa, etc.

c) Yuxtaposición estéril:



García Rubio nos explica: el círculo simboliza la idea de integralidad e integración, pero interiormente no se puede porque hay división, es la dialéctica de Hegel, es el señor y el esclavo. La solución es quitar la línea divisoria, que es el proceso de madurez, gráficamente es fácil; lo complicado es aplicarlo en la vida. Es la propuesta de Jesús de Nazaret, dando una dimensión fecunda a la persona íntegra.

Pero el ideal en este último gráfico, es que el círculo simboliza la voluntad de unir alma y cuerpo, razón y afectos, oración y acción etc., superando así el dualismo, pero permanece aún la línea que divide, en consecuencia separa y excluye, lo que se pretende es un unir de modo intrínseco y fecundo, se pretende quitar esa tensión y división en los dos polos.

A modo de resumen, la visión dualista y dicotómica presentada del ser humano está presente siempre, cuando se quiere valorizar una dimensión, descuidamos o dejamos a un lado otra dimensión, con la cual estará en tensión permanente. Toda esta división y tensión del dualismo ocasiona en la persona neurosis, y es más frecuente en la vida religiosa y en el ministerio sacerdotal. Es motivo de alegría, saber que existe, otro modo de considerar la realidad del ser humano, es la visión integrada y unitaria, que articula directamente la dimensión de espiritualidad y la dimensión de corporalidad, la razón y los efectos, la teoría y la práctica etc. Presentamos de modo gráfico. (García, A. 2007, pp. 34-36).



Es una visión que acepta la dualidad (o mejor dicho, la pluralidad) de dimensiones en el ser humano, pero, que todas son vividas y experimentadas en la UNIDAD que es la PERSONA concreta. En la gráfica, se puede ver cómo ha desaparecido la línea divisoria y como las dimensiones están mutuamente abiertas, correlacionadas, pueden y deben complementarse.

Esta visión del ser humano es propia del mundo cultural semita, que, como sabemos, es el mundo en el que la Biblia fue siendo elaborada y escrita. De hecho, en la Sagrada Escritura, el ser humano es presentado, valga la redundancia, como una unidad. Los términos bíblicos que se emplean, sea en hebreo (nefesh, basar, rûah, lebeb, etc), y en griego (psyché, pnêuma, soma, kardia etc.) designan aspectos del ser humano, pero siempre referidos al hombre o a la mujer vistos como una unidad.

De modo que, existen en el ser humano dualidades de dimensiones (razón-afectos, espiritualidad-corporalidad etc.). Pero dichas dualidades reales no tienen por qué ser necesariamente o convertirse en dualismos. Con frecuencia se acentúa más el valor de una determinada dimensión. Con lo mencionado, nos queda claro que siempre hay que mantener la apertura a la complementación y a la crítica de la otra dimensión con la que se encuentra en tensión; es pertinente resaltar que la visión integrada del ser humano no elimina la confrontación entre la justicia y la injusticia, entre lo “viejo” y lo “nuevo”, incluso lo negativo es utilizado al servicio de la madurez de la persona y de la comunidad.

3 “No hagan nada por ambición o vanagloria, antes con humildad y estimen a los otros como superiores a ustedes mismos. 4 Nadie busque sus intereses, sino el de los demás. 5 Tengan los mismos sentimientos de Cristo Jesús, 6 quien, a pesar de su condición divina no hizo alarde de ser igual a Dios; 7 sino que se vació de sí y tomó la condición de esclavo, haciéndose semejante a los hombres. Y mostrándose en figura humana 8 se humilló, se hizo obediente hasta la muerte, y una muerte en la cruz. 9 por eso Dios lo exaltó y le concedió un nombre superior a todo nombre, 10 para que, ante el nombre de Jesús, toda rodilla se doble, en el cielo, la tierra y el abismo; 11 y toda lengua confiese: ¡Jesucristo es Señor!, para gloria de Dios padre”. (Himno Cristológico Flp. 2, 3-11)

¿Quién es el ser humano? ¿Cuál es el proyecto de humanización que nos aporta la teología de la creación? Nos da luz y respuestas el relato conocido como Yavista (Gn 2, 4b-25). Como punto de partida, hay una situación ambigua en el ser humano (Gn 3) lo que causa la no

aceptación del proyecto de Yavhé por parte de los humanos. (García, A. 2007, pp. 64-67). El mensaje del relato:

- El ser humano no es divino, es terrestre, está hecho de “barro”, no de la tierra amasada con la sangre de los dioses en lucha, por lo tanto, por sí mismo el ser humano no es divino, pero sí divinizado por el amor de Dios, por sí mismo es creatura.
- El ser humano es llamado a “cultivar y a defender el jardín”. Esta es la respuesta al don creador de Dios, a través del espíritu que recibe ruaj, que es signo de vida.
- Es un ser humano, no es solitario, en la creación de la mujer, como auxiliar relacionada con el hombre en términos de reciprocidad, las relaciones fundamentales con: Dios, entre los seres humanos, el ser humano con la naturaleza. Es un ser humano de relaciones y de decisiones, es receptivo, pero no pasivo. La respuesta del relato sacerdotal del siglo V, es más moderno, de Babilonia. El ser humano es creado a imagen y semejanza de Dios, significa: es un ser dialógico y responsable, es colaborador de Dios en la creación. Administrador responsable, no dominador o dueño arbitrario. Hombre y mujer tienen el mismo valor humano; nada de dominación o discriminación. Ser humano, que reconoce los propios límites. Dios crea y descansa, la creación en función del sábado. El carácter humanizador del descanso, de la celebración y de la fiesta, ser imagen de Dios implica también saber descansar.

La fe en Jesucristo y nuestra humanización integral: el Nuevo Testamento asume las cuatro relaciones, donde Jesucristo es nuestro modelo de humanización: Jesucristo es verdadero hombre: El mito del hombre “originario”, aplicación al Antiguo Testamento. El hombre que viene de lo divino, ideal distinto del hombre real, limitado entre los griegos *¡Oh antropos!* de Filón de Alejandría, habla del hombre que viene de Dios y el hombre de barro: El hombre divino, el verdadero hombre: Génesis 1, 26 y, el hombre débil y pecador: Génesis 2, 7. (García, A. 2007, pp. 98-101). La inversión paulina: El hombre pecador es el Adán del Génesis. El verdadero hombre es Jesucristo. Como consecuencia hay dos modos de existir (1Cor. 15, 44-45). Primero:

La existencia del “cuerpo natural” animado, pero incapaz de comunicar vida. Es el hombre del génesis. Segundo: La existencia del “cuerpo espiritual”, animado y fuente de vida para los otros.

La novedad de vida, es la aceptación del don del amor gratuito de Dios. De modo muy especial, es importante asumir que el reino de Dios es un don gratuito del Dios-Amor. El reino es obra de Dios y solamente Él puede ofrecerlo al ser humano (Cf. Mt 25, 34; Mc 4, 26-29)... El reino de Dios se realiza mediante la acción y por iniciativa de Dios, nada puede comprar el reino de Dios, nada puede comprar el Amor de Dios. Es un don tan valioso que el ser humano no puede conquistarlo o comprarlo; sólo puede ser recibido como don, Dios nos ama gratuitamente, con un amor inmenso y más allá de cualquier merecimiento de nuestra parte.

Sabiéndonos amados gratuitamente por Dios, nos damos cuenta porqué los pobres (cf. Lc 6, 20; 4,14; Mt 11, 4-5.), los que se hacen como niños y los pequeños (cf. Mc 10, 13-16; Mt 11, 25-26), así como los pecadores que reconocen su pecado (cf. Mt. 21, 31; Mt 9, 12-13...) son considerados beneficiarios del Reino de Dios, el común denominador en estas personas es que no tienen título alguno, son personas despreciadas y el Reino es un don y no un pago debido a las buenas obras practicadas; el pecado no es obstáculo para participar del Reino de Dios, sólo una persona puede excluirse del Reino, quien se cree justa y el que quiere permanecer en el pecado.

La experiencia de ser amados gratuitamente, nos lleva e impulsa a vivir con algo de gratuidad en nuestras propias relaciones con los hermanos concretos, nos capacita incluso para amar a nuestros enemigos (Cf. Mt 5, 38-48), devolviendo bien por mal. Hoy en día, parece que tenemos miedo y nos privamos de experimentar el amor gratuito de Dios, da la impresión de que preferimos “ganar”, “conquistar”, “producir”, con muestras obras y actividades. Jesús nos invita a vivir la apasionante aventura de dejarnos amar por Dios. **El ser humano es persona** y es creado a imagen de Dios, por ende, el ser humano es persona: (García, A. 2007, pp. 107-113).

- Soy persona porque estoy llamado a ser yo mismo en las relaciones; es un aspecto fundamental; soy persona, porque soy único e irrepetible, diferente de los otros, del cosmos y de Dios, todo esto quiere decir que como persona soy llamado.

- Como persona puedo auto-poseer mi vida, no aceptando ningún tipo de esclavitud, porque ésta va en contra de la persona, como persona, estoy llamado a desarrollar la capacidad de elegir, procurando rechazar las manipulaciones. Estoy llamado a desarrollar mi modo propio de ser persona (vocación personal).

Podemos concluir que en la persona existen otras dos dimensiones básicas: la interioridad y la exterioridad, es decir, el conjunto de sus relaciones. Para que la persona pueda crecer en madurez es indispensable la superación de toda dicotomía, cada una abierta a la complementación, a la crítica de la otra y todo esto dispone a: **e) “Cambio de época o época de cambio”** Es importante y necesario en nuestra investigación dar una respuesta, a la pregunta: ¿Estamos en un cambio de época o época de cambio? Campos, docente en la fundación Simón Bolívar, afirma que estamos en un “cambio de época”, y hace una reflexión sobre el futuro y sobre las universidades, donde plantea que, la educación superior y los dirigentes, debemos responder qué clase de ser humano en ésta época queremos formar, con qué valores, con qué actitudes y responder qué clase de sociedad y comunidad, aspiramos crear, de no hacerlo así, será difícil aplicar la investigación, la ciencia y la tecnología (Campos, 1996, pp. 397-401).

En definitiva el ser humano que vive en este cambio de época, debe buscar equilibrio entre la ciencia, arte, educación, religión y la tecnología para crear nuevas dimensiones que reflejen el ascenso del ser humano. Esta es la solución frente al pragmatismo en boga que nos lleva a desear el beneficio a corto plazo así éste conduzca a crisis a largo plazo. “Ecología humana” denomina Juan Pablo II al diseño de este propósito. En la síntesis de los aportes recibidos para la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, en el no. 56 dice:

Cambio de época y desafíos. Sucesivas transformaciones sociales y culturales agitan al mundo actual. Vivimos un fuerte cambio de época cuyo nivel más profundo es el cultural. Por esto la sociedad latinoamericana se experimenta como una sociedad inestable y en transición, con sus luces y sombras. La Iglesia católica también está inmersa en este cambio. (Síntesis de los aportes recibidos para la V Conferencia general del Episcopado Latinoamericano, 2007, 34).

Prada, sobre el cambio de época, afirma, que los jóvenes de hoy día son hijos del tiempo, están empapados de las características propias de la postmodernidad, pero hace la anotación de que no todo es negativo, hay muchas cosas positivas y que es necesario también apuntar, el reto en la formación es cómo acompañar al joven de hoy en su proceso de formación presbiteral inicial particularmente en el curso introductorio, por eso dice:

Los jóvenes seminaristas pertenecen culturalmente a la posmodernidad y están socializados en ese ambiente. La formación que se les imparta tendrá que tener en cuenta este fenómeno y procurar ofrecerles los valores más preciosos de la posmodernidad, al mismo tiempo que les brinde las herramientas necesarias para distinguir los valores y antivalores de cada época”. (2007, p.33).

Todo indica, que ese preciso apostar por una educación superior, unas universidades actualizadas y socialmente responsables. Para desencadenar el cambio basta con un adecuado diseño de valores y creencias que pongan en movimiento todo lo demás. Es necesario tener ideas claras, recordar algunas de las pronunciaciones del postmodernismo: El ecologismo, el feminismo, el pacifismo, el nacionalismo. Afirma Aparecida:

No resistiría a los embates de tiempo una fe católica reducida a un bagaje, a un elenco de algunas normas y prohibiciones, a prácticas de devoción fragmentadas, a adhesiones selectivas y parciales de las verdades de la fe, a una participación ocasional en algunos sacramentos, a la repetición de principios doctrinales, a moralismos blandos o crispados que no convierten la vida de los bautizados. Nuestra mayor amenaza es el gris pragmatismo de la vida cotidiana de la Iglesia en el cual aparentemente todo procede con normalidad, pero en realidad la fe se va desgastando y degenerando en mezquindad (DA 12).

La modernidad tiene sus características al igual que la postmodernidad, hay que tenerlas en cuenta en este cambio de época, aprender del pasado. Sus características son las siguientes: La autosuficiencia mental del hombre, la lucha contra lo mítico e ilusorio, la convicción de que el progreso va hacia lo infinito, la aceptación de la relatividad temporal del conocimiento, la

creencia de que el comportamiento está motivado por fuerzas instintivas subconscientes, la constatación de que el interés es un móvil todopoderoso.

El progreso inconmensurable de la ciencia y de la humanidad nos crea grandes interrogantes. La suerte de la humanidad es el misterio más asombroso que se nos presenta ante la posible desaparición de todo el género humano. Tal como vamos el futuro no significa progreso, ni orden, ni coherencia; podríamos terminar con la última catástrofe.

Muchos autores hablan del final de la historia como un fenómeno cuyo final ya conocemos todos: la destrucción total, otros mencionan el agotamiento y algunos optimistas hablan de un nuevo nacimiento. Y Aparecida nos ilumina, diciendo lo que es necesario para el futuro.

Concluimos en este tema del cambio de época, que la vía de la educación es la esperanza de los jóvenes de hoy en día; las universidades tienen que ser los “nuevos areópagos” que fomenten la dignidad y superación de la persona. El reto de los docentes es educar, atendiendo a la definición etimológica de educar, sacar de dentro lo mejor de la persona. Es cierto que las universidades deben estar actualizadas, socialmente comprometidas y ser responsables, pero también es necesario que las familias garanticen este proceso de educación. Cataño (2002) en su tesis de grado “La familia como primer y mejor seminario” afirma la importancia y la solidez que da la familia a la persona, ya que la prepara a nuevas experiencias como la de la escuela. El seminario, y las casas de formación tienen también este compromiso.

4.- Qué apasiona al seminarista, y al presbítero de 5, 15, 30 y a 50 años de ordenado. Han cambiado sus pasiones? ¿Qué les apasiona ahora?

Al final de la investigación se presentan a modo de anexo o apéndice, unas encuestas que se realizaron por instancias: seminaristas del seminario menor, curso introductorio, y teología; así como también una encuesta al presbiterio de la diócesis de Zamora (Michoacán, México), estas últimas, presentadas en cuatro bloques generacionales: De uno a cinco años de ordenado, de seis a quince años, de dieciséis a treinta años y de treinta uno a cincuenta o más años de ordenado.

(Las presentes encuestas a seminaristas de las diferentes instancias, así como los cuatro bloques generacionales de presbíteros, se realizaron durante el año de formación, 2011-2012. Ver anexos).

¿Qué apasiona al seminarista de cada instancia? Por pasión se entiende: la mayor motivación, de la persona y el énfasis que se hace en cada una de las instancias. Seminario menor, por su edad, primera experiencia de seminario y con los valores familiares, se concluye, que su pasión son las virtudes humanas como: hacer el bien a los demás, conocer y alimentar su fe, iniciar un proceso de formación porque se siente una inquietud vocacional. En esta instancia los seminaristas menores, manifiestan una generosidad y alegría propia de la edad, la mayoría, son consumistas y materialistas, mentalidad del mínimo esfuerzo.

El curso introductorio, es un tiempo y espacio, que para la mayoría es nuevo, sabiendo que otros tuvieron la experiencia de seminario menor; aquí la pasión máxima tiene un triple objetivo: Integración grupal, por ello, desde hace 9 años se tiene la oportunidad de vivir en una casa aparte. Otra pasión de los jóvenes que oscilan entre 17 y 21 años de edad es la facilidad en la tecnología; porque se da el caso, de que llegan algunos con carrera terminada. Otra pasión es, trabajar en el conocimiento personal, la cercanía familiar y fomentar una nivelación académica. Hay la tendencia de algunos seminaristas de tener y vivir de modo burgués, no acorde a la realidad familiar, que en su mayoría son humildes.

Los seminaristas del seminario mayor, por su edad y permanencia en el proceso de formación, presentan un elemento que ha llevado a una reflexión. En algunos, viene a menos su entusiasmo, pareciera que hay un desencanto como si la pasión fuera por la vocación a ser eternos seminaristas y no alegres presbíteros; es importante mencionar, que otros con generosidad, valentía, y docilidad se disponen a llevar a buen término su formación inicial.

Al hablar sobre qué apasiona a los presbíteros y si han cambiado sus pasiones; hay similitudes: la alegría, “inocencia”, generosidad de la formación inicial, seminario menor y curso introductorio, con los primeros años de ministerio, se ve a simple vista la emotividad, disposición a trabajar; en el segundo bloque generacional, si bien la alegría continua, se ve una actitud más calculadora y dispuesto al dialogo. En el tercer bloque generacional, según arrojan las encuestas,

aparecen nuevas motivaciones: En el aspecto afectivo, el cariño y afecto para algunos, tiene rostro y nombre femenino; otros se dedican a “negocios” que no tienen que ver con el ministerio ordenado.

En el cuarto y último bloque generacional, que es de los treinta y uno a los cincuenta años de ordenado o más, se ve una preocupación y aprecio por los hermanos presbíteros, que están en la plenitud de su vida ministerial, hay actitudes y actividades que denotan solidaridad, porque se está pendiente de ellos, se ven personas como sabias que son, que pueden seguir ayudando, si bien no con encomiendas directas, sí dando un testimonio alegre. Lejos de que se les excluya porque están viejos, se insertan en apostolados en los cuales por sus años de vida ministerial son de mucho provecho para los demás, por ejemplo, directores espirituales en seminario y en el presbiterio, capellanes en comunidades pequeñas.

5. La parábola del Buen Samaritano. Lucas 10, 25-37 como iluminación de la formación presbiteral inicial particularmente en el Curso Introductorio.

Los motivos por los cuales he elegido este texto bíblico para iluminar el tema de la pasión en los procesos de formación presbiteral inicial, particularmente en el curso introductorio, son varios: Primero porque la mejor manera de iluminar y enriquecer la vida y la formación presbiteral, es a la luz de la palabra de Dios; Segundo porque el buen Samaritano, es una persona que pone en evidencia el concepto y la práctica idóneos de quién es mi prójimo, y tercero porque el buen Samaritano tiene una perspectiva de antropológica Cristiana, y es su convicción la que lo lleva a la práctica de hacer el bien al hermano. El curso introductorio como tiempo y espacio, nos pide acompañarnos con cariño unos a otros, mirarnos con confianza, compasión y mantener viva la esperanza. (Álvarez de los Mozos, P. 2007).

Así leemos en el Evangelio de Lucas 10, 25-37.

²⁵ “Y he aquí que un legista se levantó, y con ánimo de tentarle le dijo: Maestro, ¿qué haré para entrar en posesión de la vida eterna? ²⁶ Él le dijo: ¿qué está escrito? ¿Cómo lees? ²⁷

El, respondiendo, dijo: “Amarás al Señor Dios tuyo de todo corazón, y con toda tu alma, y con toda tu fuerza, y con toda tu mente”, y “a tu prójimo como a ti mismo”.²⁸ Díjole: Muy bien respondiste: “Haz esto y vivirás”.²⁹ El, queriendo justificarse, dijo a Jesús: Y ¿quién es mi prójimo?³⁰ Tomando la mano Jesús, dijo: Bajaba un hombre de Jerusalén a Jericó y cayó en manos de salteadores, los cuales le despojaron, y después de cargarle de golpes se marcharon, dejándole medio muerto.³¹ por casualidad, un sacerdote bajaba por el mismo camino, y, habiéndole visto, dio un rodeo y pasó de largo.³² De la misma manera también un levita, habiendo venido por aquel lugar, después de verle, dio un rodeo y paso de largo.³³ Pero un samaritano que iba de viaje llegó cerca de él, y así que le vio se le enterneció el corazón,³⁴ y, llegándose, le vendó las heridas después de echar en ellas aceite y vino; y colocándole encima de su propio jumento, le llevó a la hospedería y le cuidó.³⁵ Y al día siguiente, sacando dos denarios, los dio al hospedero, y le dijo: Cuídale, y lo que gastes de más, a mi vuelta yo te lo abonaré.³⁶ ¿Quién de estos tres te parece haber sido prójimo del que cayó en manos de los salteadores?³⁷ Él dijo: El que usó de misericordia con él. Díjole Jesús: Anda y haz tú de la misma manera”. (Bover, J. – Callaghan, J. – Martini, C. 1977).

La pregunta que el legalista hace a Jesús es sin duda alguna, una pregunta fundamental, la cual todo discípulo debe plantearse: “Que debo hacer para tener en herencia la vida eterna?”. La respuesta la encontramos al igual que el legalista, en la palabra de Dios, los personajes de la parábola son aleccionadores: Hay dos posiciones religiosas opuestas, con dos respuestas bastante diferentes: El sacerdote y el levita pasan de largo; el cismático, reconoce a un prójimo en el hombre caído y lo ayuda a recuperar la salud y la dignidad que tenía perdidas. Deja de manifiesto que el prójimo no se define por la raza ni por la cercanía. (Levoratti, A. – Tamez, E. – Richard, P, 2003, pp. 541-542).

La iniciativa de encontrar al prójimo viene del discipulado. El legalista al final del dialogo con Jesús acepta teóricamente la extensión del amor al prójimo. Hay una pregunta que el texto deja abierta, ¿Hizo lo que Jesús le dijo? Pagola, sobre la parábola del buen samaritano, que él llama, “Amor compasivo”, trae varias consideraciones. Los heridos de las cunetas. Lo que dijo e hizo Jesús le salió del corazón, ésta parábola que es oro molido nos confirma que así es, Jesús nos quiere enseñar a caminar por la vida con “compasión”, en alguno de los muchos caminos

peligrosos nos cuenta con detenimiento, que un hombre fue asaltado, robado, abandonado y está “medio muerto”. Para su buena suerte pasan do personas que pertenecen oficialmente al templo, son personas religiosas, parece que lo ayudarán. (Pagola, 2012, pp. 172-179).

Tristemente no es así, ven al herido y sucede que cierran sus ojos y su corazón. Para ellos es como si no hubieran visto nada: Dan un rodeo y pasan de largo”, no se detienen. Porque su prioridad es el culto a Dios, una piedad a su manera, y dejan de manifiesto que los que sufren simplemente no les interesan. Aparece en escena un tercer personaje, no tiene nada que ver con el templo, tampoco pertenece al pueblo elegido, es un simple “samaritano”. ¿Qué se esperaba de él? lo peor, si los otros actuaron de esa manera, éste los “superará”.

Pero al ver al herido, “se le conmueven las entrañas”, lo rodea, pero marca la diferencia, porque él no va a pasar de largo, hace algo extraordinario e impensable, se acerca y se inclina hacia él, lo ayuda como Dios le da a entender, cura y venda sus heridas y, más aún, se da tiempo, porque tenía cosas que hacer, pero sabe decidir, porque ante lo urgente opta por lo más importante, ser compasivo y ayudar a su hermano, lo lleva un lugar seguro y es capaz de desprenderse de su dinero para pagar por sus cuidados.

Jesús tiene un modo de ser extraordinario que provoca, suscita e invita a imitar lo que dice, a que seamos buen samaritano. La invitación es universal pero apunta directamente a los líderes religiosos, que den ejemplo, que lo que predicán lo practiquen en las obras. Todos queremos un ser humano buen samaritano, así debemos ser cada uno de nosotros, nuestra familia, seminario, comunidad y la misma Iglesia, buen samaritano. No se nos pide lo imposible, se nos pide, lo que es propio de nosotros, ser humanos, personas a las que se les conmueven las entrañas, que se detienen, se inclinan y ayudan a sus hermanos que sufren física y moralmente. Iglesia de personas que se ocupan de los hermanos que sufren en las innumerables caminos de hoy en día, sólo así, con compasión, será creíble la Iglesia (bautizados).

Quien le pregunta a Jesús en la parábola, es una persona instruida, conocedor de la ley, es un maestro que tiene una mentalidad de retribución con Dios, que cumple la ley sin el espíritu propio del Amor. Quedó boca-abierto el maestro con el relato del verdadero Maestro, con el que

se da cuenta, que “Dios quiere misericordia y no sacrificios” por ende, Jesús que lo acompaña en su proceso de maduración ahora lo confronta y le hace un imperativo: Haz tú lo mismo. En los Evangelios escuchamos, la expresión: “en aquel tiempo”; tal vez por eso estamos distantes del ideal cristiano, Jesús nos dice “en nuestro tiempo” y “hoy” en día, que ese hombre golpeado, sin esperanza, y abandonado, podría ser uno de nosotros. Hay dos opciones: Ser personas cumplidoras de la ley, que se dedican a lo sagrado, pero ajenos al mundo real y, pasan de largo.

La otra opción es, ser buen samaritano, es decir, persona con corazón, capaz de compadecerse, lo que hacemos, pequeño y en ocasiones insignificante, pero si es como ese comerciante, que además su vida la rige por la compasión y anda por el camino de la vida haciendo el bien, “hace el bien sin mirar a quien” y no se anda preguntado si este o el otro es prójimo, sino que da una ayuda, colabora, es solidario. Esta es la normatividad de Jesús, su ley es viva y eficaz y, nos dice: “Vete y haz tu lo mismo”.

Al decir Iglesia, somos todos los bautizados, y suele suceder que desfiguramos el rostro genuino de lo que somos y debemos ser, Iglesia Samaritana, frecuentemente somos legalistas, indiferentes y faltos de misericordia, con corazón y entrañas “endurecidos” incapaces de padecer y experimentar compasión. Ya el teólogo Jon Sobrino desde hace bastantes años hablaba del “principio de misericordia”, que es más que una virtud, es una actitud radical de amor que inspira al ser humano a actuar ante el sufrimiento del hermano con compasión.

Los personajes de la parábola han sido cuidadosamente elegidos. El hombre asaltado y que fue golpeado es un judío, el que ofrece ayuda gratuita es un samaritano. Entre estos dos grupos existía una gran hostilidad racial. Ben Sira describe a los samaritanos como el “pueblo estúpido” a quien su “alma detesta” (Eclo 50, 25-26) a los judíos les estaba prohibido decir “amén” al finalizar una oración presentada por un samaritano. También, Simón hijo de Gamaliel, pensaba que debían ser tratados como los israelitas (Jer. Damai VI II; Jer. Ber, vii I; Jer. Keth, 27a). En los dos casos los samaritanos eran considerados “extraños”. El significado de la parábola, en su contexto lucano, es que precisamente ese samaritano, un “extraño”, da pruebas de

ser prójimo. El samaritano es el prójimo del maestro de la Ley. Por lo tanto, ¡Un samaritano es mi prójimo!. (Levoratti, A. – Mc Evenue, S. – Dungan, D. 1999, 1229).

La parábola del “buen samaritano” no es un cuento bonito, sino la narración de una hermosa parábola, la cual expresa con nitidez lo que es ser verdaderamente humano, un “modus vivendi”, un talante y distintivo cristianos, “buen samaritano” es, dejar el legalismo y la verborrea y optar por ser compasivos, por andar con los ojos abiertos para ayudar a los hermano y hermanas, a los seminaristas que nos necesitan, ofrecer amistad fraterna y ayuda solidaria.

Arturo Paoli, teólogo italiano en su libro: “El rostro de tu hermano”, describe el triste destino de quien renuncia a la fraternidad: “Cuando uno deja sin resolver el problema del amor y no se enfrenta valerosamente con esta aventura de la fraternidad, cubre su desnudez, su fracaso, su no ser verdaderamente hombre, con dos caretas que aparentemente tienen mucho espesor, pero que son débiles como la niebla de la mañana: el dinero y el poder” (Paoli, 1967).

Karl Ranher, en su libro Amar a Jesús, amar al hermano, interpela sobre una concepción de fe; distinto es decir “salva tu alma” a decir “salva a tu prójimo”. El reto es grande, debemos renunciar a trivialidades e intereses mezquinos e iniciar a ser cercanos con las personas y tener los ojos y el corazón de “buen samaritano”, tener las agallas y la pasión de “buen samaritano”. (Ranher, 1983). Y en el curso introductorio, tiempo y espacio privilegiado se puede fomentar.

Es común en nosotros, justificarnos; se utiliza el recurso de, “estoy muy ocupado”, Jesús nos “habla” hoy día, esta parábola es vigente, y Jesús nos “pone las cartas sobre la mesa” sólo hay una manera de “ser humano” y ciertamente no es la del sacerdote ni la del levita, sino la del “buen samaritano” que es capaz de compadecerse y expresar misericordia, compasión con las personas, Jesús nos invita a pasar de una conversión de teorías a una conversión de corazón. La parábola del “buen samaritano”, nos hace caer en la cuenta que somos peregrinos, “compañeros de camino” somos frágiles y todos necesitamos de los demás. “Sin rodeos, hagamos en las cunetas de la vida, como Iglesia Samaritana que somos, otro modo de vivir”.

¿Quién es mi prójimo? Comenta Alonso Schökel, en la Biblia de Nuestro pueblo. “Para el judaísmo tradicional, era el hermano del pueblo, el otro de origen israelita; los demás no eran prójimos. Pero aún dentro del sistema socio-religioso del judaísmo, ese próximo debía reunir unas condiciones especiales para poder acercarse a uno, no debía estar impuro legalmente para que no hiciera impuro a nadie. El samaritano que se acerca al herido –es el prototipo de la persona odiada, rechazada, que resulta incómoda porque su sola presencia ponía en riesgo la pureza legal- sirve a Jesús como modelo de lo que significa ser prójimo. El samaritano actuó contra la Ley y podría ser motivo de acusación del piadoso doctor de la Ley, pero su acción supera con mucho a la Ley misma porque ha actuado con amor, con compasión, con generosidad, con desinterés y sobre todo, con misericordia”. (Schökel, 2007) , (Lc 10, 25-37).

El ejemplo de buen samaritano, nos implica a todos, personas, bautizados, presbíteros pero enfocándolo en el tema; cuánta falta hace la misericordia, en los procesos de formación tanto inicial como permanente, formadores y formandos con características de buen samaritano y desde luego obispo y presbiterio también. Ser Iglesia samaritana, como afirma Ranher: “el cristiano del futuro será místico o no será cristiano”. Es el talante y la capacidad que debe existir en los procesos de formación.

La iluminación bíblica en el tema de la pasión por Jesucristo, en la formación inicial particularmente en el curso introductorio, con la parábola del buen samaritano, de Lucas 10, 25-37, nos da luz y esperanza respecto de los procesos de formación, porque son necesarias actitudes semejantes. La pasión como signo vocacional madura en la comunidad y es un signo de la vocación que impulsa en los formandos actitudes de compasión por el prójimo. Llegar a la pasión es obra de una eficaz formación. Pareciera que Jesús busco sólo una condición en su grupo más cercano: que tuvieran la capacidad de desear hasta el grado de la pasión. (Cardona, N. 2012 p. 202).

Conclusión pedagógica

El mundo actual vive, siente e interpreta diferentes y diversas formas de pasión. La acepción generalmente está orientada a la parte sexual o algunos significados negativos. El análisis de los textos bíblicos presentados ha logrado desentrañar un más profundo y auténtico sentido de la palabra pasión desde la perspectiva de una espiritualidad cristiana que marca un matiz fundante en el seguimiento que se interpreta como adhesión, amor entregado, inspiración máxima, deseo sublime, anhelo de vida, compartir pleno. La pasión así comprendida conduce a la radicalidad y la capacidad de convicción personal, estos elementos son el signo vocacional fundante de un verdadero discernimiento y configuración sacerdotal que debe identificarse desde el primer momento de la formación presbiteral inicial particularmente en el curso introductorio.

El reto de la formación presbiteral inicial es presentar al joven de manera creíble el encuentro con Jesucristo para que le siga con pasión. La pasión inicia la “secuela Christi” es decir, el seguimiento. “Todo tiene su tiempo y su sazón”, lo dice el Eclesiastés (3,1). En el curso

introductorio se da inicio para alcanzar esa sazón, es el anhelo de crecimiento en cercanía al Señor y a los hermanos, en un ambiente de cercanía, compasión, libertad, entrega generosa, sencillez, esperanza, alegría, confianza en las personas y en el mundo, capacidad de amistad”. (Cf. Álvarez de los Mozos, P. 2007). Los jóvenes postmodernos como hijos de su tiempo, con sus luces e inconsistencias, una vez que han concretado el encuentro con la persona de Jesucristo en la formación presbiteral inicial particularmente en el curso introductorio, ahora viven apasionados por Él, y como discípulos misioneros experimentan compasión por los hermanos y hermanas, y están dispuesto a seguir con generosidad y alegría su proceso de formación.

Las personas que acompañan en la formación presbiteral inicial, particularmente en el curso introductorio, han de ser los primeros que están apasionados por Jesucristo y su misión, y el servicio que prestan lo realizan con actitud generosa, con alegría signo de que han encontrado “el tesoro en el campo”, con el acompañamiento cercano y una presencia de calidad y, sobre todo con fe, acompañando al ser “incompleto” que vive y lucha por completarse. Tener en cuenta en la

formación la dimensión “gracia de Dios”, y desde un ambiente de misericordia el formando se apasione por Jesucristo.

El curso introductorio ha de propiciar el encuentro consigo mismo, con Jesucristo y con los demás, con la ilusión propia de los jóvenes, la entrega activa y dinámica de los formadores, y la esperanza de los presbíteros mayores y de los fieles que piden santos y buenos pastores, sólo así en un ambiente de comunidad se puede afirmar que hay madurez en la persona y por ende en la comunidad, el seminarista de esta instancia es apasionado del Señor y compasivo con el prójimo, vive como hermano entre hermanos. El joven formando consciente de que vive en un tiempo y lugar “privilegiado” que es el curso introductorio, da inicio a un tema fundamental de la afectividad, el deseo, cuyo objetivo es llegar al grado máximo del deseo, es decir, la pasión por Jesucristo.

CAPÍTULO II

ANTECEDENTES DE LA FORMACIÓN PRESBITERAL INICIAL

1. Introducción

En el primer capítulo hemos podido constatar que los jóvenes que tienen una inquietud vocacional, se les puede presentar el seguimiento de la persona de Jesús de forma apasionada, es decir, que la opción vocacional pasa indefectiblemente por la pasión por el Señor, por la adhesión madura, libre, por un amor auténtico que configura y le da identidad al ministerio sacerdotal. La pasión así entendida es un signo vocacional, el joven, con sus contextos sociales, culturales y personales, dentro de los ambientes de formación presbiteral inicial ira madurando esa primer pasión y haciendo más firme su opción vocacional.

En este contexto nuestra mirada se dirige precisamente a los ambientes de la formación vocacional, que han de provocar una simpatía grande por Jesús. El seminario como lugar primero y como condición insustituible en la formación presbiteral. Una comprensión histórica de esta institución eclesial es el propósito de este capítulo y en particular ver el curso introductorio como el elemento que discierne y comienza a fortalecer en la respuesta vocacional.

En este segundo capítulo, el tema central es el curso introductorio, pero mencionaremos también tres experiencias que le preceden y porque después de ellas es cuando los jóvenes se disponen a iniciar su proceso de formación presbiteral en la instancia del curso introductorio; estas experiencias son: a) seminario menor (preparatoria); b) La experiencia de hacer sus estudios de preparatoria en su tierra natal y mientras están con su familia, y c) Recientemente se da con más frecuencia, jóvenes que terminan una carrera y posteriormente entran al introductorio.

Un espacio privilegiado, escuela y casa para la formación de discípulos y misioneros, lo constituyen sin duda los seminarios y el curso introductorio como casa de formación, que

es experiencia integral e integradora porque, es el tiempo de la primera formación, es una etapa donde los futuros presbíteros comparten la vida a ejemplo de la comunidad apostólica en torno a Cristo Resucitado: oran juntos, celebran una misma liturgia que culmina en la Eucaristía, a partir de la Palabra de Dios reciben las enseñanzas que van iluminando su mente y su corazón para el ejercicio de la caridad fraterna y de la justicia, prestan servicios pastorales periódicamente a diversas comunidades, preparándose así para vivir una sólida espiritualidad de comunión con Cristo Pastor y docilidad a la acción del Espíritu, convirtiéndose en signo personal y atractivo de Cristo en el mundo, según el camino de santidad propio del ministerio ordenado. (DA 316).

Para evitar partir de supuestos, recordamos que la formación es una sólida unidad, que tiene etapas: formación inicial y formación permanente; respecto a la primera, hacemos mención de lo importante y en ocasiones “olvidada”, que es la pastoral vocacional y en la segunda etapa, está la pastoral presbiteral, “pastoral de pastores”. “La formación inicial y la permanente no son dos compartimentos estancos” (Melguizo, 2002, p.6-19).

A casi 50 años de magisterio vemos: evolución, madurez y progreso; en estos años, se ha querido dar respuestas a interrogantes profundos que plantea el mundo postmoderno y, por ende, la formación presbiteral inicial. Por ejemplo, desde el Decreto Optatum Totius del Vaticano II (1965), hasta la Exhortación Apostólica Pastores Dabo Vobis de Juan Pablo II (1992) de feliz memoria. Es justo y necesario propiciar y garantizar, una formación sólida e integral, gradual y actual en las instancias del seminario, así como la continuidad con la formación permanente, porque ambas son una unidad y no pueden aparecer como “ruedas sueltas”.

Presentamos las instancias de la formación inicial, las cuales son la base, ya que preparan y disponen a la persona a su formación; la presentación consiste en mencionar las directrices del Magisterio. También los aportes de autores que se han especializado y comprometido en el campo de la formación presbiteral. El encuentro personal con Jesucristo vivo, hace surgir en la persona que está en formación, una pasión, es decir, una entrega en su ser y hacer, que lo dispone a seguir con docilidad (actitud dinámica, creativa de la persona en formación), al lograrse los objetivos del curso introductorio, afirmamos que es una experiencia integral e integradora.

2. Inicio y desarrollo del seminario, Trento, Pontífices y Magisterio.

Ahora se puede hablar de seminario como institución, pero es necesario preguntarnos: ¿Cómo, cuándo y con quien surgió, cuál fue su desarrollo? ¿Dónde está su fundamento? Sala, L & Martin, F. (1966), en su obra “la formación sacerdotal en la Iglesia”, realiza un bosquejo histórico pertinente y oportuno a esta investigación para comprender el desarrollo y la evolución de la formación y sus diversos ambientes. El inicio y fundamento del seminario está en Jesucristo, él llama a matricularse en la escuela de discípulos y misioneros. Mc 3, 14 los llama para que estén con él y después enviarlos a la misión. Aparecida lo va a recordar magistralmente cuando habla del proceso de formación de los discípulos misioneros.

La vocación y el compromiso de ser hoy discípulos y misioneros de Jesucristo en América Latina y el Caribe, requieren una clara y decidida opción por la formación de los miembros de nuestras comunidades, en bien de todos los bautizados, cualquiera sea la función que desarrollen en la Iglesia. Miramos a Jesús, el Maestro que formó personalmente a sus apóstoles y discípulos. Cristo nos da el método: “Vengan y vean” (Jn 1, 39), “Yo soy el camino, la verdad y la vida” (Jn 14, 6). Con Él podemos desarrollar las potencialidades que están en las personas y formar discípulos misioneros. Con perseverante paciencia y sabiduría, Jesús invitó a todos a su seguimiento. A quienes aceptaron seguirlo, los introdujo en el misterio del reino de Dios, y, después de su muerte y resurrección, los envió a predicar la Buena Nueva en la fuerza de su Espíritu. Su estilo se vuelve emblemático para los formadores y cobra especial relevancia que la Iglesia debe emprender, en el nuevo contexto sociocultural de América Latina (DA 276).

Los apóstoles fueron los continuadores de la obra formativa. San Pablo como maestro en los siglos II al IV. Los primeros cristianos a través de las escuelas catequéticas: En Roma, Alejandría, Antioquía y Palestina, había peligros serios, el ambiente en su mayoría pagano; por ello, los obispos propician una formación a la juventud cristiana, a laicos y aspirantes al presbiterado, preparándoles con gramática, canto, aritmética, filosofía y el estudio de la Sagrada Escritura. San Pablo recomienda: “reaviva el carisma que está en ti” 2 Tm texto fundamental porque es necesario primero formar en ese carisma. (DEVYM, 2003, p. 89).

San Agustín, su conversión y posteriormente su ordenación en el año 396, instituye, una experiencia de vida comunitaria-formativa, marcada por el servicio de los presbíteros en torno a su obispo; es en su casa episcopal en donde se hace un ensayo para la formación de los futuros pastores, es un centro educacional. Fue notable la influencia de Agustín en la formación de presbíteros y candidatos al ministerio ordenado. El carácter de servicio del ministerio eclesial, está intrínsecamente ligado a la naturaleza sacramental. (CDIC p. 209, no. 876, 1992).

Después de Agustín siguen las escuelas medievales, que van de los siglos V al XIII, ahora son los cristianos que organizan escuelas para la formación de seglares y presbíteros, son centros de virtud y letras, son las escuelas monásticas parroquiales y episcopales. Apunta Sala Balust, L. y Hernández, F. que es cuando aparecen por esta época las universidades. Estas surgen por el incremento del saber humano, ubicándose en el florecimiento de la Escolástica. Es cuando las áreas del saber humano se van extendiendo. Es el estudio de la filosofía de Aristóteles, el derecho romano, la medicina, la astronomía y la historia natural con orientación hacia la teología. Gracias al ambiente de las universidades se presenta un espacio idóneo para la formación presbiteral. Standonck es nombrado rector de la universidad de París, él promueve la formación de presbíteros.

Ya en España San Juan de Ávila, después que Standonck fue expulsado en 1499 renueva lo que aquel promovió, Ávila es un presbítero español del siglo XVI, funda varios colegios con formación específicamente pastoral con insistencia en la vida interior; a los presbíteros les pedía recogimiento, frecuentar los sacramentos, dos horas de oración y lectura del Nuevo Testamento y de los padres de la Iglesia e insiste en el encuentro personal con Cristo.

San Juan de Ávila es un reformador de la formación presbiteral y acaba de ser nombrado recientemente doctor de la Iglesia. San Ignacio de Loyola continúa la formación de los presbíteros, funda el colegio Romano en el año 1551, hoy es la universidad gregoriana; en las constituciones del colegio resalta el aprovechamiento espiritual, mucho de lo expuesto más adelante, forma parte de los reglamentos de la vida de los seminarios posteriores a Trento. El cardenal Reginaldo Pole se dedicó a la formación presbiteral. El nombre de seminario se toma del decreto Londinense de Pole, Inglaterra en 1556.

El decreto de Pole posteriormente se convirtió en instrumento de gran ayuda en la tercera reunión del Concilio de Trento. Se dedica de manera especial al desarrollo de la parte intelectual de la formación, siendo la preocupación de todos la santidad de los presbíteros y los candidatos. El concilio dedica un espacio muy importante a la solicitud y cuidado especial a los presbíteros. El día 15 de Julio de 1565 se celebró una sesión donde además de la doctrina y de los cánones referentes al sacramento del orden, se decretaron sabias y útiles disposiciones de reforma, entre las que destacan: el decreto de residencia y el decreto de la creación de seminarios como lo apunta Sala, L & Martin, F. (1966)

El canon 18 de la sesión XXIII determina la creación de los seminarios, y establece el santo concilio que todas las catedrales metropolitanas e iglesias mayores tengan obligación de mantener y educar religiosamente, instruir en la disciplina eclesiástica, cierto número de jóvenes. Es el nacimiento de los seminarios en la Iglesia, Pablo VI lo menciona en la carta apostólica “*Summi Dei Verbum*” con la que celebra el IV centenario de la creación de los seminarios, donde nos recuerda que imitar al verbo encarnado es obligación de todo cristiano, pero se impone de modo especial a los que Él ha llamado. (SDV, 1963, p.184-188).

2.1 Figuras y grandes realizadores de la idea de seminarios

San Carlos Borromeo en 1564, arzobispo de Milán, pone en práctica el Decreto sobre los seminarios; enriqueció y completó el decreto, afirmando que para recibir a un candidato es necesario tener en cuenta su vida moral, obediencia y no dejarse engañar por su presencia o por sus habilidades o talentos. En el siglo XVII Pedro Bérulle, con la creación del oratorio de Francia, es el iniciador junto con Condren de la espiritualidad francesa, cuya característica principal es la Cristología. Este oratorio busca la perfección presbiteral con el ejercicio del ministerio en el mundo. La compañía de san Sulpicio de Jean Jacques Olier en 1641, y la congregación de san Juan Eudes (Eudistas) en 164, y San Vicente de Paul (Vicentinos o Lazaristas) contribuyeron notablemente a la reforma del clero francés, San Vicente se centra en la obra de los seminarios y el desarrollo de la figura del director espiritual y la creación de seminarios menores.

Jean Jacques Olier afirmaba que el pueblo de Dios quiere y tiene necesidad de santos pastores, funda un seminario en 1645 y aplica lo conocido de la escuela vicentina y lo realiza en la parroquia de san Sulpicio de París, era el equivalente a seminario mayor. El reglamento de estos seminarios sulpicianos es especial: porque tomó lo mejor del concilio, de los padres de la Iglesia y de las instituciones de San Carlos. El fin del seminario viene expresado en un opúsculo de Olier titulado: “*Pietas seminarii*” el fin primero y último del seminario es vivir íntimamente para Dios en Cristo. Santidad y ciencia son características de quien está llamado a ser embajador del Verbo de Dios. (SDV, p. 202).

Quien aspira a la perfección, mucho más quien aspira a adquirir la santidad que pide el presbiterado, no puede contentarse con descubrir las faltas y confesarlas en el tribunal de la penitencia, necesita además un director celoso, sabio e ilustrado, a quien debe abrir su alma y cuyas orientaciones debe seguir en la obra de la santificación. San Juan Eudes, funda su primer seminario en Caen en 1643, su método de formación espiritual es un poco diferente de la escuela de espiritualidad francesa; sigue el método de Carlos Borromeo, es decir, de tipo latino. Su doctrina sobre el presbiterado se encuentra en sus obras: el memorial de la vida eclesiástica, el buen confesor y el predicador apostólico Sala, L & Martin, F. (1966).

La espiritualidad presbiteral de san Juan de Eudes parte de la misión sacerdotal de Jesucristo: “Cristo existe totalmente para el Padre, sólo mira y ama al Padre, todo su anhelo es hacerlo conocer, adorar y amar: buscar la gloria de su Padre y hacer su voluntad” (Cf. Directorio de los seminarios, perfil Eudista de la formación, 1990). Bartolomé Holzhauzer en el año 1640, se ocupa de la renovación del clero a través de la organización de los seminarios en los países germánicos; afirma, que para renovar el pueblo cristiano, es necesario iniciar la vida comunitaria de los presbíteros al servicio de su obispo. Entre sus aportes a la vida de seminarios está la distinción entre filósofos y teólogos y el proceso espiritual para entrar al camino de la ciencia y de la virtud. Al seminarista se le exigía capacidad e idoneidad según los términos actuales: capacidad intelectual, buenas costumbres y que den firmes esperanzas para ser presbíteros. No obstante, al seminario han de entrar aquellos que quieren constituirse en amigos de Jesucristo y estar con Él. (Cardona, N. p. 202, 2012).

2.2 El Magisterio de los Pontífices de los siglos XVI - XX

Después del Concilio de Trento, los Papas impulsan la institución de los Seminarios. El papa Sixto VI promulga una bula el 22 de enero de 1588: “*immensa aeterni*”, en la que establece las diversas congregaciones romanas, dicasterios y oficios, pero aun existiendo ésta organización, nadie se hace responsable de los seminarios; es hasta el siglo XX cuando la administración vaticana confiara una congregación para apoyar la formación y la reflexión sobre los seminarios, esta es la Congregación para la Educación Católica. El papa Pio IV es de los primeros en dar ejemplo y abre su seminario en 1565, le había precedido su sobrino San Carlos Borromeo en Milán en 1564. (SDV, p.188). Vamos a recordar los méritos de los siguientes pontífices.

El Papa Clemente VIII el 23 de junio de 1592 se dirige a los rectores, prefectos y alumnos de los seminarios, y les presenta el ideal de la vocación, la meta que han de alcanzar y el celo por la almas, con estas ideas se abre el gran período de magisterio pontificio sobre el seminario: vocación, cualidades y vida interior de los seminaristas en un sentido apostólico.

El Papa urbano VIII 1623-1644, presenta el reglamento en el que se hace presente el estilo de vida dentro de los seminarios haciendo hincapié, en la importancia de la ciencia y de la piedad en la vida de los seminaristas para un fructuoso apostolado y sobre todo en el proceso de la selección de los candidatos.

El Papa Inocencio XIII el 23 de mayo de 1723, publica la constitución apostólica “*Ministerii*” en la que se insiste en un diligente escrutinio para la selección de los candidatos; se busca que éstos sean aptos en la ciencia como en las demás cualidades humanas y cristianas. El Papa Benedicto XIII el 9 de mayo de 1725 promulga la constitución apostólica “*Credite Nobis*”, en ella manifiesta la idea de una congregación romana que se encargue de los seminarios. Dicha congregación se llamará: congregación de los seminarios, y se encargará de la fundación, gobierno y administración, pero esta congregación quedó en el olvido. El Papa Benedicto XIV el 3 de diciembre de 1740 en la encíclica “*Ubi primum*” deja asentadas las normas generales de la formación presbiteral, que acentúa la relación del seminario con el obispo. (Cf. Denzinger pp. 650-667).

Posterior a la revolución francesa existe un ambiente de anticlericalismo y laicización de la vida de los pueblos; esto ocasiona una disminución considerable en las vocaciones, es cuando la Iglesia se ocupa de nuevo por la renovación de los seminarios, especialmente en los estudios de filosofía y teología; después de las crisis y persecuciones, vienen momentos fuertes de renovación y se manifiesta en el aumento de vocaciones a la vida presbiteral. Hay algunas figuras importantes en la renovación del Clero; en Francia especialmente el cura de Ars, en España San Antonio María Claret, éste último se ocupa especialmente de los seminarios menores dedicando consejos y directrices.

Otro personaje es don Manuel Domingo y Sol, fundador de la hermandad de Presbíteros operarios, en el año de 1884 su campo de acción lo ubicamos en Portugal y América del sur; su método es: una selección delicada de los candidatos, un ambiente de familia y de comprensión entre formadores y formandos, una vida de piedad sincera y profunda, donde se ponen de relieve las máximas cualidades del presbítero, unido a todo esto, la adhesión a Cristo (Sala, L & Martin, F, 1966). En Alemania el obispo Guillermo Manuel Von Ketteler; insiste en que para la renovación del pueblo hay que iniciar por la de los presbíteros, y abre la puerta para la formación del seminario mayor, puesto que los seminaristas asistían a las universidades del estado.

Los pontífices de finales del siglo XIX y comienzos del siglo XX se van a caracterizar por su ocupación constante por los seminarios, la formación de los seminaristas y por tener criterios comunes. El Papa Pío IX el 9 de noviembre de 1846 presentó la encíclica "*Qui pluribus*" (Cf. Denzinger p. 726). en ella, señala las condiciones esenciales de presbíteros como servidores del pueblo de Dios; insiste en verificar la idoneidad de quien será ordenado; escribe una carta apostólica el 28 de junio de 1853 "*Cum romani pontífices*" y trata sobre la preparación humana tanto en teología como en filosofía. En su pontificado se lleva a cabo el Concilio Vaticano I (1869-1870), ahí se insiste en la institución de los seminarios mayores en todas las diócesis, que sean diferentes a los seminarios menores; y punto muy importante, la preparación de los formadores de todas las instancias.

El Papa León XIII es el primero que trata el tema de seminarios con plenitud, profundidad y detenimiento, entre sus publicaciones están: "*Aeterni Patris*" del 4 de agosto de 1879 (Cf.

Denzinger p. 794), que trata sobre la filosofía cristiana, “*Providentissimus Deus*” del 18 de noviembre de 1893 (Cf. Denzinger pp. 830-836), sobre el estudio ante la problemática de la moderna exégesis histórico-crítica; sobre las ciencias auxiliares para la interpretación de la Sagrada Escritura quedando de manifiesto la importancia de la formación académica y su importancia en la vida de los seminaristas.

Pío X lleva a cabo la reforma de la curia romana por medio de la constitución “*Sapienti consilio*” del 29 de junio de 1908, donde quedan establecidos los seminarios bajo la responsabilidad de la Congregación Consistorial en uno de sus oficios. Esta Congregación ordena un informe detallado a todos los seminarios del mundo, e insiste en fomentar los seminarios de verano en los que los seminaristas pasen la mayor parte del tiempo de vacaciones. Este papa tiene aprecio por los seminarios y todo lo que concierne a ellos, por eso, alerta sobre los peligros del modernismo. Insiste en la importancia de las cualidades de los formadores, su idoneidad, la piedad, pasión y entrega en la formación. Son creación suya los seminarios regionales o interdiocesanos, que iniciaron en Italia; es necesaria, subraya, la disponibilidad de los formadores para acompañar de tiempo completo a los formandos por eso están exentos de otros oficios.

El Papa Benedicto XV el 4 de noviembre de 1915 escribe: “*seminaria clericorum*”. Crea la Congregación de seminarios y universidades de estudios, cuyo fin es la organización, fundación de las universidades y la formación de la inteligencia y del alma de los presbíteros. Dicha Congregación tendrá validez universal para toda la iglesia como está en el canon 256 del CIC de 1917, que después de Trento, representa un avance considerable en lo que se refiere a la vida, organización, importancia de los seminarios. Es un derecho de la iglesia formar a los ministros eclesiásticos (canon 1352); deber de los párrocos el fomento de las vocaciones (canon 1353); cada diócesis ha de tener un seminario mayor y menor para las vocaciones eclesiásticas, si no lo hay, el obispo ha de enviarlos a otro seminario o al seminario regional (canon 1354).

El Papa Pío XI escribe varios documentos en relación al ministerio presbiteral, carta apostólica: “*Officiorum omnium*” del 1 de agosto de 1922, la constitución “*Deus scientiarum dominus*” del 24 de mayo de 1931, y principalmente “*Ad catholici sacerdotii*” del 20 de

diciembre de 1935, (Cf. Denzinger pp. 961-962), con motivo de su jubileo sacerdotal; en las encíclicas quedan marcados los lineamientos esenciales del ministerio presbiteral.

Pío XII hace referencia a la santidad de los presbíteros, la integridad de su vida, el espíritu evangélico; en la conocida exhortación “*Menti nostri*” del 23 de septiembre de 1950. Son documentos que se dedican al fomento de las virtudes presbiterales, y se propone el ideal del seminarista moderno, adaptado a nuevos tiempos. Juan XXIII el 1 de agosto de 1959, escribe la encíclica “*Sacerdotii nostri primordia*” donde trata temas como: la obediencia, apostolado, oración, virtudes. Anuncia el 25 de agosto de 1959 un concilio, que se efectuará de 1962-1965. Con el papa Pablo VI, el Concilio Vaticano II va a emanar un decreto sobre la formación presbiteral inicial, el excelente decreto “*Optatam totius*” aprobado en 1965. (Sala, L & Martin, F, 1966).

El papa Pablo VI es un fuerte promotor de los seminarios en todo el mundo y lo que se puede observar en sus discursos y su ministerio. Llega a decir que de los seminarios depende el provenir de las diócesis; para la renovación de la formación de los candidatos al ministerio presbiteral, el seminario es fundamental. El 3 de noviembre de 1970 se dirige a los fieles y presbíteros de la arquidiócesis de Milán: “hoy como en tiempos de san Carlos Borromeo y más todavía, el seminario es una institución insustituible para la formación integral del presbítero”. El papa Pablo VI reconoce y anima la tarea de los que colaboran en la formación presbiteral e invita a tener en cuenta las disciplinas pedagógicas, pero siempre con el debido respeto a la meta y espíritu propio de la vida sacerdotal, por el mayor bien de la Iglesia. (SDV, p.203).

Juan Pablo II se dedica también a la formación presbiteral, como elemento clave para la renovación de la vida y la santidad del pueblo de Dios. Afirma sobre los seminarios, que son ambientes propicios para la formación de los candidatos al ministerio presbiteral y de los que parecen presentar gérmenes de vocación a la vida presbiteral. En su pontificado, hay dos sucesos significativos para la vida de los seminarios menores; el código de derecho de 1983 y la exhortación apostólica “*Pastores Dabo Vobis*” de 1992, ésta nos recuerda que el seminario es sobre todas las cosas comunidad educativa en camino que revive la experiencia formativa que el Señor dedico a los Doce.

Después de presentar el magisterio de los pontífices de los últimos tiempos, queremos presentar algunos aspectos fundamentales en la formación inicial, partiendo de la pastoral vocacional, a través de las distintas dimensiones de la formación. Algunas personas de nuestro tiempo carecen de madurez humana. Ésta es requisito insustituible para la vida presbiteral, ya que una humanidad bien lograda ayuda a una madurez cristiana y del que opta libre y generosamente por el ministerio ordenado. Uno de los fines primarios del seminario es precisamente ayudar a los formandos a construir su madurez humana, porque antes que el ministro ordenado está la persona, o mejor dicho para que haya un presbítero íntegro se debe construir primero “*sobre roca*”, la madurez humana.

3. Pastoral vocacional.

Vocación etimológicamente viene del vocablo latino *vocare* = llamar. Dios nos llama a todos, somos interpelados por su amor gratuito ya lo decíamos anteriormente. Ya lo mencionó Pablo VI en la “*Populorum Progressio*”: “Toda vida es una vocación” (PP 15), vocación a vivir plenamente, a que tengamos vida digna, es decir, vida de calidad. La encíclica acentúa la ayuda y el desarrollo de la paz que debe existir entre los países. (Cf. Denzinger p. 1237).

La pastoral vocacional que es responsabilidad de todo el pueblo de Dios, comienza en familia y continúa en la comunidad cristiana, debe dirigirse a los niños y especialmente a los jóvenes para ayudarlos a descubrir el sentido de la vida y el proyecto que Dios tenga para cada uno, acompañándolos en su proceso de discernimiento (DA 314).

Después hay una segunda llamada, la vocación a la fe, que no es otra cosa sino a creerle a Dios, a que mi vida sea una respuesta generosa ante ese llamado de fe. Y el llamado de Dios Padre Bueno aparte de ser amoroso, quiere de mí, que sea feliz, pleno, que me realice como persona y en la Iglesia. Lo puedo hacer, en tres opciones o caminos o llamados. Es necesario que me sienta llamado y responda con alegría y generosidad: al laicado, a la vida consagrada, o a la vida ministerial. Estos llamados específicos son, ricos e iguales en dignidad, se necesitan y se complementan mutuamente. La Pastoral Vocacional se puede decir que es, la acción constante y coordinada de la comunidad eclesial con la finalidad de que cada uno de sus miembros alcance la

maduración de la fe y sea capaz de descubrir el propio y personal servicio o ministerio que generosamente va a prestar a la comunidad. La pastoral vocacional no compete sólo al encargado diocesano, nos compete a todos. Inclusive la primera y la gran llamada es la Iglesia como cuerpo e institución, ésta ha recibido la gran vocación.

En la mente de San Cipriano, actualizada por la *Lumen Gentium*, la Iglesia de la “*Ecclesia de Trinitate*”: vemos que es la comunidad de los que son llamados por el Padre, para ser reunidos en el Hijo y poder así recibir al Espíritu Santo (Cf. LG 1-4). La Iglesia es por excelencia el lugar propio de las llamadas o llamamientos y el lugar de las respuestas que deben ser generosas. La oración cristiana es el espacio ideal para descubrir la propia vocación (Cf. PDV 38). La Pastoral Vocacional tiene etapas: promoción, animación, formación y acompañamiento inicial, formación continua. La pastoral vocacional se preocupa y ocupa de todos los miembros de la Iglesia: laicos, religiosos y ministros ordenados, son los tres caminos en los cuales la persona se va santificar. Da la impresión de que estos caminos de santidad les competen solo a religiosos y ministros ordenados, pero es para todos.

3.1 Formación inicial

Entendemos por formación inicial sólo lo que compete a la formación con miras al ministerio ordenado, por lo tanto, es la formación impartida en y desde el Seminario o Casa de formación, (curso introductorio). Dos criterios han sido aceptados por la Iglesia de modo pacífico, uno de ellos lo da la “*Optatam Totius*” y el otro “*Pastores Dabo Vobis*”. La formación inicial y permanente es una consistente unidad. En la formación inicial es un itinerario formativo con ardor, nuevos métodos y expresiones (Cf. DA 100c).

El santo Concilio nos advierte sobre el deseo y la necesidad de la formación presbiteral, la seriedad y magnitud de la formación lo describe diciendo: toda la Iglesia depende en gran parte del ministerio de los presbíteros. La formación presbiteral, debe proseguir y complementarse aún después de las instancias y procesos de formación inicial. (Cf. Decreto sobre la formación inicial p. 527-549). En el curso introductorio deben adquirir los seminaristas una formación integral, una formación litúrgica de la vida espiritual. (Cf. Denzinger, 1999, no. 17-18, p. 4014).

3.2 El Seminario Menor y otras formas de acompañamiento vocacional

Los seminarios menores son importantes para la vida de la Iglesia; en ellos se presentan adolescentes que poseen señales significativas de la vocación ministerial. Es por eso, que el concilio de Baltimore de 1866 decreta: “en cada diócesis haya, en cuanto sea posible, un seminario menor o preparatorio” (Sala, L & Martin, F, 1966). Estos jóvenes poseen características significativas: disponibilidad para la formación, de modo que alentándolos por la palabra, el buen ejemplo, acompañamiento cercano se les provoca una simpatía grande por Jesús.

El seminario menor es una institución educativa destinada a la formación de aquellos adolescentes y jóvenes que parecen poseer indicios de vocación al presbiterado. Su finalidad es proporcionar elementos de formación humana, intelectual y cristiana en un proceso de acompañamiento y discernimiento vocacional para que respondan al llamado de Dios mediante una opción libre y responsable (CIC c. 234, 1; RFS 11 DP 869, 870). Los lineamientos del seminario menor desean que la persona adquiera expresiones, imaginación y estímulos para la instancia siguiente el curso introductorio, éste es el fin del seminario menor (Telesca, 2011, p.57).

En el seminario menor el obispo se hace presente por el ministerio de un Vicerrector o de una figura parecida, y del servicio de corresponsabilidad y de comunión con el equipo formador, con los demás educadores para el crecimiento pastoral y apostólico de los seminaristas. (Cf. PDV 60). El seminario menor es una “especial y privilegiada” “comunidad eclesial” educativa, no es un lugar cerrado, que pertenece solamente a quienes en él habitan, sino que incumbe a toda la comunidad diocesana. Presento un breve objetivo en cada una de las dimensiones de formación.

La formación humana es el fundamento de toda la formación presbiteral, ésta debe ser integral. Entre las cualidades que se deben cultivar especialmente se encuentran: el trabajo físico, la honradez, la sinceridad, el amor a la verdad, la constancia en el trabajo, el hábito del silencio, la gratitud, el recto uso de los bienes materiales, la cortesía, el ejercicio responsable de la libertad, fomentar buena salud física a través del deporte. Tener especial cuidado en la dimensión humana, por su salud física, en el conocimiento profundo y la aceptación de sí mismo. (OSLAM, 2003, pp. 28-36).

“De particular importancia es la capacidad de relacionarse con los demás, elemento verdaderamente esencial para quien ha sido llamado a ser responsable de una comunidad y hombre de comunión” (PDV 43). El modo como nos relacionamos con Dios no es independiente del modo como nos relacionamos entre nosotros mismos y con los demás. Es importante que el seminario vaya proporcionando los elementos necesarios para una progresiva integración afectivo-sexual. En efecto, nadie puede vivir sin amor, un amor que comprometa a toda la persona a un nivel físico, psíquico y espiritual. En esta instancia y teniendo en cuenta la edad de los formandos, la disciplina debe ser vista no como una carga sino como un elemento esencial para la formación del carácter. En la misma línea se debe observar la virtud de la obediencia, particularmente difícil de entender en nuestro tiempo y ante situaciones cada vez más frecuentes de matrimonios disfuncionales, mamás solteras, ausencia de la figura paterna.

La formación espiritual en el seminario menor ha de conducir al seminarista a discernir su opción vocacional a la luz de la fe, con la ayuda de los elementos que traen desde el seno familiar y de su propia comunidad y que el Seminario ha de aprovechar y profundizar. Incumbe al seminarista de instancia menor, ir adquiriendo el valor de la dirección espiritual, incluye los aspectos de sinceridad y docilidad con el director espiritual. Desde el ingreso al seminario debe tenerse como objetivo claro el conocimiento, el seguimiento y el coloquio con Jesús. La penitencia, la renuncia y el espíritu de sacrificio que se van adquiriendo en el Seminario, deben entenderse a la luz de la experiencia de Cristo.

Formadores y formandos, deben llevar una seria vida sacramental, centrada en la Eucaristía y con aprecio por el sacramento de la reconciliación. Corresponde a los seminaristas de la instancia menor, irse asemejando a Cristo y de llevar a todos los ámbitos de su vida, los valores del Evangelio. Los formadores deberán ser ejemplo de oración, entrega y vida espiritual. Los frutos de una vida espiritual auténtica, deberán verse en la búsqueda de Cristo entre el prójimo, en la caridad y el servicio. El ambiente al que se tendrá que enfrentar los individuos, cada vez será más exigente y competitivo, especialmente por el desarrollo acelerado de las ciencias y la situación cada vez más aguda del secularismo. Por lo mismo, deberá tener un excelente nivel académico, que se consigue con: buenos maestros, con alumnos plenamente dispuestos, horarios, salones de estudio, biblioteca, laboratorios, equipo psicopedagógico etc. (Cf. PDV, pp. 51-56).

Conviene a los formandos ir adquiriendo los hábitos y métodos de estudio y de investigación. Así como el gusto por la lectura. La formación intelectual que se ocupa de la búsqueda de la verdad y que debe estar inserta dentro de las demás dimensiones. Es una motivación para formadores y formandos, saber que se llega a una pasión por Jesucristo, gracias a una formación integral y eficaz.

En ésta instancia de seminario menor, el formando es consciente que su principal apostolado se realiza dentro de la comunidad. Es decir, ve la vida del seminario menor con esa dimensión apostólica, de testimonio y de servicio. En el seminario menor se da una iniciación al apostolado *ad extra*, sobre todo en el apostolado de los fines de semana (para los seminaristas de tercero de formación), las misiones de semana santa, y la participación en algunos grupos parroquiales, sobre todo en la propia parroquia. Es pues el apostolado una primera forma de contacto con los grupos apostólicos parroquiales, Toda obra de discernimiento vocacional ha de tener especial solicitud en provocar, sanar y acrecentar la capacidad de desear y llegar hasta la pasión por Jesucristo (Cardona, N. 2012, p. 202).

Entre las características de la respuesta a la vocación divina, se pide que ésta sea consciente y libre. Se requiere por tanto un suficiente grado de madurez. Hay adolescentes, y aun niños, que oyen la voz de Dios. Samuel era un niño. Tener en cuenta, *“en aquel tiempo era rara la palabra de Yahvéh”*. *Cuando el pequeño despertó en la noche a Elí, el anciano sacerdote sólo tenía claro que él no lo había llamado; y le mandó acostarse de nuevo. Pero a la tercera llamada, “comprendió Elí que era Yahvéh quien llamaba al niño”*. *“Sus ojos iban debilitándose y ya no podía ver”, pero oía muy bien la voz del Señor, y supo invitar a aquel niño a decirle : “habla, Yahvéh, que tu siervo escucha”, (Cf. Isaías 1-9.)*

Es cierto, que un adolescente no puede aún comprender todo lo que significa e implica la entrega a Dios y a los demás a través de la vocación específica del ministerio ordenado. Pero, “la planta” de la vocación no madura antes de tiempo. Dicho esto, no quita que el Sembrador pueda plantar la semilla en esa tierra virgen, y que pida a los obreros de la mies que la cultivan y protejan. Por eso la Iglesia ha pedido que se mantengan, más aún, que se establezcan seminarios menores y centros afines, erigidos para cultivar los gérmenes de la vocación. (OT. 3; RFIS 11-18;

CIC 234). El ambiente del seminario menor debe ser ante todo, un clima de cultivo. Un ambiente sano, adecuado a la edad y desarrollo del joven. Una atmósfera que favorezca el desarrollo de su personalidad humana y cristiana, y haga posible que la semilla inicial vaya echando raíces.

El objetivo propio del seminario es “discernir y acompañar” los brotes de vocación (Cf. PDV 63). Quienes ingresan al seminario deben “prepararse a seguir a Cristo Redentor con espíritu de generosidad y pureza de intención” (PDV 63; OT 3). La vocación es una llamada personal de Dios que implica una respuesta libre del hombre. Consideramos que la libertad es un elemento esencial para discernir ingresar y permanecer en el seminario. La forma más eficaz de formación vocacional que pueden dar los formadores es el testimonio de una vida evangélica y de total entrega al Señor (Cf. PDV 66).

4. Curso Introductorio

El curso introductorio es una instancia de la formación presbiteral inicial, un tiempo y espacio en la formación “especialísimo” para presentar la persona de Jesucristo resucitado, y así, el formando concrete su encuentro personal con Él, y por ende, lo conozca, lo ame y siga con un talante propio, con pasión. El curso introductorio experiencia en clave catecumenal, en cuanto que, es una comunidad donde formandos y formadores viven como discípulos y misioneros de Jesucristo para que nuestros hermanos y hermanas en Él tengan vida. “*Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida*” (Jn 14, 6).

Vamos a presentar las diferentes realidades, de las cuales llegan y se matriculan como seminaristas del curso introductorio, y son las siguientes: jóvenes que realizaron los estudios de preparatoria en su lugar de origen, jóvenes que han terminado una carrera y entran al seminario; ya anteriormente mencionamos las formas de acompañamiento que se brindan en la diócesis, una de ellas, seminario menor.

4.1 Estudiantes de preparatoria en su casa

Una de las muchas ventajas de los jóvenes que estudian su preparatoria en su casa, es que pueden permanecer con su familia en años tan decisivos de la adolescencia, donde “el calor de hogar”, la figura paterna y materna son importantes, así como la convivencia con los hermanos, familiares, amigos y amigas. Otro elemento importante, es que realizan sus estudios de preparatoria en grupos mixtos, que les permite estar cerca y convivir con hombres y mujeres; éste es un tema en el que se hace bastante énfasis y que incluso cuestiona al seminario menor, en cuanto que no se convive con jovencitas en una edad en la cual, el joven se está conociendo, integrando y definiéndose afectivamente.

Es cierto que también en este contexto hay vacíos afectivos, carencias humanas, que no garantiza el estudio de la preparatoria en su tierra natal y con la oportunidad de relacionarse con personas del sexo opuesto, pero podemos considerar como un ambiente más idóneo para el joven de esta edad. Parece más adecuado, que en ésta edad que va de los 14 a los 18 años, los jóvenes, permanezcan cerca de los padres de familia, para aprender y desarrollar temas como: la autoridad, libertad, afectividad (noviazgo) y su fe. En porcentajes, es más de la mitad los jóvenes que entran al curso introductorio, que los que vienen de seminario menor. Es importante el acompañamiento vocacional a estos jóvenes, ya sea de los promotores vocacionales del seminario, o bien, de los promotores vocacionales que son los presbíteros en las parroquias.

El entonces rector del seminario Conciliar de la arquidiócesis de Yucatán y presidente de la OSLAM, hoy día obispo Jorge Carlos Patron Wong, presentó un perfil de ingreso de los candidatos titulado: “Rasgos positivos y negativos en las cuatro dimensiones de formación. Informe General sobre las reflexiones y conclusiones de la asamblea conmemorativa de los 50 años de la OSLAM”, ante la Pontificia Comisión para América Latina quien organizó un encuentro cuyo tema central fue “la formación sacerdotal en los seminarios de América Latina”, (actas de las reuniones plenaria 17-20 de febrero de 2009). Los jóvenes que están ingresando a los seminarios, como hijos de su tiempo, afirma el informe, han asimilado los acentos de la época que viven, presentando luces y sombras en cada una de las dimensiones de la formación.

De modo general, poseen rasgos fundamentales de la actual cultura postmoderna, muy dependiente de las nuevas tecnologías como lo son: internet, el teléfono celular, mundo cibernético y medios modernos a su alcance. Su escala de valores y percepción de la realidad es muy diferente a las de generaciones anteriores. Dan primacía a lo emotivo sobre lo intelectual, imbuidos de la cultura urbana, incluso quienes provienen del mundo rural.

Viven intensamente momentos personales de la vida y con indiferencia a las realidades sociales. La mayoría provienen de familias pobres o con dificultades económicas, que más tarde tienden a huir de la situación de pobreza familiar buscando un estilo de vida burguesa y cómoda. El aumento de vocaciones adultas no siempre es vocacionalmente alentador, ya que muchas de ellas contrastan el alto nivel académico profesional con una pobreza de integración humana espiritual resultado de experiencias alejadas de la vida cristiana.

El informe citado subraya en la dimensión humana, aparecen rasgos positivos como son la espontaneidad, sencillez, disponibilidad a nuevas experiencias, gusto por establecer lazos de amistad y deseos de aprender formas nuevas de fraternidad en el seminario. Algunos son portadores de grandes ideales, abiertos a la solidaridad en situaciones de emergencia y sensibles a lo nuevo y creativo. Son optimistas, entregados a lo celebrativo y festivo, con sentido del humor y del juego. Son muy abiertos al pluralismo social, no se escandalizan ante las diferentes escalas de valores y aceptan con naturalidad diferencias y discrepancias.

Una de las carencias de la dimensión humana, es que muchos jóvenes provienen de familias desintegradas, carentes de una sana experiencia de paternidad. La inmadurez afectiva es generalizada, y algunos sufren de bloqueos psicológicos, debido a situaciones graves y difíciles de superar en medio de un ambiente erotizado y enfermizo. El desequilibrio emocional se refleja en la fragilidad afectiva, la baja autoestima, un narcisismo psicológico y espiritual basado en el individualismo y una preocupación excesiva por la imagen y el status. Muestran pérdida del sentido del deber, una tendencia a buscar lo fácil, una vida placentera y a rechazar cualquier petición al sacrificio. Se huye de la responsabilidad y el esfuerzo; les cuesta mucho asumir la disciplina o el reglamento por convicción.

En la dimensión espiritual, de acuerdo con el informe citado, encontramos las siguientes características positivas: Tienen hambre de Dios, una necesidad muy sentida de un encuentro personal con Cristo. Han tenido experiencias religiosas en su parroquia o grupo apostólico que los hacen sensibles a la acción misionera de la Iglesia, a la búsqueda de grupos significativos de referencia e interés por la liturgia.

Pero también es cierto que carecen de una experiencia de oración. En muchos casos juzgan y buscan la oración como experiencia gratificante emocional y no como un encuentro en la fe con el misterio de Dios que compromete la vida diaria. A esto hay que unir sus tendencias activistas plagadas de dispersión, poco silencio interior y dificultades para ordenar su vida. El tema más alarmante para los directores espirituales es la formación de una recta conciencia. La buena voluntad y la bondad de corazón de muchos jóvenes estimulan efectos perniciosos cuando se combina con una mentalidad relativista en la ética y la moral. ¿Qué tiene de malo?, ¿pero si todos lo hacen?, ¿si es lo “normal” hoy? En el fondo no se buscan los valores más altos, sino el mínimo aceptable.

Se advierte un parco sentido de fidelidad debido a la praxis de buscar gratificaciones inmediatas y la debilidad en la internalización de los valores evangélicos. La pobreza, castidad y obediencia son relativizadas ante las faltas graves de presbíteros que los seminaristas conocen y el ambiente de permisividad de la sociedad que no ayudan a un ambiente de esfuerzo real a la vocación a la santidad. La dimensión intelectual, continúa el informe, es el área personal de los candidatos que antes de entrar al Seminario brinda pocos rasgos positivos. Aparte del conocimiento y curiosidad por el manejo de las nuevas tecnologías, los jóvenes carecen de elementos básicos académicos y culturales debido a la deficiencia generalizada de la enseñanza recibida en el nivel básico e intermedio. Son acarreadores de grandes lagunas en el ámbito de lectura, ortografía y método de estudio. No han desarrollado hábitos de estudio ni una conciencia reflexiva y crítica de la realidad. Existen honrosas excepciones, pero éstas sólo confirman la pobreza de la realidad.

El informe apunta sobre la dimensión pastoral, se descubren rasgos positivos: la mayoría llegan con experiencias apostólicas y de movimientos juveniles de conversión o primer anuncio.

Algunos han sido líderes o animadores de grupos juveniles diocesanos o parroquiales. Muchos han vivido de cerca testimonios de fe y entrega de presbíteros que los han animado en su vida. Pero en el aspecto misionero y la búsqueda de nuevos métodos de evangelización ante los retos actuales son muy débiles. Se busca más bien un quehacer “*ad intra*” de la Iglesia, que ofrece estructuras seguras y gratificantes humanamente, debido a la poca disponibilidad al sacrificio personal y el escaso celo apostólico (Patrón, 2009).

4.2 Jóvenes que han terminado una carrera y entran al seminario.

Es propio de algunas congregaciones o instituciones, recibir en sus procesos de formación a personas ya “maduras” o al menos con más edad, como argumento, de que con el tiempo van despejando dudas, puliendo sus inquietudes vocacionales; avanzando en el conocimiento personal e integrándose como personas. Los jóvenes que terminan una carrera y después se disponen a procesos de formación como es el curso introductorio, tienen a su favor, un elemento de suma importancia, es el trabajo físico; jóvenes que han experimentado lo difícil y aleccionador de costearse sus propios gastos, ha ocasionado personas más centradas en temas de administración honrada, coherencia de cómo vive con la realidad de su familia, el cuidado de los bienes y relaciones interpersonales maduras.

Un momento importante de la persona, es cuando termina su preparación intelectual y se dispone a iniciar su vida profesional; inicia una nueva etapa en su historia, momento esperado desde mucho tiempo atrás, pero algunos se dan cuenta que les hace falta algo vocacionalmente hablando; y es por eso que se disponen con esperanza, ilusión, valentía y deseos de afrontar nuevos retos, inician un proceso de acompañamiento para entrar al curso introductorio (Sala, L & Martin, F, 1966). A estos profesionales en dicha circunstancia, se les produce una serie de temores y dudas sobre sí serán capaces o no de poder responder al compromiso y responsabilidad que es el seminario.

En el tema afectivo, es decir, las relaciones interpersonales y la relación con la mujer, es cierto que hay el riesgo de llevar una vida disipada por el ambiente posmoderno de libertinaje,

pero se supone, que le permite al joven con el paso del tiempo, pensar, meditar y decidirse a una vida de entrega generosa, ya sea en la vida consagrada, en el matrimonio, en la soltería o el ministerio ordenado. También es cierto que el joven antes de entrar al Seminario, afectivamente está “acrisolado”; cuando haga la opción por la vida ministerial le será más fácil permanecer en su convicción.

Se han dado casos en la diócesis de Zamora (Michoacán, México), que iluminan este tema, en el que hay muchas inquietudes, por ejemplo: el de un doctor que en un principio, fue seminarista, se salió del seminario en teología, terminó su carrera, se casó a los 25 años, enviudó y con sus hijos ya adultos, pudiendo valerse por sí mismos, terminó sus estudios que le faltaban y se ordenó presbítero. El caso concreto en la diócesis, de otros 6 presbíteros que iniciaron procesos de formación en el seminario hasta después que se titularon o incluso trabajaron en su profesión: dos veterinarios, tres ingenieros y un maestro.

Todo esto para decir, que si bien no son los mejores sí se ve en ellos más generosidad, disponibilidad, y sin actitudes infantiles. No se trata de decir, que tales experiencia son mejores que otras, sino observar con atención, que puede implementarse para ayudar de la mejor manera en los procesos de formación tanto inicial como permanente; ver el tiempo donde la persona está más receptiva para tener el encuentro personal con Jesucristo vivo y así, potenciar la pasión por él. Se presentan ahora algunas incidencias del mundo de hoy en la formación de los seminarios de América Latina y una prometedora respuesta formativa, a través de las dimensiones propias de la formación presbiteral.

En la formación humana, el mundo de hoy incide sobre todo en la fragilidad de resistencia al fracaso, la búsqueda del éxito inmediato y el individualismo. La mentalidad de lo instantáneo, fugaz y desechable, perturba al compromiso permanente. Se constata un espíritu vulnerable a la comodidad y bienestar personal paralelamente a la ley del mínimo esfuerzo (Patrón, 2009). La globalización ha traído la dispersión, el relativismo y la superficialidad, acompañados de la pasividad y la indiferencia. Es fuerte la tendencia de llenar espacios afectivos con el uso de bienes tecnológicos de última moda. Los medios de comunicación social han hecho del mundo una “aldea global”, con implicaciones de despersonalización (López, 2011, p.55) y

deshumanización, ya que gustan más las amistades “virtuales”, que el compromiso comunitario concreto con los seres humanos de su entorno. En no pocos países latinoamericanos se están perdiendo de manera veloz las raíces culturales.

El seminario responde a los tiempos actuales con un sincero esfuerzo de seguir las líneas que la Iglesia ha ido marcando para que la formación humana esté presente en todo el itinerario formativo. Se sabe del inmenso reto porque la realidad es muy compleja, con fenómenos indeterminados y cambiantes que exigen reflexión profunda, adecuada y profesional. En este campo han sido de gran beneficio la colaboración de psicólogos católicos para sanar deficiencias del desarrollo de la personalidad y hacer crecer en la conquista de la madurez afectiva y en el ejercicio de la libertad.

Se ha progresado en la experiencia comunitaria, en un ambiente organizado y de colaboración mutua en el trabajo, pero falta más formación para la comunión y la unidad que supere el estilo de vida presbiteral individualista. Se subraya la formación de la libertad, se está posibilitando la mayor participación de los formandos, se dan espacios para la creatividad, todo esto exige mayor presencia formativa de los formadores para que la experiencia pedagógica sea positiva. Una de las posibilidades de formación presbiteral, la ofrece el ITEPAL (Instituto Teológico Pastoral para América Latina). El Instituto ofrece una especialización cualificada, dispone y brinda herramientas a los presbíteros que acompañan procesos de formación tanto inicial como permanente.

En la formación espiritual hay que ocuparse en la guía espiritual personalizada para confirmar un crecimiento real de la vida teologal y trinitaria. Las motivaciones humanas tienen que ser confrontadas constantemente con el llamado Evangélico de ser fieles discípulos de Jesucristo, el único Maestro. No establecer la subjetividad como norma de conciencia y no tenernos a nosotros mismos como nuestros propios maestros.

El tiempo actual favorece la dispersión, hay dificultades para un buen discernimiento entre lo que es esencial y lo que ha de adaptarse a cada época en la fisonomía del presbítero.

Vivimos en una cultura del ocio, superflua, lúdica y hedonista (Cf. DA 50, 110, 357) que afecta la vivencia del celibato y es un reto para un seguimiento convencido de opción de vida por Cristo. Se necesita una mayor exigencia de experiencia de fe y de testimonio, así como un sentido sobrenatural en la obediencia. La vocación de los discípulos misioneros a la santidad, la configuración con el Maestro y una espiritualidad trinitaria del encuentro con Jesucristo que nos proponen los obispos en Aparecida (Cf. DA 240), son las metas a conseguir por medio de todos los instrumentos naturales y sobrenaturales disponibles en el proceso formativo.

En la formación intelectual, en la mayoría de nuestros países se observa un deterioro del sistema educativo que favorece la exaltación de títulos vacíos de contenido y experiencia. Tenemos la urgencia de mejores métodos pedagógicos y de evaluación, debemos combinarlos con la sólida formación doctrinal que permita al futuro presbítero una mayor conciencia de la realidad del pueblo al que va a servir, y que asuma, como actitud, la apertura para actualizarse y con ello dar respuesta a las nuevas exigencias de la comunidad. El esfuerzo por tener una formación adecuada en el campo de la filosofía y teología exige una preparación especializada por parte de los maestros y una disciplina intelectual y crítica de los alumnos. Sigue siendo un tema pendiente en muchos seminarios la profundización en aspectos como el de la inculturación y la reflexión filosófica y teológica adaptada a las exigencias de la actualidad.

En la formación pastoral existe un valor positivo, propio de los tiempos actuales, el deseo de conocer y analizar la realidad que hay que evangelizar y la búsqueda de un método o plan pastoral que responda a esa realidad. Crece el sentido de la Iglesia misionera y servicial. Sin embargo, los seminaristas experimentan muchos límites a la hora de proyectarlo en la pastoral; todavía se percibe un *déficit* en la formación de nuevos métodos de evangelización y ésta se reduce a pequeños grupos de la parroquia, de los colegios o instituciones eclesiales. Esto favorece a que el presbítero en lugar de salir al encuentro del mundo, reduce su ser discípulo y misionero al templo. La Nueva Evangelización a la que nos ha convocado su Santidad el papa Benedicto XVI nos compromete a que el seminarista se identifique con el ser misionero de Jesús y abre interrogantes a los formadores y formandos sobre qué pasos de conversión personal y estructural debemos implementar en los Seminarios para que el espíritu misionero fertilice el mundo actual (Patrón, 2009). En esta investigación ponemos el acento en el curso introductorio.

4.3 Curso Introductorio: tiempo y espacio de nivelación e integración para jóvenes procedentes de diferentes realidades

El curso introductorio forma parte del Seminario Mayor, como afirma la Exhortación Apostólica postsinodal *Pastores Dabo Vobis* del papa Juan Pablo II y es un ambiente propio para la formación presbiteral. En la situación actual es posible una formación inicial, particularmente desde la perspectiva del curso introductorio, que sea un tiempo y espacio propicio que cree una comunidad reconciliada e integrada, una comunidad, como lo propone Aparecida (Cf. DA 520) que esté al servicio de la unidad y la fraternidad.

Etapas previas son aquellas que aún no tienen por objeto la formación de una vocación específica, sino que se ordenan a la preparación de los candidatos para que en su día tengan una mayor cultura religiosa y vocacional y una mayor libertad para elegir la vocación al ministerio ordenado o a la vida consagrada. Estas casas de formación son propiamente medios para la promoción de las vocaciones. En el ámbito diocesano es el caso de los seminarios menores, pero también de otras instancias formativas que se relacionan con ellos, como el seminario en familia o los seminarios especiales, que responden a las necesidades concretas que se dan en los adolescentes de una región o de un ámbito cultural (Lavaniegos, 2009, p. 85).

En los seminarios de México se ha perfilado el curso introductorio, como una etapa que pretende, un primer discernimiento vocacional; en ella se unen en un grupo los seminaristas que han pasado por las etapas previas y los que no, o los que han hecho otras etapas previas de diversas modalidades. Todos los elementos de esta etapa pretenden introducir al joven en el proceso. Es como la puerta de entrada al camino vocacional. Es importante que esta etapa introductoria, no se polarice por una dimensión, descuidando las otras. En la mayoría de las instituciones la etapa introductoria dura un año; a través de éste, se pretende que el formando tome una decisión generosa y un poco más clara en torno a su opción vocacional. El curso introductorio no sólo pretende llenar lagunas de formación intelectual y de la formación cristiana de los candidatos, también pretende una formación íntegra e integradora en todas sus instancias y dimensiones.

El seminario, que representa como un tiempo y un espacio geográfico, es sobre todo una comunidad educativa en camino: la comunidad promovida por el Obispo para ofrecer a quien es llamado por el Señor para el servicio apostólico, es la posibilidad de revivir la experiencia formativa que el Señor dedicó a los Doce. En realidad, los Evangelios nos presentan la vida de trato íntimo y prolongado con Jesús, como condición necesaria para el ministerio apostólico. Esa vida exige a los Doce llevar a cabo, de un modo particularmente claro y específico, el desprendimiento propuesto en cierta medida a todos los discípulos del ambiente de origen, del trabajo habitual, de los afectos más queridos (PDV 60).

¿Cuál es la misión del curso introductorio? La misión del curso introductorio es lograr una experiencia original de la vida de Iglesia; en él, el Obispo se hace presente a través del ministerio del rector o vicerrector y del servicio de corresponsabilidad y de comunión con el equipo formador y los demás educadores, para el crecimiento pastoral y apostólico de los formandos. Los diversos miembros de la comunidad del seminario, reunidos por el Espíritu en una sola fraternidad, colaboran cada uno según su propio don, al crecimiento de todos en la fe y en la caridad, para que se preparen adecuadamente al ministerio ordenado, y, por lo tanto, a prolongar en la Iglesia y en la historia, la presencia redentora de Jesucristo, el buen Pastor (Cf. PDV 60). De acuerdo con el espíritu del proceso formativo, la Exhortación (Cf. PDV 43) desarrolla las cuatro dimensiones de la formación presbiteral; presentamos algunos elementos fundamentales sobre dichas dimensiones.

Al hablar de dimensiones no se pretende dividir o separar, sino que es un modo práctico y además reconocido por el magisterio de la Iglesia, para hablar de formación, dichas dimensiones en un solo y mismo espíritu, en las que siempre se observa la relación y la integralidad entre ellas. En los seminarios, diócesis, y cada uno de los países de América Latina y el Caribe, y en las instituciones (ITEPAL) y organismos (OSLAM y el DEVYM), que conocen y trabajan en pro de la formación presbiteral, saben de la necesidad y urgencia de apasionarnos en la formación tanto inicial como permanente. Afortunadamente el tema de la formación se ha ido madurando en conceptos e ideas claras; hoy en día, para hablar de formación presbiteral nos ilumina un trabajo en base a las 4 dimensiones de la formación: (Humana, Espiritual, Intelectual y Pastoral).

Aseguramos pues, que la formación humana, la madurez humana es el desafío y fundamento de toda la formación presbiteral, dígase inicial como permanente. La *Optatam Totius* en el número 11, aboga por el cultivo de las llamadas virtudes humanas. “La formación espiritual debe abarcar al hombre entero”. (*Ratio Fundamentalis Institutionis Sacerdotalis*. 51). Insiste PDV en el tema de la dimensión humana: “Sin una adecuada formación humana toda la formación estaría privada de su fundamento necesario”. (PDV 43).

Estuve colaborando cuatro años como asesor en el seminario menor de la diócesis de Zamora (Michoacán, México), puedo decir, que he probado las mieles y sinsabores de la formación, observo que son fundamentales todas las dimensiones, de un modo especial, la dimensión huma y espiritual, en toda persona tanto de los formandos como de los formadores, éstas dimensiones son el cimiento, la plataforma sobre la cual se edificara la compleja y delicada estructura de la formación presbiteral. “La formación espiritual ha de estar estrechamente unida a la doctrinal y a la pastoral”. (OT 8).

La experiencia que tiene nuestra madre Iglesia como formadora en la etapa tanto inicial como permanente, y por la colaboración de presbíteros en las diferentes instancias de la formación: Seminario menor y otras formas de acompañamiento vocacional, curso introductorio, Filosofía y Teología. El estudio de los valores, humanidades, filosofía y teología lleven al hombre a Dios; es decir, “que el conjunto de las disciplinas teológicas y filosóficas se articule mejor y que todas ellas concurren armoniosamente a abrir cada vez más las inteligencias al misterio de Cristo”. (OT 14). “Que el seminarista mediante las disciplinas filosóficas llegue a un conocimiento sólido y coherente del hombre, del mundo y de Dios ” (OT 15).

En cuanto a la formación pastoral, hay criterios bastante claros: “la preocupación pastoral debe informar por entero la formación de los alumnos...(OT 18). La *Ratio Fundamentalis Institutionis Sacerdotalis* en el número 44, agrega: “el espíritu pastoral debe informar enteramente la formación presbiteral”. Evoluciona el pensamiento y la *Pastores Dabo Vobis* en el número 57, nos marca la pauta diciendo: “la finalidad pastoral asegura a la formación humana, espiritual, e intelectual algunos contenidos y características concretas, a la vez que unifica y determina toda la formación de los futuros presbíteros”.

El proyecto educativo del seminario se encarga de una verdadera y propia iniciación a la sensibilidad del pastor, a asumir de manera consciente y madura sus responsabilidades, al hábito interior de valorar los problemas y establecer las prioridades, y los medios de solución, fundados siempre en claras motivaciones de fe y según las exigencias teológicas de la pastoral misma” (PDV 57). La XVI Asamblea de la OSLAM (México 2000) nos ofrece una conclusiones muy útiles para la dimensión pastoral titulado: “Los desafíos del Pastor y su formación inicial, el ser y el quehacer del seminario de mañana”.

En este espacio y tiempo que es el curso introductorio, es donde las personas (seminaristas), se disponen a vivir un proceso de nivelación y además una formación integral e integradora, para jóvenes procedentes de diferentes realidades: los que viene de seminario menor, los que vienen de estudiar preparatoria en su lugar de origen, los que terminaron una carrera. Cada uno con un bagaje cultural, experiencias de vida, edad y situaciones muy diferentes, se disponen a la integración personal y grupal.

5. Objetivos del Curso Introductorio

Desde el Magisterio de la Iglesia es oportuno insistir en la importancia y necesidad del acompañamiento grupal en los procesos de formación, como es el curso introductorio, y en los procesos vocacionales: El II Congreso mundial de pastoral Vocacional, señala esta necesidad de facilitar un clima grupal que forma: la casa de formación, antes de ser un espacio material, debe ser un ambiente espiritual, un itinerario de vida, una atmosfera que fortalezca y asegure un proceso formativo.

Esta formación presbiteral es, por razón de la propia unidad del ministerio católico, necesaria todos los presbíteros de uno y de otro clero. (Cf. OT Proemio) y posteriormente: “los seminarios mayores (curso introductorio), son necesarios para la formación presbiteral. En ellos, toda la educación de los alumnos debe tender a la formación de verdaderos pastores de almas, a ejemplo de Nuestro Señor Jesucristo, Maestro, Presbítero y Pastor” (OT 4). De feliz memoria, Juan Pablo II nos da más luz:

La institución del seminario mayor como lugar óptimo de formación, debe ser confirmada como ambiente normal, incluso material, de una vida comunitaria y jerárquica, es más, como casa propia para la formación de los candidatos al ministerio ordenado, con superiores verdaderamente consagrados a esta tarea (PDV 60).

El seminario se presenta como un tiempo y un espacio geográfico, es sobre todo una comunidad educativa, la identidad profunda del seminario es la de ser, a su manera, una continuación en la Iglesia, de la íntima comunidad apostólica formada en torno a Jesús con la escucha de su Palabra, en camino hacia la experiencia de la Pascua, a la espera del don del Espíritu para la misión. (Cf. PDV 61). Existe un consenso en los documentos del Magisterio y coinciden en concluir que todos los aspectos y dimensiones de la formación: Humano-comunitario, espiritual, intelectual deben estar organizados conjuntamente hacia la finalidad concreta que es predominantemente la pastoral.

Algunos piensan que Aparecida es una repetición de lo dicho por las anteriores Conferencias Generales del Episcopado Latinoamericano; desde luego que hay novedades en Aparecida, y también nos recuerda aspectos y temas que son prioritarios y que han sido señalados anteriormente, actualiza el tema de la formación presbiteral en un cambio de época. En América Latina, la inestabilidad entre los presbíteros y los candidatos al ministerio ordenado, tanto diocesanos como religiosos, es un hecho significativo, que nos invita a reflexionar sobre algunos aspectos de la formación presbiteral, particularmente en el curso introductorio. Si bien la inestabilidad vocacional ha existido siempre, ésta tiende a aumentarse, como consecuencia de la transformación cultural que trae consigo este cambio de época.

Es verdad que se necesita buscar el ingreso constante y creciente de jóvenes aptos para el presbiterado, pero también debemos velar para que quienes ingresan a nuestros seminarios, sean idóneos y cuenten con los recursos suficientes para perseverar con fidelidad en el ministerio. La mayoría de los que dejan el seminario, encuentran su origen en una deficiente formación humana. Se constata que las nuevas generaciones de seminaristas y presbíteros son más vulnerables en esta dimensión y presentan mayores deficiencias y condicionamientos que en el pasado, sin negar que también existan otras deficiencias en las demás dimensiones de la formación. Sin embargo,

no debemos perder de vista que, sobre la dimensión humana, descansan los demás aspectos de la formación presbiteral, por ende, es la dimensión que primariamente se debe consolidar. Aparecida afirma:

Se deberá prestar especial atención al proceso de formación humana hacia la madurez, de tal manera que la vocación al ministerio ordenado de los candidatos llegue a ser en cada uno un proyecto de vida estable y definitiva, en medio de una cultura que exalta lo deseable y lo provisorio. Dígase lo mismo de la educación hacia la madurez de la afectividad y la sexualidad. Ésta debe llevar a comprender mejor el significado evangélico del celibato consagrado como valor que configura a Jesucristo, por tanto, como un estado de amor, fruto del don precioso de la gracia divina, según el ejemplo de la donación nupcial del Hijo de Dios; a acogerlo como tal con firme decisión, con magnanimidad y de todo corazón; y a vivirlo con serenidad y fiel perseverancia, con la debida ascesis en un camino personal y comunitario, como entrega a Dios y a los demás con corazón pleno e indiviso (DA 321).

a) Formar la inteligencia para reconocer y amar la Verdad. Para formar personas lo suficientemente maduras para el ministerio presbiteral particularmente en el curso introductorio, conviene revisar las principales áreas de la formación en la dimensión humana, no tanto en sus contenidos sino en sus formas.

La respuesta última a las cuestiones fundamentales del ser humano sólo puede venir de una razón y ética integrales iluminadas por la revelación de Dios. Cuando la verdad, el bien, y la belleza se separan; cuando la persona humana y sus exigencias fundamentales no constituyen el criterio ético, la ciencia y la tecnología se vuelven contra el ser que las ha creado. (DA 123).

La Exhortación Post-sinodal *Pastores Dabo Vobis* señala el amor a la verdad como una de las cualidades humanas necesarias para lograr una personalidad equilibrada, sólida y libre (Cf. PDV 43). El amor a la verdad supone primero su aprehensión, lo cual se logra mediante la formación de la inteligencia. La inteligencia se forma cuando se aprende a pensar, cuando

descubre por sí misma, cuando lee el interior de las realidades, principalmente, la realidad personal. Los conocimientos que son fruto de la tarea personal de pensar, descubrir, conocerse a sí mismo, entender, conectar unos acontecimientos con otros, son los que realmente logran formar esta capacidad.

b) Formar el corazón: la educación afectiva y de la sexualidad

El presbítero es invitado a valorar, como un don de Dios, el celibato que le posibilita una especial configuración con el estilo de vida del propio Cristo y lo hace signo de su caridad pastoral en la entrega a Dios y a los hombres con corazón pleno e indiviso. “En efecto, esta opción del presbítero es una expresión peculiar de la entrega que lo configura con Cristo y de la entrega de sí mismo por el Reino de Dios”. El celibato pide asumir con madurez la propia afectividad y sexualidad, viviéndolas con serenidad y alegría en un camino comunitario (DA 196).

Del instinto sexual a la libertad del don; la sexualidad no puede ser interpretada con la sola o prevalente categoría de la pulsión biológica, ni reducida únicamente a un instinto, el ser humano es libre porque puede elegir y porque puede realizar la llamada a la esponsalidad (amor conyugal y el amor virginal) mediante la donación de sí hecha con amor (Cf. Cencini, 2007, p. 296).

La sexualidad en la persona es una fuerza típicamente humana, unida naturalmente con la capacidad afectiva y entregada a la libertad responsable y a la capacidad educativa del mismo ser humano, es pues, una realidad dinámica. Favorecer y “educar” esta tendencia significa realizar la propia sexualidad según un preciso “ordo sexualitatis” (Cf. Cencini, 2007, p. 454).

Insiste Aparecida en que es necesario: formar el corazón: la educación afectiva y de la sexualidad. Uno de los puntos en los que más se ha insistido en la formación presbiteral, tanto inicial como permanente, es el de la educación de la afectividad y la sexualidad. La madurez afectiva es el resultado de la educación en el amor verdadero y responsable, que se caracteriza por comprometer a toda la persona, y que se expresa mediante el significado “esponsal” del

cuerpo humano (Cf. PDV 44). A su vez, la madurez afectiva que se desea en los presbíteros, debe estar caracterizada por la prudencia, la renuncia a todo lo que pueda ponerla en peligro, la vigilancia sobre el cuerpo y el espíritu, al igual que por la estima y el respeto a las relaciones interpersonales con hombres y con mujeres. Evidentemente, es una tarea que rebasa las solas fuerzas humanas, y que requiere de la eficaz gracia de Dios, pues Él es, en definitiva, el Educador del corazón humano.

Aparecida señala un desafío de los presbíteros, discípulos misioneros de Jesús Buen Pastor, se refiere a los aspectos vitales y afectivos:

al celibato y a una vida espiritual intensa fundada en la caridad pastoral, que se nutre en la experiencia personal con Dios y en la comunión con los hermanos; asimismo al cultivo de relaciones fraternas con el Obispo y con los demás presbíteros de la diócesis y con laicos. Para que el ministerio del presbítero sea coherente y testimonial, éste debe amar y realizar su tarea pastoral en comunión con el obispo y con los demás presbíteros de la diócesis. El ministerio sacerdotal que brota del Orden Sagrado tiene una “radical forma comunitaria” y sólo puede ser desarrollado como una “tarea colectiva”. El presbítero debe ser hombre de oración, maduro en su elección de vida por Dios, hacer uso de los medios de perseverancia, como el Sacramento de la confesión, la devoción a la Santísima Virgen, la mortificación y la entrega apasionada a su misión pastoral (DA 195).

En este cambio de época que nos ha tocado vivir, nos corresponde una serie de retos que deben ser afrontados ya desde la formación inicial. Podemos advertir que, además de haberse incrementado un ambiente donde se vive el permisivismo moral y el hedonismo, ha comenzado a aparecer, también entre los presbíteros, un nuevo individualismo de corte estético-emotivo, que afecta directamente la dimensión afectiva de la persona. Este nuevo individualismo está constituido por la apariencia y la emoción, en donde las cosas son relevantes en la medida en que logren estimular los sentidos o engrandecer la imaginación.

Conviene señalar sobre la presencia cada vez frecuente, del narcisismo, el cual junto con la homosexualidad, son las formas típicas de inmadurez afectiva y sexual. Este narcisismo se caracteriza, además de un equivocado amor a sí mismo, por la ansiedad, pues se busca encontrar un sentido a la vida ya que se duda incluso de su propia identidad. Fieles se quejan, porque su presbítero lejos de ser un pastor apasionado por el cuidado de sus fieles, es un obsesivo compulsivo en comprar, en el tener y ser una persona metrosexual.

Concluamos con algunos criterios de madurez afectivo-sexual, que configuran la formación inicial, que corresponde al primer ciclo vital de las fases de una vida célibe. Se puede considerar suficientemente maduro, afectiva y sexualmente, al joven que ha adquirido, o que está en vías de adquirir, poco a poco las siguientes características: Conocimiento de sí mismo y de su corazón, libertad afectiva y relaciones objetuales totales, madurez afectiva y experiencia de Dios, Virginitad y relación con la Trinidad de amor, soledad y amistad, ser “joven”, identidad sexual y debilidades afectivo-sexuales, identidad sexual e identidad vocacional. (Cencini, 2007).

Sería peligroso admitir al ministerio ordenado no solo al joven que falla en este terreno, sino también al joven que ve un *déficit* sexual vinculado a una vida virgen, como privación o amputación de algo demasiado importante y para él muy esencial, de lo que no puede prescindir o solo podría hacerlo a base de duros y constantes sacrificios. Y es imposible vivir con un corazón siempre frustrado y con la impresión de tener que llevar una carga demasiado pesada. Por otro lado, sería injusto y una falta de respeto excluir, por principio y sin excepción, a jóvenes con problemas y debilidades en la esfera afectivo-sexual, en conclusión, el punto de partida es cada persona, hay criterios generales pero cada caso es único. (Cf. Cencini, 2007, 908-933).

c) El seminario y casas de formación, escuelas de santidad de los discípulos misioneros

Los seminarios y casa de formación constituyen un espacio privilegiado de formación de los discípulos misioneros. En esta etapa, los futuros presbíteros y consagrados viven a ejemplo de la comunidad apostólica en torno a Cristo Resucitado, orando juntos, celebrando una misma liturgia y modelando su corazón mediante el ejercicio de la caridad fraterna (Cf. DA 316).

No son únicamente centros de formación, sino que por su misma naturaleza, tanto el seminario como las casas de formación religiosa, deben convertirse en escuelas de santidad. Muchos de los jóvenes que se forman en nuestros seminarios y casas de formación, ingresan con una mentalidad mundana, y existe el peligro, si no se forma con profundidad, que tal mentalidad mundana permanezca presente durante la formación, y se prolongue en el ministerio o en la profesión religiosa. El Documento de Aparecida advierte:

La realidad actual nos exige mayor atención a los proyectos formativos de los Seminarios, pues los jóvenes son víctimas de la influencia negativa de la cultura postmoderna, especialmente de los medios de comunicación social, trayendo consigo la fragmentación de la personalidad, la incapacidad de asumir compromisos definitivos, la ausencia de madurez humana, el debilitamiento de la identidad espiritual, entre otros, que dificultan el proceso de formación de auténticos discípulos-misioneros. Por eso, es necesario, antes del ingreso al Seminario, que los formadores y responsables hagan una esmerada selección que tenga en cuenta el equilibrio psicológico de una sana personalidad, una motivación genuina de amor a Cristo, a la Iglesia, a la vez que capacidad intelectual adecuada a las exigencias del ministerio en el tiempo actual (DA 318).

Podemos afirmar, que la crisis de vocaciones encuentra su raíz en la crisis de las familias, se debe poner una especial atención a las familias de donde provienen los seminaristas, las cuales se deben conocer y tener en consideración a la hora de seleccionar, desde su ingreso, a los candidatos. Muchas veces, por desconocer el contexto familiar, se admite a personas que realmente no están en condiciones de asumir los compromisos que la vocación trae consigo, el tema del testimonio familiar.

Una vez que los seminaristas se encuentren en formación inicial, la familia debe estar en continua comunicación con los formadores del seminario. Esto supone crear espacios y momentos de convivencia y diálogo, al igual que de orientación. Así, el seminario puede ser un importante centro de catequesis y formación familiar, para que las familias a su vez puedan catequizar mejor a sus hijos, y así, ser un apoyo, y no obstáculo en la formación presbiteral. Es desconcertante, en este cambio de época, cada vez son más frecuentes los casos de formandos

que no tienen el apoyo de sus familiares, siendo ellos los primeros en desanimar la vocación de sus hijos. Además, en ocasiones al conocer más a la familia, se constata que el ambiente familiar no es propicio para la formación, y ante esta situación, se les debe ayudar también a los padres de familia, para que valoren el don de Dios depositado en sus hijos, cuidando especialmente aquellos casos en que la familia podría influir negativamente en su formación cristiana.

6. El Magisterio y el Curso Introductorio

6.1 El Curso Introductorio en *Optatam Totius* n.14

Diversas iniciativas anotadas por la encuesta, orientadas a dar un mejor empuje a la acción formativa en los seminarios mayores, llevan el nombre de curso introductorio, en referencia explícita o implícita al n° 14 del decreto *Optatam Totius* del Vaticano II. Dado que las finalidades de este curso, especificadas en el citado párrafo, van desde el ámbito doctrinal al espiritual y vocacional, muy pronto comenzaron a perfilarse, en su aplicación concreta, planteamientos de tipo vario y con matizaciones diversas. A este respecto se impusieron sobre todo dos tendencias: una dirigida a acentuar el papel que el curso introductorio debe ocupar dentro del cuadro de las disciplinas filosóficas y teológicas y a resaltar sus consecuencias espirituales; otra orientada más bien a abrir el curso hacia las exigencias específicas presentadas por aspirantes provenientes de profesiones civiles, de escuelas de tipo técnico y de ambientes poco religiosos.

Acaeció que, desde el inmediato post-concilio, algunos cursos introductorios fueron más exigentes desde el punto de vista académico, y otros más atentos a las necesidades de recuperar diferentes dimensiones formativas y, por tanto, más cercanos a aquellos que hoy son llamados Períodos Propedéuticos. Es común a ambas tendencias el hecho de que estos cursos introductorios se consideran parte integrante del sexenio filosófico-teológico. En América Latina los cursos introductorios han tenido una larga historia con variedad de realizaciones. Con el término, curso introductorio se denominan, períodos previos al seminario mayor que de por sí deberían llamarse Cursos Propedéuticos. En México se comenzó después del Concilio a organizar

cursos introductorios, inspirados en el n.14 del decreto *Optatam Totius*, y diversificados según las exigencias y las posibilidades concretas.

En un comienzo la duración variaba desde un mes a un año, hasta que en 1988 la *Ratio studiorum* nacional, prescribió que no debería ser inferior a seis meses. En la reciente edición de la nueva *Ratio*, se recomienda que su duración abarque todo un año. De hecho la situación está todavía muy diversificada, en cuanto a contenidos y en cuanto a planteamiento: hay cursos introductorios con sede propia y otros ubicados en el seminario mayor; cursos con presbíteros dedicados a tiempo completo; cursos a nivel regional, otros a nivel diocesano.

La Conferencia del Episcopado Mexicano y su Comisión Episcopal de Seminarios y Vocaciones. (1996), en las “Normas Básicas y Ordenamiento Básico de los Estudios para la Formación sacerdotal en México” ofrecen indicaciones en orden a lograr una praxis más uniforme. En efecto, la nueva NBFS establece objetivos comunes para todas las principales áreas formativas, subraya con claridad la identidad del curso introductorio, insiste en la necesidad de privilegiar el aspecto espiritual de la formación y de poner cuidado en su nivel académico.

En México y en Colombia los cursos introductorios tuvieron inicio en los primeros años post-conciliares y experimentaron un fuerte impulso con la publicación de la *Ratio Fundamental Institutionis Sacerdotalis* en 1970. Hoy el curso introductorio existe en todos los seminarios mayores del clero diocesano y en todas las casas de formación de los institutos de vida consagrada y de las sociedades de vida apostólica. Ya que en la mayoría de los casos coincide con el primer año del currículo filosófico, últimamente se ha comenzado a denominarlo Año Introdutorio, y Año Propedéutico, o, simplemente, Propedéutico. Como refiere la Conferencia Episcopal de Colombia en carta a la Congregación para la Educación Católica sobre el curso introductorio o propedéutico del 14 de septiembre de 1992, el curso tiene la finalidad de:

iniciar a los jóvenes en todos los aspectos fundamentales de la formación al presbiterado; llevar a un nivel suficiente y homogéneo su preparación humana, cultural y religiosa; ayudarles a profundizar el discernimiento vocacional, a fin de que puedan hacerse cargo de las exigencias de la formación presbiteral y de la vida en el seminario mayor.

Gracias a las frecuentes consultas colegiales tenidas entre los responsables de la formación ha sido posible precisar los siguientes criterios comunes: los aspirantes pueden ser admitidos sólo después de un período de acompañamiento vocacional serio; el curso comienza con un período (que dura unos días o una semana entera) dedicado a conocer el seminario, a integrar entre sí a los miembros de la comunidad, y que tiene momentos fuertes de iniciación espiritual; la duración del curso debe extenderse por un entero año escolar; es oportuno establecer cierta comunicación con el seminario mayor con el fin de tener fructuosas ocasiones de encontrarse y conocerse; todo el equipo formador del seminario mayor es responsable del Año Introductorio.

Se nombra a un presbítero como encargado inmediato (vicerrector); la madurez humano-afectiva de los jóvenes es atendida con la ayuda de un director espiritual y de un psicólogo; la vida comunitaria debe caracterizarse por el espíritu de familia y de fraternidad; el nivel de estudios que se ha de alcanzar es el del bachillerato clásico-humanístico; en cuanto a la formación pastoral los aspirantes deben conocer durante el primer semestre las dimensiones principales del apostolado en las que se ocupan los seminaristas del seminario mayor, mientras en el segundo se les invita a tomar compromisos apostólicos junto a los seminaristas de los cursos superiores. (Documento informativo de la Congregación para la Educación Católica, 1998).

6.2 El Curso Introductorio y la Congregación para la Educación Católica

La congregación para la Educación Católica el día primero de mayo de 1998 en un documento informativo, sobre el período Propedéutico se pronunció sobre la necesidad de un período especial orientado a llenar las lagunas de orden espiritual, cultural y humano, frecuentemente presentes en los jóvenes que ingresan en el seminario mayor. Los Padres del Sínodo de los Obispos de 1990 juzgaron oportuno recomendar a la Congregación para la Educación Católica recoger información sobre las diferentes experiencias realizadas al respecto en las diversas Iglesias, para ofrecer a los responsables de la formación un material útil en el cual mirarse y del cual extraer inspiración eventualmente.

La moción del Sínodo fue absolutamente acogida por el Santo Padre Juan Pablo II de feliz memoria, quien, en el no. 62 de la Exhortación Apostólica Postsinodal *Pastores Dabo Vobis*, invitó a la Congregación para la Educación Católica a recoger "todas las informaciones sobre las primeras experiencias ya hechas o que se están haciendo" acerca del período propedéutico y a comunicarlas luego a las conferencias episcopales. La exhortación, en el mismo número 62, sugería que, dada la praxis tan diferenciada existente en los diversos países, era necesario atenerse todavía a una fase de estudio y de experimentación, para poder definir de modo más oportuno y significativo los diversos elementos de tal período, el cual, por lo demás, debe coordinarse con los años sucesivos de la formación en el seminario.

Conclusión pedagógica

Se constata en el recorrido histórico acerca de la formación presbiteral una preocupación de la Iglesia por tener espacios de formación que logren configurar la identidad presbiteral. Los concilios, personajes y realizadores de la idea del Seminario han marcado una pauta fundamental en una seria reflexión y acción pastoral respecto de los espacios y los elementos de la formación presbiteral. En este proceso se destaca la pastoral vocacional y, particularmente, la importancia de la formación presbiteral inicial que se ha venido identificado con entidades como el seminario menor y el curso introductorio.

El curso introductorio es un espacio y tiempo privilegiado donde se da inicio de manera formal al discernimiento y a la configuración de la vocación sacerdotal. La diversidad de los contextos de donde vienen los jóvenes al ingresar al seminario, es una riqueza que beneficia el tiempo y espacio de esta experiencia inicial. El formando en este proceso muestra una actitud de docilidad en su vida, y gusto en seguir formándose en la inteligencia para reconocer y amar la verdad, disponibilidad en las instancias a formar el corazón a través de la educación afectiva y sexual, en la oración en el conocimiento de Dios y en el diálogo personal que le permite el encuentro auténtico con quien es el primer formador, Jesús que llama, y la experiencia pastoral

que le permite un servicio entregado a la Iglesia. Y así es como se inicia el formando en un verdadero apasionamiento por Jesucristo.

El magisterio de la Iglesia reflejado especialmente en la *Optatam Totius*, la exhortación postsinodal *Pastores Dabo Vobis* y los orientadores documentos de la Congregación de la Educación Católica respecto de la formación sacerdotal determinan la claridad del proceso que se ha de tener en la formación inicial. A este particular es de vital importancia el acompañamiento cercano de los formadores que ayudan al formando a asimilar sus inconsistencias, y que encuentra así su propia identidad y logren una auténtica configuración con Jesucristo Buen Pastor. La implementación de adecuados programas de formación que favorezcan el crecimiento de las diferentes dimensiones de la formación sacerdotal.

Por tales razones urge una cultura de la formación inicial capaz de leer e interpretar no solo los signos de los tiempos de la actualidad, sino los propios signos de la individualidad histórica de cada persona que siente el llamado vocacional. Han de tenerse como herramientas las ciencias sociales y psicológicas, la filosofía y la teología y, una más definida mística e identidad espiritual de aquellos que quieren hacer el seguimiento del Señor como discípulos y misioneros. La renovación de la formación presbiteral inicial particularmente en el curso introductorio debe llegar a que los formandos se apasionen de Jesucristo quien es Camino, Verdad y Vida.

CAPÍTULO III

PROPUESTA DE ITINERARIO FORMATIVO EN EL CURSO INTRODUCTORIO, EXPERIENCIA EN CLAVE DE CATECUMENADO

1. Introducción

Después de haber hecho en el primer capítulo, un análisis de la realidad de nuestros jóvenes, con sus luces y sombras en el mundo postmoderno en el que vivimos, y vimos de qué o de quién se apasionan los jóvenes, dejando de manifiesto que efectivamente algunos sí se apasionan por Jesucristo. Posteriormente en el segundo capítulo hicimos un recorrido serio en la historia, para ver el inicio y desarrollo del seminario, hemos recordado el magisterio de los pontífices y los aportes de Aparecida y algunos autores, que nos ofrecen pautas para una renovación en la formación presbiteral inicial particularmente en el curso introductorio. Ahora, en el tercer capítulo presentamos una propuesta formativa en el curso introductorio, experiencia en clave catecumenal, la cual se inicia con un proceso de edificación, de encuentro personal con Él, que les permita por medio de la pasión y compasión configurarse con la persona de Cristo.

La formación presbiteral inicial es un reto, “¿Cómo formar personas (seminaristas), que estén verdaderamente a la altura de estos tiempos, capaces de evangelizar al mundo de hoy?” (PDV 10). Que estén apasionados por Jesús, Camino, Verdad y Vida. Nuestra investigación es presentar una propuesta de itinerario formativo particularmente en el curso introductorio, experiencia en clave de catecumenado, que consiste en preparar y conducir a los formandos a través de un proceso organizado por etapas, al encuentro con la persona de Jesucristo, en un ambiente de pasión por Él y compasión con los miembros de la comunidad.

La propuesta que presentamos en esta investigación la hacemos a través de Aparecida que es clave de renovación en la formación inicial, particularmente en el curso introductorio. A partir de dos actitudes el “cuidado y el autocuidado”, conceptos fundamentales y transversales.

“Cuidado” de la persona en su conjunto, por parte de los formadores en el seminario, con las características: de una formación Gradual, Integral, Permanente y Kerigmática, donde se cuide el corazón del formando y adquiera la convicción del autocuidado. **Cuidado** por parte de los formadores para con los seminaristas, **autocuidado** como una convicción fundante adquirida en la formación inicial que de alguna manera garantice su fidelidad y salud durante la formación permanente. **Pasión** como un distintivo y talante de vida por parte de los que están involucrados en la pastoral de pastores, porque después de un encuentro con la persona de Jesús resucitado no se puede esperar, sino el deseo máximo, la pasión y entrega, que al igual que los apóstoles “dejándolo todo, lo siguieron” (Cf. Lc 5, 1-11). Es pertinente educar en el cuidado del corazón en un contexto falto de compasión, en un mundo descorazonado. (Fernández, J. 2012).

Con la propuesta en clave catecumenal queremos resaltar en la formación presbiteral inicial particularmente en el curso introductorio, la duración, el tiempo prolongado, la permanencia y continuidad, aunque el tiempo y el espacio de ésta instancia concluya, dispuesta a permanecer como una firme convicción en las demás instancias y la formación permanente. La clave catecumenal hace referencia a una institución de los inicios de la Iglesia, que nos motiva a estar a la vanguardia de la formación sin perder de vista los fundamentos. En el curso introductorio se trata de brindar espacios para desarrollar la fe, la experiencia comunitaria, la responsabilidad, para lograr una cultura de cuidado a los hermanos y de autocuidado y, estar prestos como discípulos misioneros a la nueva evangelización.

2. La formación inicial ha de ser progresiva

Existen dos tentaciones en el camino de la formación. No es raro, que poco después de su entrada al seminario, el joven aspirante al ministerio ordenado haga progresos realmente notorios. Tiene seguramente una "madera" buena pero poco trabajada, y a los primeros golpes de cincel comienzan a mostrar una silueta nueva. Tanto él como sus formadores, pueden pensar que prácticamente está ya todo hecho. Y entonces disminuye el esfuerzo y se frena el proceso de transformación. Otros en cambio quisieran ver cambios más profundos, obtener resultados inmediatos. Ante la lentitud del proceso de formación se desaniman, disminuye el esfuerzo y se

frena el proceso de formación. Estos dos extremos se tocan. Las dos tentaciones provienen del olvido de que la formación es un proceso progresivo. Es necesario comprender que la formación no es una meta, sino un camino y que debemos confiar en la providencia. (CELAM 1989, pp. 75-78).

La formación progresiva gesta el concepto de la gradualidad. La formación es un fruto que madura poco a poco, en el esfuerzo diario. No se alcanza de repente o a saltos, sino paso a paso, como se suben las gradas del altar. Habitualmente no se dan progresos espectaculares; aunque la gracia de Dios siempre obra. La educación de un aspirante al ministerio ordenado ha de tener en cuenta esta gradualidad, al proponer metas personales. Sería ilusorio que un joven que está iniciando su formación pretendiera alcanzar inmediatamente la plena madurez en su vida espiritual o en su preparación intelectual. El hábito de oración, por ejemplo, sólo se consigue después de años de esfuerzo, y de trabajo. La tentación de correr es fuerte tanto para el formando como para los formadores. Pero es necesario respetar la naturaleza gradual del crecimiento de la persona, y estar atentos a seguir el ritmo de Dios.

La formación progresiva implica también la continuidad. No basta que haya un progreso gradual durante un período. Es preciso que ese progreso continúe en el tiempo. El trabajo de formación debe ser perseverante. La continuidad exige también que haya un continuo diálogo entre los diversos formadores, de modo que cada uno vaya construyendo sobre la base del trabajo del otro. Esta intercomunicación se hace especialmente necesaria en los momentos en que, por cualquier motivo, hay un cambio de formadores. Entiéndase que la formación presbiteral inicial particularmente en el curso introductorio es progresiva, en el sentido, de que los itinerarios no necesariamente son “línea recta y hacia delante” sino en “forma de espiral”. (Lavaniegos, 2012, pp. 252-320).

Al hablar de continuidad no significa pretender que haya siempre un progreso lineal, perfectamente ascendente. En la historia de la humanidad y en las pequeñas historias de cada hombre hay retrocesos, caídas, momentos de detención de la marcha. Esto es parte de la condición finita del ser humano, y es también consecuencia del pecado y de sus secuelas. De ahí la necesidad de una actitud de esfuerzo, de búsqueda permanente de la propia superación, de

lucha contra el propio egoísmo, el desánimo, la rutina. Es necesaria también, por otra parte, una buena dosis de humildad y paciencia y la permanente disposición para levantarse después de las caídas y reemprender el camino.

La constancia en la formación exige también un cierto orden. No se puede lograr un progreso eficaz dando palos al aire. En cualquier campo de la actividad humana, si se buscan resultados reales, se echa mano de un programa. ¿Por qué habría de descartarse ese medio en la tarea de la formación sacerdotal? No hay que pensar exclusivamente en los programas generales establecidos por los directores del seminario sino también en la programación que el seminarista puede trazar para su formación personal. Programa para su vida espiritual, con metas y medios específicos, que le estimulen y guíen en su esfuerzo.

2.1 Curso introductorio: formación gradual, integral, permanente y actualizada a través de las dimensiones de la formación

Queremos insistir en la formación inicial, la instancia del curso introductorio, a través de las dimensiones, por pedagogía y por ver que es propio en cada una de ellas. Veamos a continuación algunos de los principales objetivos que se persiguen en cada una de las dimensiones fundamentales de la formación Presbiteral, a la luz de la Exhortación Apostólica *Pastores Dabo Vobis*. En el curso introductorio, como todos los procesos de formación humana (DA 518g) y asumido desde una perspectiva pedagógica deben ser graduales, integrales, permanentes y actualizados.

Formación humana La formación humana, como ya lo hemos dicho es fundamento de toda la formación presbiteral. El candidato debe plasmar su personalidad de manera que sirva de puente y no de obstáculo a los demás en el encuentro con Jesucristo. Para ello se deben cultivar una serie de cualidades humanas que son necesarias para la formación de una personalidad equilibrada, sólida y libre, capaz de asumir las responsabilidades inherentes al ministerio sacerdotal. Estas cualidades necesarias son: amor a la verdad, la lealtad, el respeto por la persona, el sentido de la justicia, la fidelidad a la palabra dada, la verdadera compasión, la coherencia, el equilibrio de juicio y de comportamiento (Cf. PDV 43 y OT 11).

Se ha de prestar una particular importancia a la capacidad de relacionarse con los demás. En este sentido, será determinante la formación del candidato en la madurez afectiva, en el contexto de una educación al amor verdadero y responsable que incluya una educación en la sexualidad que favorezca la estima y el amor a la castidad y al compromiso del celibato. Todo ello exige una formación clara y sólida para una libertad responsable y la educación de la conciencia moral. (Cf. PDV 43). El curso introductorio es también un lugar y espacio para escuchar la Palabra de Dios, para vivir en fraternidad, para animar en la oración, para profundizar procesos de formación (Cf. DA 308).

Formación espiritual Los Padres sinodales del Sínodo del 90, aseveraron que la formación espiritual “constituye un elemento de máxima importancia en la educación presbiteral” (*Propositio* 23). Todo debe estar orientado hacia el trato familiar con las personas de la Santísima Trinidad y la búsqueda constante de la íntima comunión con Cristo. Para ello, se deben dedicar espacios y tiempos de oración diaria y de meditación de la Palabra de Dios; se requiere una activa participación en los misterios de la Iglesia, especialmente en la Eucaristía, se debe fomentar el amor y la veneración a la Santísima Virgen María y enseñar a los candidatos a ver la presencia de Cristo en el Obispo que los envía, y en los hombres, a quienes son enviados, principalmente en los pobres, los niños, los enfermos, pecadores y los incrédulos. (Cf. PDV 45).

La formación inicial a los seminaristas ha de ser en base, a aquellas actitudes que derivan de la Eucaristía: la gratitud, la actitud donante, la caridad y el deseo de contemplación y de adoración. A la vez, es urgente invitar a redescubrir la belleza del sacramento de la Penitencia. Finalmente en la perspectiva de la caridad se debe encontrar un sitio para la educación de la obediencia, de la pobreza y del celibato. En el caso de este último se exhorta a que el seminario lo presente con claridad, sin ambigüedades y de forma positiva. A este punto, se resalta la importancia vital del director espiritual como ayuda preciosa para que el candidato llegue a una decisión madura y libre, fundada en la estima de la amistad presbiteral y de la autodisciplina, en la aceptación de la soledad y en un correcto estado personal y psicológico. (Cf. PDV 48-50). Si se quiere un curso introductorio vivo y dinámico, es necesario suscitar en los formandos una

espiritualidad sólida, basada en la palabra de Dios, que mantenga a los seminaristas en comunión con la comunidad del seminario, la familia, la parroquia, el presbiterio y la Iglesia (Cf. DA 309).

Ya la carta circular sobre algunos aspectos más urgentes de la formación espiritual en los Seminarios de 1980, de la Congregación para la Educación Católica, presentaba temas de suma importancia en este campo de la formación espiritual, a través de cuatro líneas directivas: 1) Cristo palabra de Dios, 2) La palabra de la cruz: el sacrificio redentor, 3) La palabra de la cruz: los “sacrificios espirituales” 4) La “palabra hecha carne” en el seno de la Virgen María.

Y una sugerencia en la conclusión, para lo cual pensamos, si bien no es obligatorio, sí tiene el carácter de urgencia y necesidad. Se nos insta a presentar el ideal de la formación, alto y lejano con la finalidad, de que sea como un “ímán” que atraiga al joven seminarista que viene de un mundo sobreexcitado permanentemente de la sensibilidad y la sobrecarga del pensamiento, el cual hace difícil pero no imposible el recogimiento interior, generosidad en su proceso de formación. Este tiempo de propedéutica espiritual es necesario y si es bien acogido por los jóvenes formandos que tienen hambre y están inquietos de una razón de vivir, es uno de los garantes de la disponibilidad a la formación permanente.

Formación intelectual La formación intelectual se relaciona con la formación humana y espiritual de una manera profunda. Dicha formación, además de encontrar su justificación en la naturaleza misma del ministerio ordenado, resulta hoy más urgente ante el reto de la nueva evangelización que se le plantea a la Iglesia. (Cf. PDV 51). Se incide en la importancia esencial del estudio de la filosofía para enriquecer en el candidato “una especie de veneración amorosa de la verdad”. Se aprecia la gran utilidad de las llamadas ciencias del hombre. Pero, la formación intelectual del futuro presbítero se basa en y se construye sobre todo en el estudio de la sagrada doctrina y de la teología. El futuro ministro ordenado ha de disponer de una seria competencia teológica en plena sintonía con el Magisterio y la Tradición de la Iglesia. Dicha formación teológica debe aportar una visión completa y unitaria de las verdades reveladas y de su acogida en la experiencia de fe de la Iglesia (Cf. PDV 52).

Cuando los candidatos al ministerio ordenado, provienen de culturas autóctonas, se requieren métodos adecuados de formación. Por una parte, para revitalizar los elementos buenos y auténticos de sus culturas y tradiciones; por otra, para evitar el peligro de ceder en la exigencia y desarrollar una educación más débil. (Cf. PDV 55).

Formación pastoral La formación de los futuros presbíteros, toda ella, ha de tener un carácter eminentemente pastoral. La formación pastoral se desarrolla mediante la reflexión madura y la aplicación práctica. Al necesario estudio de una verdadera y propia disciplina teológica, se podrán añadir algunos servicios pastorales que los candidatos realizarán, de manera progresiva y siempre en armonía con el resto de tareas formativas, sin detrimento de ninguna de ellas. Sin embargo, se precisa que el objetivo principal de la formación pastoral es, sobre todo, garantizar el crecimiento de un modo de estar en comunión con los mismos sentimientos y actitudes de Cristo, buen Pastor. No se trataría tanto de un aprendizaje dirigido a adquirir una técnica pastoral, sino de instruir en un hábito interior que sepa valorar los problemas y establecer prioridades y medios de solución. (Cf. PDV 57-58).

En este campo de la formación pastoral, se les concede una importante responsabilidad formativa a los presbíteros a los cuales serán enviados los candidatos para realizar las prácticas en el inicio de la sensibilidad del pastor; dicha experiencia será progresiva. En todo caso, se exhorta a actuar siempre en coordinación con el programa del seminario y a proceder a una verificación metódica de las diversas experiencias pastorales (Cf. PDV 58). Los lugares a donde son enviados los formandos debe ser donde hay presbíteros testigos de la caridad de Cristo, *“que pasó haciendo el bien”* (Hch 10, 38).

Podemos concluir que el presente capítulo ha tenido el cometido de presentar, y sobre todo dejar definidas las características que debe haber en la formación, se subraya que ha de ser gradual, integral, permanente y actualizada. Hemos esbozado parte del tesoro magisterial en el campo de la formación, documentos pontificios que nos brindan elementos que nos ayudan a disponernos a una apasionada formación de la persona; el documento: “Orientaciones para el uso de las competencias de la psicología en la admisión y en la formación de los candidatos al presbiterado”, nos da pautas concretas en la formación, existe una extensa elaboración de

enseñanzas de los Pontífices sobre la formación presbiteral, esto supone, un extraordinario material de ayuda para las instituciones formativas y un subsidio para los obispos y formadores.

Desde la formación inicial en el curso introductorio se da inicio a experiencias y vivencias pastorales de forma gradual como se puede interpretar desde Aparecida:

de nuestra fe en Cristo brota también la solidaridad como actitud permanente de encuentro, hermandad y servicio, que ha de manifestarse en opciones y gestos visibles, principalmente en la defensa de la vida y de los derechos más vulnerables y excluidos, y en el permanente acompañamiento en sus esfuerzos por ser sujetos de cambio y transformación de su situación. El servicio de caridad de la Iglesia entre los pobres “es un ámbito que caracteriza de manera decisiva la vida cristiana, el estilo eclesial y la programación pastoral. (DA 394).

2.2 Reduccionismos de la formación

Después de haber presentado la propuesta de itinerario formativo en el curso introductorio, experiencia en clave de catecumenado, es preciso señalar algunos de los reduccionismos que hay en la formación, con el fin de construir sobre roca y con la intención de que lo que se inicia sea de la mejor manera, sin repetir errores y que la formación permanente sea: “perseverar en la forma”. No perder el principio vital capaz de configurar un corazón humano a imagen del corazón de Cristo.

Flores, L. (2012) en su trabajo de grado, titulado “La formación permanente del presbítero en una cultura híbrida: contextualización, resignificación y pedagogía” presenta el reto que tiene la formación ante los reduccionismos, evitar esa cadena de errores, ya que constantemente a los formadores no se les prepara como se debiera; se cuenta con su disponibilidad, y se les dice: “Haz lo que hicieron contigo”, sin antes brindarles herramientas con las cuales hagan una mejor “pastoral de pastores”; tenemos el reto de ofrecer una formación presbiteral: gradual, íntegra, permanente y actualizada. Cencini (2007), afirma que es necesario poner cuidado en los reduccionismos que fragmentan la formación y las personas. El curso introductorio es la

plataforma sobre la cual se edificará la persona del joven con sus luces y sombras, con su historia personal, es el inicio de la formación inicial cuya finalidad es proporcionar los elementos de formación humana, espiritual, intelectual y pastoral en un proceso de acompañamiento y discernimiento vocacional para que respondan al llamado de Dios mediante una opción libre y responsable (CIC c. 234, 1; RFS 11, DP 869, 870). Siguiendo a Flores (Cf. 2012, pp. 61-63) es necesario y fundamental plantear una formación adecuada, integral e integradora, por eso, debemos tener en cuenta para evitar los siguientes reduccionismos:

a) *Espiritualismo* Aquella que disminuye lo humano ante el elemento espiritual, como si la persona, fuera sólo aspiraciones e ideales, ignorando que “espiritual” quiere decir relacional. Este espiritualismo, con la separación de alma y cuerpo, tiene graves consecuencias sobre todo en relación con la sexualidad; la persona es un todo y no se puede separar una parte de otra, no se puede separar vida espiritual de la vivencia de la sexualidad.

b) *Voluntarismo* Consiste en dar un desmedido énfasis al yo ideal, al objetivo que hay que lograr, a las metas que hay que alcanzar es una reducción del cristianismo a una cierta ética, a un cierto compromiso social o a un conjunto de valores, al igual que a una espiritualidad basada en el cumplimiento de ciertas normas, pierde de vista lo central del mensaje cristiano.

c) *Pietismo*. Consiste en reducir la espiritualidad a “decir rezos”. Es imperante proponer soluciones a la vida, no solo con rezos, sino con la intención actuante de cambiar las cosas. Jesús tuvo clara conciencia de que la religión de su tiempo, basada en normas, leyes, rezos, etc., no hacían crecer a las personas ni les proporcionaban la felicidad.

d) *Liturgismo*. Es el exceso de atención a lo cultural-ritual del momento celebrativo. Esta propuesta centra la vida del presbítero exclusivamente en los sacramentos, es una tendencia definida a colocar el papel del presbítero siempre en el centro de atención, mucho más en los ornamentos solemnes y resplandecientes de presidente de la asamblea que en los humildes y normales del servidor de la fe y del colaborador de la alegría.

e) *Psicologismo*. Cuando se insiste de una manera exagerada y casi exclusiva, en el elemento psicológico. La formación entonces se reduce a un cruce elementos psíquicos interiores,

dejando así la vocación como un elemento que no viene de la gracia divina. Actualmente se delega a la psicología la responsabilidad del desarrollo y de la formación pero es preciso hacer una buena y sana referencia en cuanto al uso de la psicología. Así lo señala el documento “Orientaciones para el uso de las competencias de la psicología en la admisión en la formación de los candidatos al sacerdocio” (2008).

Después de haber señalado los reduccionismos, se presentan algunas ideas fundamentales sobre la formación inicial, y como lo hemos anotado, particularmente al curso introductorio. Las dimensiones integradas proporcionan una adecuada formación; el sujeto que resulta de este tipo de formación es un persona integrada e integradora; Como afirma Cencini (2007) en su libro “Por amor, con amor, en el amor”: “Lo que no se integra, se hace desintegrador”. La formación hace referencia a una concepción total y totalizadora de la vida y de la persona; implica una apertura a toda dimensión de la existencia concreta y se lleva a cabo en todo momento y en toda situación, la importancia de un modelo integrador.

3. Curso introductorio en clave de catecumenado

Se entiende por catecumenado (de *κατεχειν* = instruir de palabra), la iniciativa de carácter humano-catequético-litúrgico-moral, creada por la Iglesia de los primeros siglos, con el fin de preparar y conducir a las personas a través de un proceso espaciado y organizado por etapas, al encuentro pleno con el misterio de Cristo y con la vida de la comunidad eclesial. (Borobio, 1983, 111-119). Es la novedad y aporte que presentamos en este capítulo, curso introductorio una experiencia en clave de catecumenado, cuyo objetivo es hacer posible asimilar su constitución humana para poder edificar al cristiano y miembro de una comunidad.

Es cierto que por catecumenado se acostumbra referirse a todos los actos y momentos preparatorios al bautismo, pero lo que pretendemos es aplicar el término catecumenado y su propia riqueza en nuestra investigación y en especial, a la instancia de la formación presbiteral inicial, particularmente al curso introductorio. Catecumenado en el curso introductorio es una etapa importante del proceso preparatorio de iniciación, y como tal un elemento integrante y

decisivo para que tal formación inicial llegue a su plenitud. No es partir de cero en la formación inicial, porque el formando cuenta con el sacramento peculiar que es el bautismo y éste hecho fundante que en ocasiones pasa desapercibido, es el eslabón que une a la formación presbiteral.

Se siente la necesidad y urgencia de estrategias y procesos que ayuden a formar los jóvenes seminaristas como “jóvenes hijos de su tiempo” que si bien es cierto vienen con cualidades y aportes también con inconsistencias muy particulares; es por eso, que veo propicio; El espacio y tiempo del curso introductorio para en clave de catecumenado ofrecer aportar en esta instancia al joven, elementos vivenciales fundamentales (Conocimiento personal y familiar, sea en verdad un bautizado convertido, renueve y consolide su fe y la conversión, que autentifique la comunidad y el compromiso cristiano, identidad y sentido de pertenencia como cristiano. Nuestra propuesta es la renovación de la formación presbiteral inicial a través de la palabra de Dios, vida comunitaria y que cada formando adquiera un compromiso liberador).

El curso introductorio en clave de catecumenado será una instancia de formación presbiteral inicial apta para un proceso de reiniciación cristiana de los bautizados no suficientemente evangelizados y como medio de creación de la comunidad cristiana, que debe ser el modelo de referencia de toda formación. Queremos proponer dos metas en la formación presbiteral inicial a lograr en el curso introductorio en clave de catecumenado: la conversión del formando y personalizar la fe por la evangelización y la catequesis, y la renovación de la comunidad a través de la opción por las pequeñas comunidades.

Renovar el curso introductorio a través de la propuesta en clave de catecumenado, es señalar un énfasis que vemos necesario, porque es un medio y un elemento integrante de la iniciación cristiana y para la iniciación en la formación presbiteral inicial. El curso introductorio es tiempo y espacio de un proyecto de iniciación teórico-práctico con una vida sacramental significativa. Es brindar espacios para desarrollar la fe, para la experiencia comunitaria, para la responsabilidad, para una cultura del cuidado a los demás hermanos y para el autocuidado, y estar prestos como discípulos misioneros a la nueva evangelización.

La comunidad no necesita de muchos “pseudocatecumenados”, sino de uno, pero bien comprendido y realizado (Cf. Borobio, 1980, p.208). catecumenado, es un tiempo de “noviciado” una institución pedagógica, un proceso de iniciación, crecimiento y aprendizaje, por el que la persona total, en su cuerpo y en s espíritu, en su razón y en su corazón, en su pensar, querer y actuar, se transforma, orientando su vida de forma radicalmente nueva, hacia el Dios de Jesucristo y hacia su comunidad, desde una experiencia de Dios padre Bueno y la comunidad “hermano entre hermanos”, que suponen la conversión, la fe y el compromiso definitivos. Y para que esto se dé, es necesario instituir un proceso formativo, ofrecer medios, comprometer a la comunidad y al presbiterio, poner en acción la palabra, suscitar la experiencia del Espíritu y desplegar las riquezas del símbolo. Ahora vamos a enumerar algunos elementos integrantes o característicos de la formación presbiteral inicial en clave de catecumenado:

- Es un proceso (tiempo) dinámico (progresividad) señalado por etapas.
- Es un proceso marcado y significado por ritos.
- Un proceso comunitario y en comunidad.
- Proceso educativo, doctrinal y vivencial.
- Un proceso que compromete la vida entera e implica un cambio radical de costumbres y conducta en correspondencia con el Evangelio, de modo que al terminar el tiempo de la instancia del curso introductorio haya hechos, actitudes medibles, que puedan evaluar el desempeño y la posible continuidad en otra instancia o detenerse un momento; porque es también parte del proceso formativo y del discernimiento hacer un alto, ya que no se ha logrado obtener lo que se pretendía en la mencionada instancia y no es obligación continuar inmediatamente. (Borobio, D. 1980, p. 208).

En clave de catecumenado, tiene que ver también con un proceso. “Antes que ser un lugar, es un ambiente espiritual, un itinerario de vida, una atmósfera que favorezca y asegure el proceso formativo” (PDV 42). El seminario es “escuela del Evangelio”, en donde se vive en el seguimiento de Cristo, como los apóstoles, es dejarse educar por El para el servicio del Padre y de los hombres, bajo la conducción del Espíritu Santo (Cf. PDV 42). Es una comunidad educativa

en camino, promovida por el obispo, para ofrecer la posibilidad de revivir la experiencia formativa que el Señor dedicó a los Doce.

El itinerario formativo del seguidor de Jesús hunde sus raíces en la naturaleza dinámica de la persona y en la invitación personal de Jesucristo, que llama a los discípulos por su nombre, y éstos lo siguen porque reconocen su voz. El Señor despertaba las aspiraciones profundas de sus discípulos y los atraía a sí, llenos de asombro. “El seguimiento es el fruto de una fascinación que responde al deseo de la realización humana, al deseo de la vida plena. El discípulo es alguien apasionado por Cristo, a quien reconoce como maestro que lo conduce y acompaña” (DA 277).

El adjetivo “catecumenal” o catecumenado ha venido a ser en los últimos tiempos un símbolo de búsqueda por la renovación y la autenticidad cristiana, que es lo que buscamos aportar a la instancia de formación, un proceso, acción y tarea. Es preciso señalar las razones e intenciones que motivan esta clave de comprensión:

- Catecumenal indica una actitud de fe del formando y por supuesto de los formadores.
- Al usar “en clave de catecumenado” se insiste en el deseo de suscitar, incrementar y reconocer los lazos familiares, amor a Cristo y compasión con el prójimo.
- Queremos resaltar con la clave catecumenado la duración, el tiempo prolongado, la permanencia y continuidad, aunque el tiempo y el espacio de ésta instancia concluya, que disponga a permanecer como una firme convicción en las demás instancias y la formación permanente.
- En clave de catecumenado denota, los principales aspectos a resaltar en el curso introductorio: evangelización, renovación de la fe, sentido de comunidad, vida sacramental, pero ante todo, el encuentro personal con Jesucristo.

3.1 El encuentro apasionado con Jesucristo

Lo fundamental de una persona creyente y más de un seminarista, es lograr concretar su

encuentro personal con Cristo vivo; antes que todo, esto se convierte en la prioridad. El acontecimiento de Cristo es, por lo tanto, el inicio de ese sujeto nuevo que surge en la historia y al que llamamos discípulo: “No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro personal con una persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva” (DA 12). Un encuentro de fe con la persona de Jesús (cf. Jn 1, 35-39). Presentamos los lugares que ayudan a concretar el encuentro personal con Jesucristo.

3.2 Lugares de encuentro con Jesucristo

Cencini (2007), aclara que no existe sólo un proyecto que se refiere de manera genérica a Cristo, sino que más bien, es un proyecto de integración. Quien lleva a cabo dicha integración es el corazón como el centro vital, ya que está presente en todas partes; hay corazón y pasión en los ideales. Cencini toma como ejemplo de dicha integración a san Pablo que por su parte habla claramente de este proyecto, cuando dice de “*recapitular todas las cosas en Cristo, las de los cielos y las de la tierra*” (Ef 1,10), y ¿qué es recapitular sino una manera distinta de expresar la idea de la integración? Cristo es el centro de unidad, de inteligibilidad y de síntesis de este libro con tantos capítulos que es la Biblia. La plenitud de la divinidad, cierto, pero de una divinidad que asume cada vez más “*todas las cosas, por la sangre de su cruz*” (Col 1,20), la vida entera.

a) Nuestra Santa Madre Iglesia Existe una pregunta trascendental, ¿Cómo o a través de qué concretará el formando el encuentro con Cristo resucitado? Los lugares de encuentro con Jesucristo: el encuentro con Cristo, gracias a la acción invisible del Espíritu Santo, se realiza en la fe recibida y vivida en la Iglesia. Con las palabras del papa Benedicto XVI: ¡La Iglesia es nuestra casa! ¡En la Iglesia Católica tenemos todo lo que es bueno, todo lo que es motivo de seguridad y de consuelo! ¡Quien acepta a Cristo: Camino, Verdad y Vida, en su totalidad, tiene garantizada la paz y la felicidad, en esta y en la otra vida! (DA 246). Iglesia madre y maestra.

b) La Sagrada Escritura Es otro lugar de encuentro con Jesús leída en la Iglesia. La Sagrada Escritura, “Palabra de Dios escrita por inspiración del Espíritu Santo”, (DV 9), es con la Tradición, fuente de vida para la Iglesia y alma de su acción evangelizadora, la siguiente afirmación es fundamental: “desconocer la Escritura es desconocer a Jesucristo y renunciar a anunciarlo” (DA 247). Es pues necesario proponer a los fieles y a los que están en formación

inicial la Palabra de Dios como don del Padre para el encuentro con Jesucristo vivo, camino de “auténtica conversión y de renovada comunión y solidaridad” (DA 248).

c) Lectio Divina. Es otra de las formas de acercarse a la Sagrada Escritura, existe una que es privilegiada y a la cual todos estamos invitados: la *Lectio Divina* o ejercicio de lectura orante de la Sagrada Escritura, sus cuatro momentos (lectura, meditación, oración, contemplación), lectura orante que favorece el encuentro personal con Jesucristo (DA 249).

d) La Sagrada Eucaristía es el lugar privilegiado del encuentro del discípulo con Jesucristo. Con este Sacramento, Jesús nos atrae hacia sí y nos hace entrar en el dinamismo hacia Dios y hacia el prójimo. Hay un estrecho vínculo entre las tres dimensiones de la vocación cristiana: creer, celebrar y vivir el misterio de Jesucristo, de tal modo que la existencia cristiana adquiera verdaderamente una forma eucarística, de modo que toda su vida sea cada vez más vida Eucarística. La Eucaristía fuente inagotable de la vocación cristiana, es fuente inextinguible del impulso misionero (Cf. DA 251). Se entiende, la gran importancia del precepto dominical, del “vivir según el domingo”, como una necesidad interior del creyente, de la familia cristiana, de la comunidad parroquial (Cf. DA 252).

e) Sagrada Liturgia Encontramos a Jesucristo, de modo admirable, al vivirla, celebrando el misterio pascual, los discípulos de Cristo penetran más en los misterios del Reino y expresan de modo sacramental su vocación de discípulos y misioneros. La constitución sobre la Sagrada Liturgia del Vaticano II (Cf. SC 7), nos muestra el lugar y la función de la liturgia en el seguimiento de Cristo. (Cf. DA 250).

f) El Sacramento de la Reconciliación El hecho de que el formando se acerque frecuentemente a experimentar la misericordia de Dios, le permita ir configurando su corazón con el de Pastor Bueno y posteriormente en el ministerio, experimente el autocuidado de él y de sus fieles encomendados. Aparecida dice acerca de la reconciliación como sacramento que:

es el lugar donde el pecador experimenta de manera singular el encuentro con Jesucristo, quien se compadece de nosotros y nos da el don de su perdón misericordioso, nos hace

sentir que el amor es más fuerte que el pecado cometido, nos libera de cuanto nos impide permanecer en su amor, y nos devuelve la alegría y el entusiasmo de anunciarlo a los demás con corazón abierto y generoso (DA 254).

g) La oración personal y comunitaria A través del coloquio de la oración la persona puede lograr que Dios habite no sólo en templo, también entrañablemente en nuestro corazón. Fernández, J. (2012, 164), Cuidar el corazón en un mundo descorazonado. La oración es:

el lugar donde el discípulo, alimentado por la palabra y la Eucaristía, cultiva una relación de profunda amistad con Jesucristo y procura asumir la voluntad del Padre. La oración diaria es un signo del primado de la gracia en el itinerario del discípulo misionero. Por eso, es necesario aprender a orar, volviendo siempre de nuevo a aprender este arte de los labios del maestro (DA 255).

h) En la Caridad con los demás y especialmente con los más necesitados, los pobres. “Jesús está presente en medio de una comunidad viva en la fe y en el amor fraterno. Allí Él cumple su promesa: “*Donde están dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos*” (Mt 18, 20), (DA 256). Todo el proceso formativo, en el ambiente del Seminario y la pedagogía formativa deberán cuidar un clima de sana libertad y de responsabilidad personal, evitando crear ambientes artificiales o itinerarios impuestos. La opción del formando por la vida y ministerio ordenado debe madurar y apoyarse en motivaciones verdaderas y auténticas, libres y personales. A ello se orienta la disciplina en las casas de formación. A través de la Caridad y del amor fraterno se puede encontrar a Dios.

4. Elementos de trabajo y frutos del Curso Introductorio en clave catecumenal

Lo que distingue al Período Propedéutico del curso introductorio o del tirocinio espiritual, previstos respectivamente en los números 14 y 12 del decreto *Optatam totius*, son sus objetivos y, sobre todo, su carácter previo al seminario mayor. Esta etapa formativa fue propuesta por primera vez oficialmente por la Congregación para la Educación Católica en 1980 con la “Carta circular sobre algunos aspectos más urgentes de la formación espiritual en los Seminarios”.

Es entendido como un período prolongado de discernimiento vocacional, de maduración en la vida espiritual y comunitaria, y también de una eventual recuperación de la preparación cultural en vista de la filosofía y de la teología”. (Cf. Congregación para la Educación Católica, 1998). La finalidad declarada de este "período de propedéutica" era garantizar a quien entraba en el seminario una profunda iniciación espiritual. Efectivamente, así se lee en la parte conclusiva de la carta: "La experiencia ha demostrado que un período de preparación al seminario, consagrado exclusivamente a la formación espiritual, no sólo no es superfluo sino que puede aportar unos resultados verdaderamente sorprendentes... Sería ventajoso que esta preparación se hiciera en un lugar distinto del seminario mismo y que se prolongara durante un cierto tiempo.

Se conseguiría así, desde el principio, lo que difícilmente, quizá, se pretende conseguir durante los años de seminario, en los que el trabajo intelectual ocupa la mayor parte del tiempo y no se dispone del sosiego y la libertad de espíritu necesarios para una verdadera iniciación espiritual”. Solicitud análoga a la de la vida espiritual fue advertida después, paso a paso, en relación con otros aspectos fundamentales de la formación, los cuales presentaban aquí y allá no pocos problemas (Cf. Congregación para la Educación Católica, 1998).

De esta forma, el curso introductorio, comienza a afirmar la centralidad de Jesucristo en la formación. Jesús, el Maestro que formó personalmente a sus apóstoles y discípulos nos da el método para ello: “*Vengan y vean*” (Jn 1, 39), “*Yo Soy el Camino, la Verdad y la Vida* (Jn 14, 6). Aparecida nos deja entrever que se debe llevar una vida discipular:

apasionada por Jesús-camino al Padre misericordioso, por lo mismo, de carácter profundamente místico y comunitario. Está llamada a ser una vida misionera, apasionada por el anuncio de Jesús-verdad del Padre, por lo mismo, radicalmente profética, capaz de mostrar a la luz de Cristo las sombras del mundo actual y los senderos de vida nueva, para lo que se requiere un profetismo que aspire hasta la entrega de la vida, en continuidad con la tradición de santidad y martirio de tantas y tantos consagrados a lo largo de la historia del Continente. Y al servicio del mundo, apasionada por Jesús-vida del Padre, que se hace

presente en los más pequeños y en los últimos a quienes sirve desde el propio carisma y espiritualidad (DA 220)

La formación inicial, particularmente el curso introductorio, es un tiempo y espacio para cultivar las relaciones. Pagani, S. (2011), habla de 4 aspectos fundamentales, los cuales queremos aplicar en la propuesta formativa del curso introductorio como frutos y a la vez como elementos de trabajo en clave catecumenal: el cuidado de la fe, el primado de la gracia, la unificación de la persona y la vida comunitaria.

a) El cuidado de la fe Podrían preguntarnos: ¿Cuál es el principio unificador del curso introductorio? La respuesta contundente es, educar en la fe, la que se configura con una particular experiencia de vida común. Todo esto trae como consecuencia, el crecimiento de la persona en la libertad. Esta es una convicción que se madura en la experiencia de comunidad. Ya desde la familia comienza la maduración humana y cristiana del formando que ahora que llega al espacio y tiempo privilegiado que es el curso introductorio, cuidará con más ahínco su fe.

b) El primado de la Gracia La experiencia de formación inicial en su instancia de curso introductorio ha de ser “narrar la alegría de la vida”. En la vida como en la formación presbiteral ha de tenerse presente la primacía de la Gracia. Es cierto, que el cimiento de la formación es la dimensión humana en un itinerario de maduración psíquica y relacional. Pero hay que agregarle a través de la gracia, una auténtica experiencia espiritual. El curso introductorio se constituye en escuela de arte, para esculpir, recordar y vivir la gracia de Dios, mediante el don del bautismo. Buscando claramente el encuentro personal con Jesucristo, resulta un formando apasionado dispuesto a vivir la aventura de la formación en la comunidad y en la Iglesia.

El curso introductorio se propone favorecer la integración progresiva de fe y vida, a través del encuentro con la persona de Cristo; el curso introductorio es un instrumento pedagógico cualificado que favorece dicho encuentro, a través de experiencias, actividades y la convivencia fraternal. No basta una catequesis verbal o una propuesta racional de la fe, el encuentro con Cristo es a través de una relación humana vivificante, que al principio aparece como una oferta formativa pero después se mira como una gracia que viene de lo alto e ilumina el corazón. La

experiencia inicial del curso introductorio suscita una forma nueva de pertenencia vital y entusiasmo del formando al descubrir la persona de Jesús, se dispone con generosidad en la formación a concretar la pasión por Jesucristo, ya que la pasión es obra de integral y eficaz formación. (Cardona, N. 2012 p. 202).

La persona de Jesús conduce a una nueva forma de discipulado, una forma apasionante donde el formando encuentra a Jesús en su misterio; más es necesario un contexto donde poder formarlo, es pues el curso introductorio un espacio y tiempo privilegiado donde se propicia una experiencia comunitaria a la luz de la palabra de Dios. Para lograrlo, es necesaria una pedagogía de la vida espiritual. La espiritualidad ha de encarnarse, hacerse viva, real y entusiasta por encontrar a Jesús y a los hermanos en la comunidad del curso introductorio y es necesario que el progreso sea medible y preciso, que el formador se interese, sea cordial, espiritual y paciente. El curso introductorio es el tiempo en donde hay que aprender a vivir en comunidad, es un espacio para reforzar la vida comunitaria, tiempo para abrirse enteramente a la fraternidad comunitaria; cuando la vida fraterna permea en conciencia de la persona, suscita el deseo de realizar signos y poner el presupuesto de una pedagogía de la fe. (Cf. Pagani, 2011).

c) La unificación de la persona El curso introductorio pretende la búsqueda de la identidad de la persona que está en formación; ya mencionábamos que el punto de partida en la formación es el don de la gracia, que nos permite observar que es un campo precioso para el desarrollo personal, donde el seminarista encuentra su identidad individual para el futuro, inicia una educación a partir de estas constataciones: La presencia de un contexto social descentrado y plural, un proceso de integración con la sociedad adulta, la presencia de una identidad joven.

Hoy la configuración de la propia identidad es muy clara; se da mediante un proceso de integración con todo lo referente a la persona, a las propias fuerzas del sujeto y su capacidad de ser interlocutor. Hoy en día los jóvenes adquieren necesidades pero hay una necesidad mayor, la necesidad de unificar la vida, viviendo con entusiasmo y perseverancia en su ser y quehacer, en su vocación, porque cuando está configurado-integrado lleva a cabo el ejercicio humano es mas fuerte la posibilidad de la vocación que ha sido construida sobre roca. Es fincar la existencia en

torno a Cristo, el curso introductorio es una experiencia, que ofrece una forma duradera y convincente, en donde la persona ha unificado o comenzando a unificar su existencia.

El curso introductorio como una ayuda al discernimiento, porque habitúa e introduce a los criterios de discernimiento, es para acogerse al Señor en el camino vocacional de la vida, que siente la mirada amorosa de Dios en su vida. Sólo con la mirada de la gracia el formando crece en verdadera libertad; el discernimiento vocacional es una acción muy compleja, no se trata sólo de reflexión de un día, representa y significa que es necesario: un testimonio de vida de fe, con momentos particulares de oración ante los momentos de crisis. (Cf. Pagani, 2011).

d) La fecundidad de la vida común La vida comunitaria es una forma de vida fraterna, experiencia de extraordinario valor, que vale la pena y es necesario vivir. La vida fraterna es un estado espiritual constante en la historia de la Iglesia; es cierto que siempre hay formas nuevas de vida comunitaria para permanecer fiel al Evangelio. La vida comunitaria en el curso introductorio es un elemento insustituible en la formación presbiteral; es un fundamento fecundo. Al interno de la comunidad cristiana la vida comunitaria para los jóvenes del curso introductorio es una ocasión pedagógica extraordinaria para la maduración de la propia afectividad; es un tiempo en el cual se comienza a elaborar con inteligencia y armonía un vínculo afectivo que viene a constituirse en una respuesta en el largo camino del amor y del discernimiento vocacional (Cf. Pagani, 2011).

La inteligencia de la fe, a través de la docilidad en el proceso de la formación ayudará al formando a experimentar una ayuda, un nuevo gusto por ver y hacer las cosas. Cuando está presente la inteligencia de la fe, se ve un modo particular en “gustar” de la formación: la belleza de la liturgia, el valor del canto, el don del silencio, la alegría y el gozo por fomentar conversaciones fructuosas, reflexionar sobre su historia en el mundo y su historia en la Iglesia y ser esperanza para las próximas generaciones. La inteligencia de la fe es, descubrirse en la belleza de la Iglesia, la cual en diversas maneras siempre ha cuidado y siempre custodiará el misterio de Cristo. Es menester cultivar la inteligencia de la fe, porque ayuda a afrontar las grandes cuestiones del mundo, como: de nacer y del morir, del amar y del perdón. La inteligencia de la fe ayuda a descubrir la revelación de Dios, el relato del Evangelio de Jesús, es un reto en la formación presbiteral la vida comunitaria porque es un reto y una maravilla y por que la vida

comunitaria alimenta la fe. (Cf. Cencini, A. 2011, p. 32). Algunas conclusiones de la propuesta de Aparecida y de estos cuatro elementos en la instancia formativa de curso introductorio:

- Es posible educar en la fe y cultivar la institución vocacional en los formandos. Es el curso introductorio un *itinerario espiritual* en el que se puede crecer en la fe, porque la fe se da siempre y sólo en la vocación de una persona.
- El curso introductorio es una propuesta educativa humanizante situada en el tiempo y en el espacio de una cultura. En la vida común del curso introductorio, se enfatiza y favorece el enriquecimiento de la libertad mediante la comunión y el Espíritu de Cristo en la vida de gracia.

5. Personas e instituciones comprometidas en la formación de los Presbíteros

En los procesos formativos del presbítero hay personas e instituciones garantes de su bienestar y que deben estar comprometidas en la formación inicial y durante el ministerio y en el presbiterio, personas e instituciones y son: la familia, el obispo, los otros y el presbiterio.

a) La Familia en este itinerario y personas que tienen que ver con la formación, hemos reflexionado a lo largo de la elaboración de la investigación, en el privilegio de personas, estructura y experiencias que tiene la formación presbiteral y lo que quiero resaltar es que todos esos mismos esfuerzos en los que son candidatos a recibir el ministerio ordenado, ese mismo cuidado, y pasión también se haga en la formación de las fieles, en las parroquias y familias.

Las conclusiones de la reunión plenaria de la Pontificia Comisión para América Latina realizada en la Ciudad del Vaticano los días 17-20 de febrero del año 2009, que tuvo como tema: “La Formación Sacerdotal en los Seminarios de América Latina”, subrayaron la importancia de tener presbíteros santos, bien formados integralmente, que sean auténticos testigos de Jesucristo y muestren el camino de la salvación.

El Papa Benedicto XVI, en la audiencia a los participantes de dicha Reunión Plenaria, recordó que hoy más que nunca es preciso que los seminaristas, con recta intención y al margen de cualquier otro interés, aspiren al ministerio ordenado movidos únicamente por la voluntad de ser auténticos discípulos y misioneros de Jesucristo que, en comunión con sus Obispos, lo hagan presente con su ministerio y su testimonio de vida. De igual modo recordó que la experiencia del seminario constituyó para él como también para los Obispos presentes, un tiempo decisivo de discernimiento y de preparación, en el que en diálogo profundo con Cristo se fue fortaleciendo el deseo de configurarse hondamente con Él. Fueron años durante los cuales aprendieron a sentirse en la Iglesia como en su propia casa, acompañados de María, obediente siempre a la voluntad de Dios (Pontificia Comisión para América Latina. 2009).

El Documento de Aparecida afirma:

para la Iglesia Católica, América Latina y el Caribe son de gran importancia por su dinamismo eclesial, por su creatividad y porque el 43% de todos sus feligreses viven ahí; sin embargo, observamos que el crecimiento porcentual de la Iglesia no ha ido a la par con el crecimiento poblacional. En promedio, el aumento del clero, y sobre todo de las religiosas, se aleja cada vez más del crecimiento poblacional en nuestra región (DA 100 a)

La compleja realidad familiar que se vive actualmente en América Latina, afecta directamente a la pastoral vocacional. Se percibe cómo la mayoría de las familias han dejado de educar y transmitir valores a los hijos con la misma eficacia que lo hacían décadas atrás. Incluso los padres que buscan educar diligentemente y cristianamente a sus hijos encuentran, con mayor frecuencia, serios problemas para transmitir la fe y los valores propiamente cristianos. Si no hay familias, no habrá vocaciones, pues éstas nacen y maduran dentro del seno familiar. La familia cristiana es la “Iglesia Doméstica” (LG 11).

Con mayor frecuencia, tenemos candidatos hijos de padres indiferentes, no creyentes o de otras confesiones religiosas. Estos candidatos, en su mayoría, no cuentan con el apoyo debido de sus familiares, sintiéndose incomprendidos. Esta circunstancia, hace de los formandos más vulnerables e inestables en su proceso vocacional. Ante tal realidad, se debe comenzar por

verificar la autenticidad de la vivencia actual de su fe católica, y ayudarle a asumir los valores de su experiencia humana y religiosa para que los integre en su proceso de fe y de seguimiento de Cristo. El ambiente, la influencia, el contexto familiar, sus valores y antivalores son decisivos en el proceso de la formación de los futuros Presbíteros.

b) El Obispo Padre y pastor, sabe que puede contar ante todo con la colaboración de su presbiterio. Todos los presbíteros son solidarios y corresponsables con él en la búsqueda y promoción de las vocaciones presbiterales. En efecto, como afirma el Concilio, “a los presbíteros, en cuanto educadores en la fe, atañe procurar, por sí mismos o por otros, que cada uno de los fieles sea llevado en el Espíritu Santo a cultivar su propia vocación” (PO 6). El obispo con los presbíteros, participan del mismo y único sacerdocio y ministerio de Cristo. Los obispos, por el don del Espíritu Santo que se ha dado a los presbíteros en la Ordenación, los tienen como necesarios colaboradores y consejeros en el ministerio y función de enseñar, de santificar y de apacentar a los fieles de Dios. Por esta comunión en el mismo ministerio, tengan los obispos a los presbíteros como hermanos y amigos, y ocúpense cordialmente, de su bien material y, principalmente, espiritual.

En los obispos, recae principalmente la grave responsabilidad de la santidad de sus presbíteros: tengan, un cuidado exquisito en la continua formación de su presbiterio. Escúchenlos con gusto, consúltenles incluso y dialoguen con ellos sobre las necesidades de la labor pastoral y del bien de la diócesis. Y para que esto sea una realidad, constitúyase de una manera apropiada a las circunstancias y necesidades actuales, con estructura y normas que ha de determinar el derecho, un consejo de presbíteros, representantes del presbiterio, que ayuden eficazmente, con sus consejos, al obispo en el pastoreo de la diócesis (Cf. PO 6).

Los presbíteros, por su parte, considerando la plenitud del Sacramento del Orden de que están investidos los obispos, acaten en ellos la autoridad de Cristo, supremo Pastor. Estén, unidos a su obispo con sincera caridad y obediencia. Esta obediencia presbiteral, ungida de espíritu de cooperación, se funda especialmente en la participación misma del ministerio episcopal que se confiere a los presbíteros por el Sacramento del Orden y por la misión canónica. (PO 7).

En el decreto sobre los deberes pastorales de los Obispos, *Christus Dominus* en el número 16, menciona :

... en el ejercicio de su ministerio de padre y de pastor compórtense los Obispos en medio de los suyos como los que sirven (Lc. 22, 26-27), como pastores buenos que conocen a sus ovejas y son conocidos por ellas; como verdaderos padres, que se distinguen por el espíritu de amor y de preocupación para con todos, y a cuya autoridad, conferida por Dios, todos se someten con gratitud. Congreguen y formen a toda la familia de su grey de modo que todos, conscientes de sus deberes, vivan y obren en la comunión de caridad. Para lograr eficazmente su intento los obispos dispuestos para toda buena obra (2 Tim. 2, 21) y soportándolo todo por amor de los elegidos, ordenen su vida de tal modo que responda a las exigencias de nuestros tiempos. Los obispos abracen siempre con caridad especial a los presbíteros, puesto que reciben parte de sus obligaciones y cuidados, y los realizan celosamente con el trabajo diario, considerándolos siempre como hijos y amigos y, por lo tanto, estén siempre dispuestos a escucharles y, tratando confidencialmente con ellos, se afanen por promover íntegramente la labor pastoral de toda la diócesis. Favorezcan los obispos, las iniciativas y aún organicen reuniones especiales, en que los presbíteros se congreguen algunas veces, así para practicar algunos ejercicios espirituales más prolongados para la renovación de la vida, como para adquirir un conocimiento más profundo de las disciplinas eclesíásticas, ya, sobre todo, de la Sagrada Escritura y de la Teología, ya de las cuestiones sociales de mayor importancia y de los nuevos métodos de acción pastoral. Ayuden con misericordia eficaz a los sacerdotes que estén en cualquier peligro o que en algo hubieran faltado.

c) Los otros y el Presbiterio Contemplar a Dios en los otros, Dios nuestro Padre Bueno, está en el fondo de todo y nuestra tarea como contemplativos consiste en buscar y encontrar su rostro en cada rostro humano, todo nos revela a Dios, todo nos transparenta a Dios, de ahí se desprende el gran respeto que experimentamos por cada ser humano. Porque tenemos un solo Padre, todo hombre es nuestro hermano, toda mujer es nuestra hermana, los otros son mis hermanos y hermanas. (Agudelo, 2012).

Existen funciones de los presbíteros: ministros de la palabra de Dios, ministros de los sacramentos y de la Eucaristía, rectores del pueblo de Dios, pero queremos profundizar por lo propio de nuestro tema sobre: Relación entre obispo, presbíteros y presbiterio. Es compartir, un sueño que puede convertirse realidad: compartir entre los presbíteros, en la vida de Jesús, compartir lo material, lo afectivo, lo espiritual, los traslados, comidas, paseos y la alegría de estar juntos, porque la persona al compartir enriquece el espíritu fraterno (Cf. Cencini, 2011).

Unión y cooperación fraterna los presbíteros, constituidos por el ministerio ordenado, están unidos todos entre sí por la íntima fraternidad sacramental, y forman un presbiterio especial en la diócesis a cuyo servicio se consagran bajo el obispo propio. Porque aunque se entreguen a diversas funciones, desempeñan con todo un solo ministerio sacerdotal. Es de suma trascendencia, que todos los presbíteros, se ayuden mutuamente para ser siempre cooperadores de la verdad. Cada uno está unido con los demás miembros de este presbiterio por vínculos especiales de caridad apostólica, de ministerio y de fraternidad: esto se expresa litúrgicamente ya desde los tiempos antiguos, al ser invitados los presbíteros asistentes a imponer sus manos sobre el nuevo elegido, juntamente con el obispo ordenante, y cuando concelebran la Sagrada Eucaristía unidos cordialmente. (Cf. PO 8).

Los presbíteros que son de edad avanzada reciban a los jóvenes como verdaderos hermanos, ayúdenles en las primeras empresas y labores del ministerio, esfuércense en comprender su mentalidad, aunque difiera de la propia, y miren con benevolencia sus iniciativas. Los jóvenes, respeten la edad y la experiencia de los mayores, pídanles consejo sobre los problemas que se refieren a la cura de las almas y colaboren gustosos. (Cf. PO 8).

Conducidos por el espíritu fraterno, los presbíteros no olviden la hospitalidad, practiquen la beneficencia y la asistencia mutua, preocupándose sobre todo de los que están enfermos, afligidos, demasiado recargados de trabajos, aislados, desterrados de la patria, y de los que se ven perseguidos. Reúnanse también gustosos y alegres para descansar, pensando en aquellas palabras con que el Señor invitaba, lleno de misericordia y compasión a sus apóstoles cansados: "*Venid a un lugar desierto, y descansad un poco*" (Mc. 6, 31), (Cf. PO 8).

A fin de que los presbíteros encuentren mutua ayuda en el cultivo de la vida espiritual e intelectual, puedan cooperar mejor en el ministerio y se libren de los peligros que pueden sobrevenir por la soledad, foméntese alguna especie de vida común o alguna conexión de vida entre ellos, que puede tomar formas variadas, según las diversas necesidades personales o pastorales; por ejemplo, vida en común, donde sea posible; de mesa común, o a lo menos de frecuentes y periódicas reuniones. Doblemente hermanos, por el bautismo y el ministerio ordenado, siéntanse los presbíteros especialmente obligados para con aquellos que se encuentran en alguna dificultad; ayúdenles oportunamente como hermanos y aconséjenles discretamente, si es necesario. Manifiesten siempre caridad fraterna y magnanimidad para con los que fallaron en algo, pidan por ellos instantemente a Dios y muéstrenseles en realidad como hermanos y amigos. (Cf. PO 8).

Unidad y armonía de la vida, los presbíteros, implicados y distraídos en las muchas obligaciones de su ministerio, no pueden pensar sin angustia cómo lograr la unidad de su vida interior con la magnitud de la acción exterior. Esta unidad de la vida no la pueden conseguir ni la ordenación meramente externa de la obra del ministerio, ni la sola práctica de los ejercicios de piedad, por mucho que la ayuden. La pueden organizar, en cambio, los presbíteros, imitando en el cumplimiento de su ministerio el ejemplo de Cristo Señor, cuyo alimento era cumplir la voluntad de Aquel que le envió a completar su obra. (Cf. PO 14). Entre las virtudes principalmente requeridas en el ministerio de los presbíteros, están la humildad y obediencia. El presbítero trabaja con humildad, buscando lo que es grato a Dios, y como encadenado por el Espíritu. Los presbíteros, con esta humildad y esta obediencia responsable y voluntaria, se asemejan a Cristo, sintiendo en sí lo que en Cristo Jesús, que "*se anonadó a sí mismo, tomando la forma de siervo..., hecho obediente hasta la muerte*" (Fil., 2, 7-9). (Cf. PO 15).

Recursos para fomentar la vida espiritual de los presbíteros, gusten los presbíteros cordialmente del coloquio divino con Cristo Señor en la visita y en el culto personal de la Sagrada Eucaristía; practiquen gustosos el retiro espiritual y aprecien mucho la dirección espiritual. De muchas maneras, especialmente por la recomendada oración mental y variadas fórmulas de oraciones. Los presbíteros buscan y piden a Dios el verdadero espíritu de oración con

que ellos mismos, juntamente con los fieles que se les ha confiado, se unen íntimamente con Cristo Mediador del Nuevo Testamento, y así pueden clamar como hijos de adopción: "*Abba, Padre*" (Rom. 8, 15). (Cf. PO 18).

Estudio y ciencia pastoral, los presbíteros, han de vivir y comportarse en su presbiterio, como un hermano entre hermanos, y mostrar que la relación personal no divide, al contrario, une. Reconocer que la alteridad es necesaria para poder vivir relaciones fecundas. Es urgente la superación de las divisiones de presbiterio, de la diócesis. Es necesaria una actitud, que supera el individualismo y busca el nosotros, a través de una genuina experiencia de comunidad hay personas abiertas y es lo que se quiere lograr en la formación presbiteral inicial, particularmente en el curso introductorio. Aspiramos a una comunidad que sea realmente signo: evangelización, diaconía, koinonia y celebración de la vida en la liturgia, comunidad de discípulos misioneros apasionados por Él.

Es fundamental ir disponiendo al formando desde la formación presbiteral inicial particularmente en el curso introductorio, en el compromiso evangelizador y, porque va actuar "in persona Christi" para que vaya haciendo su misma obra e identificándose poco a poco con Él y, porque las grandes obras, actitudes y el ministerio ordenado no se improvisa, compete a la formación presbiteral inicial, particularmente en el curso introductorio dar inicio a dichas actitudes y carismas. (DEVYM, 1977, pp. 61-72).

Conclusiones y pautas pedagógicas

Se entiende por catecumenado instruir de palabra, es un proceso dinámico señalado por etapas, es comunitario y se ha de realizar en comunidad. Proceso educativo, doctrinal y vivencial, compromete la vida entera e implica un cambio radical de costumbres y conducta en correspondencia con el Evangelio, de modo que al terminar el tiempo de la instancia del curso introductorio, haya hechos, actitudes medibles, que puedan evaluar el desempeño y la posible continuidad en otra instancia o detenerse un momento; porque es también parte del proceso formativo y del discernimiento hacer un alto si es necesario.

La formación presbiteral ha de ser progresiva, ésta tiene que ver con el concepto de gradualidad. La formación es un fruto que madura poco a poco, en el esfuerzo diario. La educación de un aspirante al ministerio ordenado ha de tener en cuenta esta gradualidad. Es a través del coloquio personal con Dios y una vida de servicio y compasión en la comunidad, es necesario respetar la naturaleza gradual del crecimiento de la persona, y estar atentos a seguir el ritmo de Dios. La formación progresiva implica también la continuidad, un progreso gradual. El trabajo de formación debe ser perseverante. Al hablar de continuidad no significa pretender que haya siempre un progreso lineal, perfectamente ascendente, no necesariamente. La formación inicial particularmente en el curso introductorio, se concretiza a través de las dimensiones fundamentales de la formación presbiteral (Humana, espiritual, intelectual, pastoral) en ellas han de estar presentes los acentos de la formación: gradual, integral, permanente y actualizada. No hay que pensar exclusivamente en los programas generales establecidos por los directores del seminario sino también el proyecto de vida que el seminarista puede trazar para su formación personal con metas y medios específicos, que le estimulen y guíen en su don y tarea de apasionarse por Jesucristo y vivir con rasgos de compasión.

En clave de catecumenado, tiene que ver también con un proceso. “Antes que ser un lugar, es un ambiente espiritual, un itinerario de vida, una atmósfera que favorezca y asegure el proceso formativo” (PDV 42). Catecumenado porque está a la vanguardia en la formación presbiteral inicial particularmente en el curso introductorio. Podemos afirmar que la instancia del curso introductorio es en clave catecumenal porque está dedicado a la preparación humana, espiritual, intelectual y por supuesto pastoral de los aspirantes al seminario mayor, como fue favorecido por el n. 62 de la *Pastores Dabo Vobis*, es considerado hoy casi en todas partes como efectivamente útil y, como “*conditio sine qua non*” para la fundamentación de la formación presbiteral. En este período, han de poner cuidado tanto formadores como formandos de no caer y repetir los reduccionismos de la formación: espiritualismo, voluntarismo, pietismo, liturgismo psicologismo.

Es necesario en la formación presbiteral particularmente en el curso introductorio, un *aggiornamento*, volver a las fuentes, volver a la pasión primera del creyente y formando,

Jesucristo, esta es la misión evangelizadora que tiene el curso introductorio. (Congregación para la Educación Católica, 1998). El espacio y tiempo privilegiado que es el curso introductorio fomenta a tiempo y destiempo el encuentro personal con la persona de Jesucristo. El curso introductorio en clave catecumenal tiene en cuenta precisamente los lugares específicos para ese encuentro vital: Hablamos de nuestra santa madre Iglesia que es la comunidad de bautizados casa y manantial de las vocaciones. La Sagrada Escritura y la Lectio Divina como el lugar y el método para descubrir a Dios en su Palabra. La Eucaristía como el alimento espiritual que alimenta la vocación. La liturgia como comprensión vivencial del misterio de Dios. El sacramento de la reconciliación que permite reconocer en la propia vida la misericordia de Dios. La oración personal y comunitaria que construye la comunidad y, en la caridad con los demás expresar el servicio, el amor y la entrega. Bajo estas consideraciones se trabaja y se da fruto en particular al cuidado de la fe, el primado de la gracia, la unificación de la persona y la fecundidad de la vida común.

Respecto de los responsables de la formación podemos afirmar que, en el curso introductorio entre sus muchas exigencias, resalta el testimonio activo y el anuncio explícito del Evangelio de parte de los formadores. Tenga pasión el formador del curso introductorio por el conocimiento de Dios y de las cosas de Dios (Cf. Boff, 1999, pp.77-96) y así ponga las bases de una auténtica formación. Tengan los formadores elementos para el discernimiento de la vocación al ministerio ordenado, así como entrevistas previas con el aspirante, antes de que ingrese al curso introductorio, para presentar él y su familia las exigencias y bondades propias de la formación presbiteral inicial, así como pedir el apoyo y la corresponsabilidad con el joven inquieto por la vocación presbiteral. (DEVYM, 1998, pp. 185-216). El Obispo fomenta en su diócesis y presbiterio una cultura en la formación tanto inicial como permanente. Es fundamental para la Iglesia, diócesis, seminario y particularmente, para el curso introductorio, un Obispo en primer lugar creíble y auténtico pastor.

Esta experiencia de curso introductorio, les permite, inyectar el impulso por una nueva evangelización, una familiaridad con Dios, fraternidad de los discípulos misioneros, los cuales construyen sobre la roca que es Jesús y perseveran en el amor y fidelidad. Así como el inicio, en una cultura de cuidado del hermano y autocuidado de su persona. Y los dispone a la formación

permanente. “No tengan miedo jóvenes de entregar su vida a Jesucristo” porque hay personas e instituciones comprometidas en la formación de los presbíteros: familia, obispo, los otros, el presbiterio. Podemos concluir diciendo que el curso introductorio en clave catecumenal no pretende simplemente transmitir conocimientos, sino, sobre todo, llevar al formando a unir su vida con pasión a Jesucristo y experimentar compasión por el prójimo. El curso introductorio en clave catecumenal pide iniciar en el proceso del seguimiento de Jesucristo para que el formando pase de la emoción, sentimiento y llega a la pasión por Jesucristo. Significa, pasar de la improvisación a los itinerarios, pide estar más atentos a los procesos de las personas en formación que a los programas. La clave catecumenal, dinamiza realmente los procesos y objetivos de formación presbiteral, de tal manera que se descubre, una relación más coherente en el desarrollo del formando, porque inspira un auténtico camino de conversión, maduración en la fe, de crecimiento humano y espiritual, no solo en su crecimiento personal sino en el crecimiento y fortalecimiento de la adhesión y pasión con Jesús que indefectiblemente le conduce a una generosa, compasiva y total entrega de servicio a los hermanos en la Iglesia.

CONCLUSIÓN

Concluimos afirmando, que hoy más que nunca, necesitamos estar apasionados por Jesucristo, sea cual sea la vocación específica dentro del abanico de posibilidades, pero con mayor razón los que quieren ser y se preparan para el ministerio ordenado, han de ser apasionados auténticamente por Él. Los presbíteros, que “por la fe, han consagrado su vida a Cristo, dejando todo para vivir en la sencillez evangélica, la obediencia, la pobreza y castidad, signos concretos de la espera del Señor, que no tarda en llegar” (Porta Fidei 13). De esta manera se puede iniciar y potenciar la pasión por Jesucristo, Camino, Verdad y Vida.

Partiendo de una realidad que nos interpela, vemos que algunas personas hoy día, no han logrado el encuentro personal con Jesucristo y es por ello que nuestra investigación: pasión por Jesucristo clave de renovación en la formación presbiteral inicial particularmente en el curso introductorio a la luz de Aparecida, con la novedad, originalidad propia de la quinta Conferencia del Episcopado Latinoamericano y del Caribe, pretendemos iluminar con convicción y esperanza a través de una propuesta creíble que suscite el gusto y docibilidad en la formación presbiteral, así como lograr discípulos misioneros apasionados de Jesucristo, con el talante de ser personas “Buen pastor” con la solvencia de la compasión con sus hermanos y hermanas, para que en Él las personas, instituciones, seminario tengan vida plena.

La diversidad de los contextos de donde vienen los jóvenes es una riqueza que beneficia el tiempo y espacio del curso introductorio; por ende, el formando debe disponerse con docibilidad a su formación inicial y proyectarla a la formación permanente. Es una necesidad la renovación de la formación presbiteral particularmente en el curso introductorio; hay que llegar a que los formandos se apasionen de Jesucristo en cuanto que es Camino, Verdad y Vida. Brindar al joven postmoderno un acompañamiento inicial desde una visión renovadora de la Iglesia. Acompañar al ser “incompleto” que vive y lucha por completarse. Tener en cuenta en la formación la dimensión de la “gracia de Dios” y el reto y maravilla que es vivir en comunidad. El curso introductorio ha de propiciar el encuentro consigo mismo, con Jesucristo y con los demás.

Constatamos que el curso introductorio ha ido madurando en la reflexión de la Iglesia. El magisterio con recto juicio y orientación pastoral ha prestado un invaluable servicio en el campo de la formación presbiteral, pero se requiere todavía una mayor profundización en su identidad y con mejor aprovechamiento de los alcances y posibilidades. Es un desafío y tarea para todos, es por ello, que proponemos acciones concretas para iniciar y potenciar la **pasión** por Jesucristo y la **compasión** con los hermanos y hermanas para que en Él todos tengamos vida plena, y vivir con el dinamismo de discípulos misioneros anunciando el Evangelio. Urge una cultura de formación inicial, preparando a los formandos para que lleguen a ser doblemente hermanos, por el bautismo y por el ministerio ordenado. Es de vital importancia, el acompañamiento cercano y constante del formador, que sobresale por su testimonio activo y el anuncio explícito del Evangelio. Esto implica, formadores que animan con su testimonio contagioso y es atractivo para la vida de fe. Tenga pasión el formador del curso introductorio por el conocimiento de Dios y de las cosas de Dios así, los formadores pongan las bases de una auténtica formación. Los formadores han de estar atentos al acompañamiento de los formandos, escuchándolos y así buscar y concretar el encuentro personal con Jesucristo. Ser conscientes formadores, de la necesidad que tiene los seminaristas de la instancia del curso introductorio, de interiorizar en su mente y en su corazón, lo que significa ser discípulo y misionero de Jesucristo, sin violentar los procesos formativos respetando la unicidad de la vocación.

Las líneas de acción que ponen novedad y acento a nuestra investigación, es la **pasión por Jesucristo**, que consideramos clave de renovación en la vida de toda persona. La pasión es impulsora y garante de una respuesta vocacional, esto es lo que pretendemos de modo especial en la formación presbiteral inicial particularmente en el curso introductorio. Al presentarle la persona de Jesucristo al joven postmoderno, se logra desentrañar una **pasión** desbordante que le conduce a través de la **compasión** a seguir formándose con docilidad y, para posteriormente con la dinamicidad propia del discípulo misionero anunciar el Evangelio. ¡Y por supuesto que vale la pena seguir al Señor Jesús!, nuestra vida y proyectos son signos de que apostamos todo por Él, por eso, estamos reflexionando y buscando acrecentar a tiempo y destiempo, la pasión. Como lo expresa San Agustín padre y doctor de la Iglesia: “Señor, nos hiciste para Ti y nuestro corazón está inquieto y sin sosiego, mientras no descansa en Ti”. (*Confesiones*, Capítulo 1).

REFERENCIA BIBLIOGRÁFICAS

- Agudelo, M. (2012). *Cómo crecer en la oración*. Bogotá: Paulinas.
- Agustín de Hipona, Santo. (1995). *Confesiones*. Madrid: BAC.
- Álvarez de los Mozos, P. (2007). Crecer en madurez en la vida religiosa. *Sal Terrae*, 95-8 (1.115). 665-676
- Baudaelaire, C. (1964). *The painter of modern life and other essays*. Oxford: Phaidon.
- Benedicto XVI, Papa. (2006). Carta Encíclica Deus Caritas Est. Dios es Amor. Bogotá: San Pablo.
- Benedicto XVI. (2011). *Carta apostólica en forma de motu proprio Porta Fidei*. Recuperado de http://www.vatican.va/holy_father/benedict_xvi/motu_proprio/documents/hf_ben-xvi_motu-proprio_20111011_porta-fidei_sp.html
- Benlloch A & Ruoco, Antonio. (1993). *Código de Derecho Canónico*. Valencia: Edicep.
- Biblia de Jerusalén. (1966). Bilbao: Desclée de Brouwer.
- Boff, C. (1999). Consejos a un joven teólogo. *Perspectiva Teológica*, (31), 77-96.
- Borobio, D. (1980). *Proyecto de iniciación cristiana*. Bilbao: Desclée de Brouwer.
- _____. (1983). Catecumenado. En Floristán, C y Tamayo, J (dirs). *Conceptos fundamentales de pastoral*, (pp.99-120). Madrid: Cristiandad.
- Bover, J. – Callaghan, J. – Martini, C. (1977). *Nuevo testamento trilingüe*. Madrid: BAC.
- Campos, J. (1996). Época de cambios o cambio de época? *Revista Javeriana*. 64, 127 (630), 397-401

Cardona, N. (2012). *Formar el deseo y en el deseo. Reto de la formación sacerdotal en la postmodernidad*. Bogotá: SE. (Trabajo de grado para obtener el título de Doctor en Teología) Universidad Pontificia Bolivariana, UPB; Instituto Teológico Pastoral para América Latina, ITEPAL. Bogotá. Co.

Castillo, J. (2005). *La ética de Cristo*. Bilbao: Desclée de Brouwer.

Cataño, C. (2002). *La familia como primero y mejor seminario. Búsqueda de una fundamentación bíblico-teológica y magisterial*. Bogotá: SE. (Trabajo de grado para obtener el título de Licenciado Canónico en Teología con énfasis en Formación Sacerdotal) Universidad Pontificia Bolivariana, UPB; Instituto Teológico Pastoral para América Latina, ITEPAL. Bogotá. Colombia.

Cencini, A. (2002). *La formación permanente*. Madrid: San Pablo.

_____. (2007). *El Árbol de la Vida. Hacia un modelo de formación inicial y permanente*. Bogotá: San Pablo.

_____. (2007). *Por Amor con Amor en el Amor*. Salamanca: Sígueme.

_____. (2011). *La vida en comunidad. Formación continua de la mente creyente*. Salamanca: Sígueme.

Consejo Episcopal Latinoamericano, CELAM. Dpto. de Vocaciones y Ministerios, DEVYM. (1977). *Formación sacerdotal permanente*. Bogotá: Celam.

_____. (1989). *Avanza la formación permanente?* Bogotá: Celam.

_____. (1993). *Pastores Dado Vobis. Aplicación para América Latina*. Bogotá: CELAM

_____. (2003). *Formación permanente del presbítero joven. Aportes del DEVYM para acompañar al presbítero joven en su formación permanente. Boletín OSLAM*. (42) 28-36

_____. (2003). *Reaviva el Don de Dios! La Formación Permanente de los Presbíteros en América Latina y el Caribe*. Bogotá: CELAM.

Consejo Episcopal Latinoamericano, CELAM. (2007). V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano. Documento Conclusivo. (2a ed.). México: Ediciones CEM.

Concilio Vaticano II. (2006). *Documentos Completos*. Bogotá: San Pablo.

Conferencia del Episcopado Mexicano. CEM. (1998). *Ordenamiento básico de los estudios para la formación presbiteral en México*. México: CEM

Congregación del Clero. (1998). *Elementos de un Curso Introductorio para la formación presbiteral*. Bogotá: Celam.

Córdova, M. (2000). Modernidad, cultura y devenir en el mundo actual. En Zeraoui, Z (Comp). *Modernidad y Posmodernidad. La Crisis de los Paradigmas y Valores*. (pp.135-160). México: Noriega

Denzinger, E & Hunermann, P. (1999). *El Magisterio de la Iglesia*. Barcelona: Herder.

Eudistas (1990) *Directorio de los seminarios, perfil Eudista de la formación*. sc

Farmer, W. -Levoratti, A. -Mcevenue, S. -Dungan, D. (1999), *Comentario Bíblico Latinoamericano del Nuevo Testamento*. Pamplona: Verbo Divino.

Fernández, J. (2012). *Cuidar el corazón en un mundo descorazonado*. España: Sal Terrae.

Ferrater, J. (2002). *Diccionario de filosofía*. Barcelona: Ariel.

Flores, L. (2012). *La formación permanente del presbítero en una cultura híbrida: Contextualización, resignificación y pedagogía. una propuesta desde América Latina*. Bogotá: SE. (Trabajo de grado para obtener el título de Licenciado Canónico en Teología Pastoral) Universidad Pontificia Bolivariana, UPB; Instituto Teológico Pastoral para América Latina, ITEPAL. Bogotá, Colombia.

Gallino, L. (2008). *Diccionario de Sociología*. México: Siglo Veintiuno

García, A. (2007). Elementos de antropología teológica. Salvacao Crista: Salvos de quê e para quê? Petrópolis: Vozes.

García, A. (2011). *Unidade na pluralidade*. Sao Paulo: Paulus.

García, R. (1996). O novo paradigma civilizatório e o conceito cristão de pessoa. *Revista Eclesiástica Brasileira*, 56 (222), 275-307.

García Zamora, r. (2008). *La formación intelectual de los futuros presbíteros. Elementos para responder a las exigencias de un mundo postmoderno y globalizado*. Bogotá: SE. (Trabajo de grado para obtener el título de Licenciado Canónico en Teología con énfasis en Formación Sacerdotal) Universidad Pontificia Bolivariana, UPB; Instituto Teológico Pastoral para América Latina, ITEPAL. Bogotá, Colombia.

González-Carvajal, L. (1992). *Ideas y creencias del hombre actual*. Santander: Sal Terrae.

Jencks, C. (1977). *The language of postmodern architecture*. Nueva York: Rizzoli

Juan Pablo II. (1992). *Pastores Dabo Vobis, sobre la Formación de los Sacerdotes en la Situación Actual*. Bogotá: Paulinas.

Larrain J. (1996). *Modernidad, Razón e identidad en América Latina*. Santiago de Chile: Andrés Bello.

Lavaniegos, E. (2009). *Los itinerarios formativos*. México: Servicio de animación vocacional.

Lavaniegos, E. Barrón, R, & Martínez, J (2012). Los itinerarios formativos en el seminario diocesano. Directorio para la formación sacerdotal. México: Servicios de Animación Vocacional.

Levoratti, A. Mcevenue, S y Dungan, D. (1999). *Comentario Bíblico Internacional. Comentario Católico y Ecuménico para el Siglo XXI*. Navarra: Verbo Divino.

Levoratti, A. -Tamez, E. -Richard, P. (2003). *Comentario Bíblico Latinoamericano del Nuevo Testamento*. Navarra: Verbo Divino.

- López, H. (2011). *Sacerdocio & Burnout. El desgaste en la vida sacerdotal*. Bogotá: Paulinas.
- Mardones, J. (1998). *Posmodernidad y cristianismo*. Santander: Sal Terrae.
- Macchi, L. (1941). *Diccionario de la Lengua Latina: Latino-Español, Español-Latino*. Rosario: Apis.
- Melguizo, G. (2002). Integralidad y continuidad de la formación inicial y permanente del ministro ordenado. *Medellín* 28 (109), 5-20
- Pablo VI (1963). *Summi Dei Verbum*. A los cuatrocientos años de la constitución de los Seminarios por el Concilio de Trento (pp. 183-203). En Esquerda, Juan et al. *El Sacerdocio Hoy. Documentos del Magisterio Eclesiástico*. Madrid: Edica.
- Pabón, J. (2009). *Diccionario Manual: Griego clásico-español*. España: Vox
- Paoli, A. (1976). *El Rostro de tu Hermano*. Bogotá: Paulinas.
- Pagani, S. (2011). Promozione dei seminari nel contesto della pastorale integrale. *Seminarium*, 51 (3), 679-693.
- Pagola, J. (2012). *El camino abierto por Jesús, Amor compasivo*, Lucas 10, 25-37. Bogotá: PPC.
- Patrón, J. (2009). Informe General sobre las reflexiones y conclusiones de la asamblea conmemorativa de los 50 años de la OSLAM. En Pontificia Comisión para América Latina. *La formación sacerdotal en los seminarios de América Latina* (pp.109-126). Città del Vaticano: Editrice Vaticana.
- Pikaza, X. (2007). *Diccionario de la Biblia: Historia y Palabra*. España: Verbo Divino.
- Pontificia Comisión para América Latina. (2009). *La formación sacerdotal en los seminarios de América Latina*. Vaticano: Editrice Vaticana.
- Prada, J. (2007). *Psicología y formación. Principios utilizados en la formación para el sacerdocio y la vida consagrada*. Bogotá: San Pablo.

- Ranher, K. (1983). *Amar a Jesús, amar al hermano*. Santander: Sal Terrae
- Sagrada Congregación para la Doctrina de la Fe. (1995). *Directorio para el Ministerio y la Vida de los Presbíteros*. (2a ed.). México: Buena Prensa.
- Sagrada Congregación para la Educación Católica. (1970). *Ratio Fundamental Institutionis Sacerdotalis. Normas básicas de la Formación Sacerdotal*. Roma: Vaticana.
- _____. (1980). *Carta Circular sobre algunos aspectos más urgentes de la formación espiritual en los Seminarios*. Roma: Editrice Vaticana.
- _____. (1992). *Catecismo de la Iglesia católica*. México: Ediciones CEM.
- Sala, L & Martin, F. (1966). *La formación Sacerdotal en la Iglesia*. Barcelona: Juan Flors.
- Silveira, J. & Borges, R. (2010). Pela parábola do bom samaritano uma ética global. *Theologica Xaveriana*, 60/2 (170), 519-542
- Schöekel, L. (1996). *Biblia del Peregrino*. Navarra: Verbo Divino.
- Telesca, L. (2011). Il Seminario Minore nell' "Ordinamento dei Seminari" da Pio X (1903-1914) a Pio XII (1939-1958). *Nova Series* 51 (3), 557-600.
- Treviño, P. (2000). *Modernidad y Posmodernidad la crisis de los paradigmas y valores*. México: Limusa.
- Vattimo, G. (1986). *El fin de la modernidad*. Barcelona: Paidós Ibérica.
- Weber, M. (1983). *Introducción a ensayos sobre sociología de la religión*. Madrid: Taurus.
- Zidane, Z. (2000). *Modernidad y Posmodernidad, crisis de los paradigmas y valores*. México: Limusa.

ANEXOS

Estadísticas de Seminaristas y presbíteros de América Latina, México y la Diócesis de Zamora Michoacán.

Nota: Tengamos en cuenta que al hablar de estadísticas, primero que todo estamos haciendo referencia a personas, seres humanos con gozos y esperanzas, con alegría y tristezas. A través de las estadísticas, se ve una idea que va de lo general a lo particular. A nivel general, vemos en 23 países de América latina, después México y concluimos con datos de del presbiterio y de la diócesis de Zamora Michoacán, datos que nos ayudan a incentivar, y reforzar la pasión en los procesos de formación tanto inicial como permanente.

Es real y objetivo, que las vocaciones a la vida consagrada y el ministerio ordenado, aproximadamente, desde hace unos quince años vienen a la baja, según los datos que arrojan las encuestas; en algunos casos, el número de las vocaciones es de por mitad a las comparaciones de algunos años. Influyen todos los elementos que detenidamente mencionamos en el recorrido de la modernidad y postmodernidad, también existe la esperanza que habrá candidatos, jóvenes apasionados, para abrazar estas vocaciones específicas. La dignidad y la igualdad de las vocaciones, es un tema en el cual se debe insistir y profundizar.

El método que debemos seguir es el preventivo, no esperarnos hasta que por nuestra falta de promoción vocacional, testimonio de vida y la oración, ocasionen que no haya candidatos a la vida consagrada y al ministerio ordenado; la tarea es iniciar desde ya, y todos siendo y sintiéndonos promotores vocacionales, trabajar por convocar sobre todo con el testimonio alegre de vida, dejando ver con la vida más que con las palabras, que, ¡claro que vale la pena ser consagrado, ser presbítero!

Es cierto que a América Latina se le tilda, de continente de la esperanza, pero parece que lo hemos tomado como un halago, ocasionando una pasividad que a la larga resulte negativa. En nuestra realidad ya hay grandes retos que afrontar y que nos interpelan, piden de nosotros respuestas y sobre todo, piden acciones urgentes, por ejemplo, en el tema de la formación presbiteral particularmente en la inicial, apasionarnos de Jesucristo. Esto implica, dejar las estructuras caducas. De este modo, nuestro continente caracterizado por la diversidad y riqueza natural, también se caracterice por Pasión por Jesucristo.

Los números nos llaman la atención, queremos saber cifras, a través de ellos nos damos cuenta, que detrás de la disminución de los números, se presenta una indiferencia por las cosas de Dios; debemos atender la semilla de la vocación que Dios ha sembrado en los jóvenes. Presentarles de modo atractivo el encuentro con Jesucristo vivo para que experimenten pasión por Él y lo lleven con generosidad a una vocación específica y como discípulos misioneros las personas en Él tengan vida.

Anexo # 1. Encuesta: ¿Qué apasiona al seminarista del seminario menor, curso introductorio y seminario mayor?

<u>Seminaristas.</u>		
<u>Seminario menor.</u>	<u>Seminaristas del curso introductorio.</u>	<u>Seminario mayor.</u>
*69 seminaristas *Adolescentes de 14 años en adelante. *Los acompañan 4 presbíteros formadores *Quieren ser personas de bien. *Quieren saber si Dios los llama a ser presbíteros *Tienen una inquietud vocacional. *Buscar respuestas sobre que van hacer de su vida. *Quieren ayudar a las personas. *Jugaban de pequeños a celebrar la Eucaristía. *Ayudar a sus familia. *Es pertinente mencionar que la pastoral vocacional vive en el Seminario Mayor, por ende, son formadores y además de animar la pastoral vocacional en la diócesis, fomentan una relación estrecha entre las instancias, del Seminario.	*34 Seminaristas. *La mayoría son mayor de edad tienen 18 años o más. *Los acompañan 3 presbíteros formadores. *La experiencia de Curso Introductorio en la diócesis, tiene 8 años. *Va en aumento, de jóvenes los cuales van madurando su inquietud. *Hay una especial alegría, por entrar al seminario. *Es una instancia que favorece la integración. *Se fortalece aquella inquietud primera de sentirse llamado. *Les favorece el vivir en casa aparte, para su integración. *Continuar la formación en el Seminario mayor, para ser presbítero. *Ser un buen cristiano en la sociedad. *Ayudar a la familia.	*63 Seminaristas *34 Filósofos y 29 teólogos. *Los acompañan 12 presbíteros formadores. *Algunos después de vivir la experiencia de seminario menor y curso introductorio, quieren seguir en el seminario. *Otros después de la experiencia del curso introductorio, llegan con ímpetu al seminario mayor. *Se observa un fenómeno preocupante, algunos su motivación viene a menos. *Da gusto ver jóvenes contentos y apasionados por ser presbíteros. *Da la impresión de algunos tienen vocación de eternos seminaristas. *Servir con generosidad al pueblo de Dios en la vocación específica del ministerio ordenado.
Fuente: Elaboración propia con base a la encuesta a seminaristas del seminario menor, curso introductorio y Seminario mayor de la diócesis de Zamora Michoacán México. En el año de formación 2011-2012. Los datos proporcionados por los seminaristas de las respectivas instancias, se han ordenado las respuestas por afinidad. Nota: El equipo formador integrado por los presbíteros que acompañan a los formandos, les colaboran también: Equipo psicopedagógico, docentes, presbiterio, fieles laicos.		

Anexo # 2, Encuesta: ¿Qué apasiona al presbítero de 5, 15, 30 y 50 años de ordenado, han cambiado sus pasiones? ¿Qué le apasiona ahora?

<u>309, Presbíteros.</u>			
Presbíteros de 1 a 5 años de ordenado.	Presbíteros de 6 a 15 años de ordenado.	Presbíteros de 16 a 30 años de ordenado.	Presbíteros de 31 a 50 años, o más de ordenado.
*28 presbíteros. *Jovialidad propia de la edad y de ser neosacerdote. *La pasión por evangelizar y querer “comerse el mundo” *Inestabilidad emocional y afectiva. *Identificación con sus compañeros de generación. *Cercanos a la familia. *Empieza a haber apego por las cosas materiales. *Gusto en administrar los sacramentos. *Hay disponibilidad a los cambios que manda el obispo. *Cercanía con los compañeros de ordenación.	*79 presbíteros. *Hay conocimiento de la vida ministerial. *En actitudes y forma de vida son joviales. *Crisis de los 40as. *Algunos se han ido amargando. *Se dedican a otros trabajos, (negocios). *Cercanía con la familia. *Madurez en sus proyectos pastorales. *Han logrado establecer relaciones equilibradas y sanas. *Hay vida doble. *Algunos fuman y beben. *Después de los primeros años de ministerio, hay un poco más de estabilidad. *Algunos se aíslan del presbiterio.	*83 presbíteros. *Personas que se ven más configuradas con su ser y su quehacer presbiteral. *Son líderes en la comunidad y en el presbiterio, aquí está la mayoría de los encargados de las pastorales diocesanas. *Representan una generación que marca la pauta en la diócesis. *Seres humanos que ayudan y son solidarios son hermanos sacerdotes en dificultades. *Los que tienen padres, hay un cariño muy especial. *Los acompaña su familia y comunidad y se alegran por sus 25 años de vida presbiteral.	*119 presbíteros. *Se apasionan en terminar su ministerio en su parroquia para después jubilarse. *Presbíteros alegres por permanecer fieles al señor. *Estimados y queridos por el presbiterio. *Son la mayoría del presbiterio. *Algunos están enfermos y con achaques. *Se les atiende medicamente y reciben su pensión. *Tristemente algunos están abandonados. *Comparten felizmente su síntesis de misterio fecundo. *Algunos son tomados en cuenta y se invita a colaborar en el seminario, o alguna capellanía.
Fuente: Elaboración propia con base a la encuesta a los presbíteros del presbiterio de la diócesis de Zamora Michoacán, México. En la semana de convivencia y estudio correspondiente a Junio de 2012. Los datos proporcionados por los Presbíteros de las diferentes generaciones, se han ordenado las respuestas por afinidad. Nota: La diócesis fomenta la solidaridad entre los presbíteros, sobre todo, con los hermanos mayores, pagando una cooperación anual, para medicina y sueldo mensual.			

ESTADISTICAS ECLESIALES DE AMERICA LATINA Y EL CARIBE 2006-2011.

Anexo # 3, Fuente: *Annuario Statisticum Ecclesiae* (Ciudad del Vaticano, 2011).

País	Población	% Diferencia a 2000- 2005 Pbros. Diocesa.	Ordenaciones	Defunciones	Abandono (total entre paréntesis)	% Diferencia 2000-2005 Pbros. Religios	% Diferencia 2000-2005 Religiosos laicos	% Diferencia 2000-2005 Religiosos, religiosos	% Diferencia 2000-2005 Seminaristas diocesanos	% Diferencia 2000-2005 Seminaristas religiosos
Argentina	38.065.000	5.79%+	669	281	144 (425)	10.26%-	4.14%-	9.22%-	12.81%-	13.03%-
Belice	281.084	6.25%+	1	1	0 (1)	40.74%-	40.00%-	4.54%-	=	de 0 a 1
Bolivia	9.558.000	16.11%+	143	25	36 (61)	10.44%+	1.89%+	5.52%+	7.33%-	14.28%+
Brasil	183.080.000	16.76%+	2.807	585	287 (872)	0.81%-	10.53%+	1.20%+	10.92%+	0.90%+
Chile	15.514.000	5.21%+	174	80	50 (130)	2.53%-	3.66%+	12.22%-	9.86%-	20.61%+
Colombia	43.150.000	9.98%+	1.252	324	136 (460)	4.58%-	1.59%+	4.24%-	13.54%+	16.28%-
Costa Rica	4.298.000	1.28%+	47	31	17 (48)	8.07%-	110.64%+	7.09%-	4.40%+	39.78%-
Cuba	12.317.000	20.48%+	43	17	6 (23)	11.54%+	2.77%+	28.4%+	10.29%+	51.53%-
Ecuador	13.215.000	17.56%+	275	75	31 (106)	0.24%-	7.68%+	11.03%+	15.92%-	5.88%-
El Salvador	6.725.000	16.51%+	124	21	15 (36)	0.86%+	13.41%-	5.38%+	63.41%+	22.33%-
Guatemala	12.998.000	41.11%+	119	16	11 (27)	20.65%-	5.23%+	32.51%+	15.5%+	32.53%-
Haití	10.149.000	35.0%+	148	22	3 (25)	5.53%+	14.23%+	69.53%+	21.10%+	4.29%-
Honduras	6.680.000	26.19%+	62	10	6 (16)	1.37%-	22.86%-	43.13%+	26.09%+	46.15%+
México	141.905.000	8.49%+	2.132	758	215 (973)	3.72%	8.66%-	1.58%-	3.43%-	12.85%-
Nicaragua	6.236.000	44.94%+	117	9	6 (15)	7.02%-	58.59%-	5.63%+	14.89%+	85.71%+
Panamá	2.136.000	18.23%	36	0	3 (3)	8.53%-	3.77%-	23.50%-	32.20%-	88.23%+
Paraguay	5.658.000	0.56%-	53	17	21 (38)	80.14%+	15.25%+	1.22%+	53.74%+	12.04%-
Perú	31.412.000	14.06%+	395	52	43 (95)	9.86%-	10.48%-	4.24%+	4.44%+	70.60%
Puerto Rico	4.101.000	4.01%-	25	19	0 (19)	8.27%-	30.43%-	3.65%-	3.70%+	28.57%+
República Dominicana	8.647.000	15.64%+	128	9	17 (26)	3.51%+	138.46%+	76.52%+	50.41%+	6.62%-
Uruguay	3.129.000	0.45%-	31	13	11 (24)	11.91%-	2.08%+	23.73%-	=	28.89%-
Venezuela	29.787.000	15.69%	351	61	22 (83)	0.63%-	11.97%-	0.84%-	15.98%+	12.84%+
Totales	589.041.084	11.93%+	9.132	2.426	1.080	0.996%-	4.88%+	0.91%+	6.15%+	1.82%-

Anexo # 4: LA IGLESIA EN MÉXICO EN CIFRAS.

Datos de la Santa Sede con motivo del viaje de Benedicto XVI. CIUDAD DEL VATICANO, Viernes 9 marzo 2012. Con motivo del viaje apostólico de Benedicto XVI a México, del 23 al 26 de marzo de 2012, la Santa Sede ha difundido una serie de datos sobre la situación de la Iglesia en este país. Los datos de la Oficina Central de Estadística de la Iglesia son a fecha 31 de diciembre de 2010. <http://www.zenit.org/>

Población	Superficie	Densidad	Católicos:	Católicos por 100 habitantes.	Circunscripciones eclesiásticas:	Parroquias
108.426.000	1.958.201 km ²	55 habitantes por km ²	99.635.000	91,89	93	6.744
Otros centros pastorales	Obispos	Pbros. diocesanos	Pbros. religiosos:	Pbros. en conjunto	Diáconos permanentes:	Religiosos no pbros. profesos
7.169	163	12.328	3.906	16.234	827	1.735
Religiosas profesas:	Miembros de institutos seculares	Misioneros laicos:	Catequistas		Indicadores de la trabajo pastoral, católicos por sacerdote:	Católicos por agente pastoral:
28.288	505	25.846	295.462		6.137	270
Presbíteros por centro pastoral:	Seminaristas menores:	Seminaristas mayores:	Seminaristas mayores por 100.000 habitantes:	Seminaristas mayores por 100.000 católicos	Presbíteros por 100 personas empeñadas en actividades d apostolado:	Seminaristas mayores por 100 sacerdotes:
1,17	4.524	6.495	5,99	6,52	4,4	40,01
Centros educativos de propiedad y/o dirigidos por eclesiásticos, religiosos	Escuelas: Maternas y primarias:	Escuelas medias inferiores y secundarias:	Escuelas superiores y universidades:	Estudian-tes de escuelas materna y primarias	Estudiantes de escuelas medias inferiores y secundarias:	Estudiantes institutos superiores y universidades.
	6.639	1.735	617	897.613	375.425	583.697

(Situación al 22-02-2012).

Anexo # 5. Diócesis de Zamora, Michoacán, México.

Fuente: Archivo diocesano

Superficie del territorio	Población	Católicos:	No Católicos:	Parroquias	Pbros. Diocesanos	Pbros. Religiosos:
12,000 km²	1,980,000 habitantes	1, 161,846	361,154	138	309	25
Presbíteros ordenados al año:	Religiosos Profesos:	Religiosas Profesas:	Bautizos al año:	Seminaristas del Menor por año.	Seminaristas del Curso Introdutorio	Seminaristas Seminario Mayor.
8	84-	844	32,164	69 seminaristas	34 Seminaristas	63, 34 Filósofos y 29 teólogos
Pbros. Difuntos	Santos y Beatos de la diócesis	Pbros. de 1 a 5 años de ordenado	Pbros. de 6 a 15 años de ordenado.	Pbros. de 16 a 30 años de ordenado.	Pbros. de 31 a 50 años, o más de ordenado.	Pbros, que han dejado el ministerio
13	1 Santo y dos beatos.	28 Presbítero	79 presbíteros	83 presbíteros	119 presbíteros	6 Y un hermano presbítero Desaparecido. 27-12-12.

(Situación al 22-02-2012).